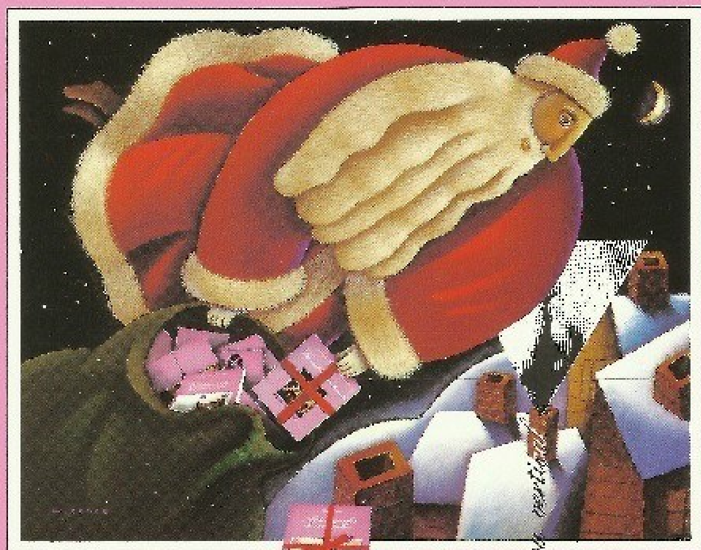
Cuentos eróticos de Navidad

Mercedes Abad, José María Álvarez
Felipe Benítez Reyes, Javier Cercas, Abilio Estévez
Irene González (seudónimo), Andrés de Luna
Eduardo Mendicutti, Ana María Moix, Mayra Montero
Leonardo Padura, Manuel Talens, Luis Antonio de Villena







La sonrisa vertical



¿Qué puede suceder cuando uno ayuda a montar el Belén a aquella prima que siempre ha deseado? ¿Y si en vez de una prima es una cuñada?… Pero si lo que se pretende es quitarse de encima a los parientes, ¿por qué no celebrar la Nochebuena contratando a un chico escultural? ¿Qué deliciosos encuentros, o reencuentros, nos depararán las fiestas que aquí y allá se organizan? Y a la hora de los regalos, ¿qué ocurriría si los Reyes se decidieran a traernos por fin aquella aventura alocada que cada año les pedimos?…

Un libro iconoclasta y a la vez divertido en el que se dan cita dos ámbitos tan aparentemente contrapuestos como la Navidad y el erotismo y que puede convertir estas fechas en algo muy sugerente y original.



AA. VV.

Cuentos eróticos de Navidad

La sonrisa vertical 111

ePub r1.0

ugesan64 18.12.14

Título original: *Cuentos eróticos de Navidad*
AA. VV., 1999
Mercedes Abad
José María Álvarez
Felipe Benítez Reyes
Javier Cercas
Abilio Estévez
Irene González Frei
Andrés de Luna
Eduardo Mendicutti
Ana María Moix
Mayra Montero
Leonardo Padura
Manuel Talens
Luis Antonio de Villena

Editor digital: ugesan64
Colaborador: minicaja
ePub base r1.2



Prólogo

No sé qué pensarán ustedes, pero yo tengo la sensación de que nuestra cultura, como dice mi gran amigo Juan Marsé, sigue cogiéndosela con papel de fumar. Por suerte, la literatura, sobre todo la literatura erótica, es uno de los pocos reductos abiertos a la transgresión. Y me siento honrado de dirigir una colección que, como «La Sonrisa Vertical», aporta su perverso granito de arena. En el caso de este libro, creo que pocas veces puede uno darse el gustazo de disfrutar en todos los sentidos a costa de una fiesta tan tradicional, o tan entrañable, o tan horrorosa, o tan inevitable como es la Navidad: sobre gustos no hay nada escrito, igual que en erotismo.

¿Por qué, se preguntarán, reunir en un volumen dos temas tan dispares? Así, a bote pronto, uno diría que la Navidad es un antídoto contra la lujuria (el cristianismo ya es otro cantar: está repleto de mártires masoquistas, flageladores y flagelados, místicos muy sensuales, cilicios —hoy los reyes de las sex-shops*— y conventos cuyos religiosos se arrodillan sólo ante los ojos de las cerraduras). Sin embargo, precisamente por tratarse de una tradición de origen religioso, y antigua, se presta perfectamente a una irreverencia más profunda, chocante y turbadora.*

El volumen viene marcado por la variedad: variedad de autores y estilos, de temas, tonos y ambientes. El mérito es de los magníficos escritores españoles e hispanoamericanos que se han lanzado a escribir, exclusivamente para este libro, una historia, un relato en el que, poniendo la carne —y el pavo— en el asador, han reunido su visión de lo erótico y lo navideño; algunos se estrenan en estos terrenos, otros regresan a él por unos instantes. Ha merecido la pena.

Se sitúen a comienzos del primer milenio, en la Inglaterra del siglo XIX

, o en la actualidad, transcurran en Cuba, en España, en cualquier ciudad o rincón del mundo, todos los relatos están relacionados con la celebración navideña. En esto, nadie se ha saltado la regla.

Unos cuentos son decididamente sacrílegos, otros ambiguos y misteriosos, otros aún exóticos: entre la exaltación y la depresión que puede embargarnos en estas fechas cabe toda una gama de sensaciones.

Hablemos ahora del erotismo. Mientras unos cuentos abordan la iniciación en brazos de mujeres maduras (o no tan maduras), la obsesión casi fetichista por una parte del cuerpo y su sabor, o el recurrir a prostitutos para colmar la soledad y demás «vacíos», otros cuentos tratan la ruptura del tabú de la heterosexualidad, la superación, ¡ay!, de la impotencia, el cumplimiento de unos deseos aplazados durante años, el desquite largamente acariciado (y la dulce amargura de quien lo sufre), la recapitulación de toda una vida íntima, la insoslayable presencia de la familia en las relaciones eróticas, o la seducción mediante el relato erótico (a su vez perverso).

El orden en que se presentan obedece a un deseo de conducir al lector por los meandros de la pasión. Y es que con el erotismo ocurre como con el turrón, que hay que saber dosificarlo… para no pillar un empacho.

Es por tanto un placer, y nunca mejor dicho, dar paso a estos doce y dos medios (por evitar el número fatídico) cuentos que desbordan imaginación, erotismo y… espíritu navideño.

Luis García Berlanga

Dorso de diamante
Mayra Montero

Cuando levantó el brazo para poner la estrella, supe que por primera vez quería besar a una mujer.

—¿Estará bien aquí? —me preguntó, y yo no miré la estrella, sino que me quedé mirando su axila blanca, culpándome de este descubrimiento, ese sabor hipnotizado que me vino a la boca; un ruido como de cristales rotos en el fondo horrorizado de mi cráneo.

—Emilia, ¿la ves derecha?

Seguí mirándola sin decir palabra, y tuve ganas de echarme a llorar. Algo subió desde mis pies a mi garganta, un buche rápido que no era nada, o era como un vapor. Me tambaleé y miré el sofá, quise caer en el sofá, y entonces Walter, que nos estaba observando, corrió hacia mí y me agarró por los brazos.

—Te ha debido de marear el vino —dijo, y me ayudó a sentar.

Marzena bajó de la escalera. Miré la estrella, que estaba algo torcida. Toda la tarde la pasamos adornando el arbolito. Ella y yo colocando las bolas y unos ángeles de porcelana, y Walter organizando el resto de los adornos: nieve falsa y cabello de ángel, y sirviéndonos copas de vino.

—A lo mejor te convendría meterte un rato al agua —sugirió Marzena y señaló hacia el mar. Luego se echó a reír y yo miré sus labios, y por segunda vez en menos de un minuto, me horroricé de mis propias ganas de besarla. Walter me trajo un vaso de agua, preguntó que por qué no me iba un rato a caminar por la playa y a coger el fresco. Le pidió a su mujer que me acompañara.

—Acompaña a mi hermana —le dijo a Marzena, y se inclinó sobre mí para besarme—. Seguramente te estás acordando de mamá.

Dije que sí con la cabeza. «De mamá», susurré, y me puse a

pensar en todos los años que habían pasado desde que conocí a Marzena; de la primera vez que mi hermano la había llevado a casa; de la primera noche que cenó con nosotras, con mi madre y conmigo, yo recién divorciada en ese entonces, con dos niños pequeños que se sentaron sobre su falda y le preguntaron que por qué tenía un nombre tan extraño. Marzena respondió que ése era el nombre que les ponían a las niñas polacas que nacían con un dedo de más. Se sacó el zapato y levantó su pie. Mi madre y yo miramos con el mismo asombro con que lo hicieron mis dos hijos: Marzena nos mostró el dedito en miniatura, inmóvil y besable, un gusanito de carne que le salía del dedo más chiquito de su pie derecho.

Walter ya se había graduado para ese tiempo, lo contrataron como veterinario en una finca, varias fincas para ser exactos. Marzena estudiaba entomología y a mamá hubo que explicárselo dos veces. «Bichitos», recuerdo que le dijo Walter, «trabaja con insectos». Mamá puso cara de desilusión y Marzena me buscó con la mirada; yo le correspondí en el acto y la encontré insondable: tenía el pelo castaño y unos ojos cambiantes, no sabría decir si grandes o pequeños, o verdes o marrones. La boca era una boca de lo más común, pero los colmillos le sobresalían un poco, sólo un poquito, y en eso consistía el hechizo. No sé si era un hechizo o qué, era un dato carnívoro que ilusionaba.

—¿Y por qué no me acompañas al laboratorio? —me preguntó en voz baja, inclinándose sobre mi silla, pero mirando a su marido. Al inclinarse, pude verle los pechos. En tantos años, ¿cuántos llevaba casada con mi hermano: catorce, quince tal vez?, nunca le había visto los pechos, nunca la vi amamantar a su hija, por ejemplo, mi sobrina, una niña de diez años que había insistido para que pasáramos la Nochebuena en la playa, la primera Nochebuena sin mamá y sin mis propios hijos, que estaban con su padre, y sin un norte en mi vida, sin un refugio, sólo este espanto que me llegaba de repente.

Marzena se inclinó más. Sentí el olor de su perfume, que era un aroma vegetal, como jugo de berros.

—Tengo que identificar unos hongos, será cuestión de unos minutos.

Quise saber cuál era la reacción de Walter, pero mi hermano

se me adelantó: cuando levanté la cabeza, él me miraba fijamente.

—A lo mejor te da asco ir al laboratorio —me dijo; era mayor que yo sólo dos años—. Tiene el estómago revuelto —agregó, mirando a su mujer.

Lo que pasó a continuación, lo que yo dije, no fue obra de mi boca ni de mi cerebro; mi voz no salió de ninguno de esos dos lugares, sino de más abajo. Dije que toda la vida, desde que conocí a Marzena, había querido verla en el laboratorio. Marzena se echó a reír, le dio instrucciones a su marido sobre cuándo tenía que apagar el horno, y sobre las botellas que debía poner a enfriar. Walter nos acompañó hasta el auto, abrió la puerta y vio que me sentaba con las piernas muy juntas, los hombros duros, debió de ver algo forzado en mi expresión.

—Si te vuelves a sentir mal —dijo tomándome de un brazo—, le dices a Marzena que te traiga.

Asentí y miré a Marzena acomodarse el cinturón. Dijo que no nos tomaría mucho tiempo llegar a la universidad, porque en víspera de Navidad apenas había tráfico. Sin apartar la vista de la carretera, extendió la mano y empujó un casete. Enseguida se escuchó la música y ella subió el volumen.

—¿Conoces esa canción?

Yo no conocía canciones, no era un ser muy cancionero. Marzena sí, se sabía muchas, en inglés y en español, y a menudo las cantaba con su hija.

—Es Billy Joel, —dijo riéndose, y tornó a cantar ella también —: *wait for answers, just take your chances… ask me why*
Don’t
Don’t
.

Cerré los ojos: una pequeña y milagrosa emoción empezó a rondar por mi cabeza. No quería marearme, así que los abrí de nuevo y miré a Marzena. Llevaba pantalones cortos, tenía el dorso de los muslos enrojecidos por el sol y me entraron ganas de poner la mano allí, en aquella piel candente y malherida. Mis manos estaban frías, no sólo mis manos, sino también mis pies, mi frente, mis mejillas. Noté que a veces ella olvidaba un trozo de la letra, y entonces tarareaba. Al tararear, se le veía la punta

de la lengua, nunca antes había deseado atrapar una lengua de mujer; nunca en mi ciega, inadvertida, desperdiciada vida.

—Ahí está mi guarida —señaló cuando llegamos a la universidad. Vi un edificio gris con las ventanas cerradas, bajamos del auto y entramos por un pasillo lateral que nos condujo a una escalera, y esa escalera a un sótano. Las puertas, abajo, me parecieron de hierro, algunas tenían letreritos con los nombres de sus inquilinos. Llegamos a la de Marzena. Me agradó ver su nombre dándole nombre a la guarida. Ella sacó la llave y entramos en el laboratorio a oscuras; demoró unos segundos en prender la luz y esos segundos permanecimos muy unidas, rozándonos sin intención. Luego se iluminó el lugar y vi a mi alrededor peceras, sin agua y sin peces; algunas estaban vacías y otras ocupadas por insectos.

—Voy a ver esos hongos —me dijo—, a lo mejor ya se llenaron de esporas.

Le comenté que siempre había creído que sólo trabajaba con insectos. Respondió que con insectos, claro, y con todo aquello que los enfermaba. Explicó que su trabajo era buscar patógenos y reaccioné de una manera idiota:

—Tienes tú cara de buscar patógenos.

No sólo fueron las palabras, sino la forma en que salió mi voz, la entonación acuosa, ese vulgar asomo de varón. Ella me miró indecisa, vacilando entre si aceptar la broma sin chistar, o preguntarme qué le quería decir con eso.

—Tengo yo cara de buscarlos, ¿no?, sí que la tengo.

Se quitó la blusa delante de mí y descubrí que no llevaba nada abajo. Caminó hacia el perchero y tomó una bata azul, la tuvo entre sus manos un momento y luego se vistió con ella sin abotonarla. Se sentó en una banqueta y me invitó a que me sentara en otra, pero le dije que prefería estar de pie, viéndola trabajar.

—¿Te dan asco mis bichitos? —preguntó Marzena al cabo de un rato, señalando una especie de mariposón inmóvil.

Me acerqué por detrás para mirar. No podía dejar de pensar en su bata abierta, en el perfil de sus senos, en la lengua con la que tarareaba las canciones.

—Se comen las coles —agregó riéndose. No le vi el chiste ni

le vi la gracia, vi sus manos acomodando el microscopio y sentí un ligero olor a sudor, un suave tufo que me estremeció. No me moví, pero ella hizo un gesto como invitándome a que mirara mejor, y al acercarme, mi pecho y mi vientre rozaron su espalda y sus nalgas. Mi pecho, mis pezones tensos, se arrimaron a su espalda; mi vientre, que quedaba a la altura de su trasero, sintió aquella presión eterna. Yo miré por encima de su hombro, todavía no lograba precisar la forma exacta del insecto que estaba sobre la mesa, y me pegué un poco más. Marzena no se movió un centímetro, no hizo nada para esquivar la cercanía de mi cuerpo, que era un cuerpo caliente y malicioso; abrumado por la novedad de aquella tarde, una novedad que no lo era del todo: ¿desde cuándo me habían gustado las mujeres?

—La llaman polilla del repollo —dijo con voz de confesión, un poco ronca.

Hubo un momento en que apoyé mi barbilla sobre su hombro. Éramos cuñadas, casi hermanas, no eran éstas nuestras primeras navidades juntas, sin duda no serían las últimas. Adelanté mi brazo izquierdo y lo apoyé en la mesa; hice lo mismo con el otro brazo. Delante de mí, de espaldas a mí, Marzena había quedado atrapada. Y hubiera bastado un gesto de ella, un mínimo intento por escabullirse, para que yo me hubiera retirado. Pero no hizo nada, Marzena se quedó quieta y blandita, y por encima de su hombro, en lugar de mirar al insecto, bajé la vista y le miré los pechos.

—También la llaman palomilla de las coles, gusano de la berza, oruga verde del repollo.

Lo de la oruga me llenó de ardores. Ardor en la nuca, y un ardor absoluto en la garganta; esa impaciencia por escapar de allí, o acaso todo lo contrario, por impedir que nadie se escapara. Yo seguía pegada a la espalda de Marzena, pero además pasé mi brazo alrededor de su cintura. Ella guardó silencio, siguió sin moverse, pero endureció su cuerpo. Con la otra mano le empecé a quitar la bata, y al mismo tiempo la besé en el cuello. Ella sacó un gran suspiro, que fue suspiro y quejido a la vez.

—Me gusta cómo le dicen en México —susurró en mi oreja—: Palomilla dorso de diamante.

Recordé que alguna vez, años atrás, Marzena había venido a

visitarnos, a mi madre y a mí, toda la tarde estuvo con nosotras. Luego mi hermano había pasado a recogerla, y al saludar a su mujer la besó en el cuello. Fue un beso prolongado que me causó tristeza, cierto resentimiento que entonces no me pude explicar. Me lo explicaba ahora, a pocas horas de la Navidad, en la penumbra de un laboratorio que olía a formol, a papel viejo y a recortes de uñas (es el olor de los insectos), y a un extraño perfume vegetal. Marzena se dio vuelta y la bata se escurrió hasta el piso. No le dije una palabra, primero la besé en la boca, un beso apresurado y frío, y luego le chupé los pezones. Miré su cara y vi que estaba pálida, tenía una expresión hostil y yo esperaba un empujón. Por el contrario, gimió, fue un gran gemido que de algún modo me devolvió a la vida, pero que de algún modo me condenó a la muerte.

No sé de dónde saqué fuerzas, yo soy una mujer menuda, Marzena en cambio es una mujer muy alta, de huesos bien cubiertos, para usar esa expresión que tanto le gustaba a mi madre. La tomé en mis brazos y prácticamente la levanté en vilo, hice un movimiento rápido y la tumbé en el suelo. Toda ella blandita, quieta, acongojada. Ya en el suelo, tirada boca arriba, Marzena volvió a gemir. Cerró los ojos y yo aproveché para quitarme la blusa, me desvestí a manotazos, tan torpemente como si fuera un niño, una criatura que no soporta más las ataduras. Las dos suspirábamos y retiré sus pantalones cortos; mi mano, que en algún momento fue mano de mujer, se había convertido en una garra, un instrumento de arañar o herir, despedazar lo que se interpusiera. Al final apareció, flotando en esa carne blanca, el sexo oscuro de Marzena. Yo me incliné hacia allí, todavía no me atreví a pegar mi rostro, mi nariz, mis labios. Marzena arqueó el cuerpo y me entregó su vientre. Fue una señal y yo bajé a su carne, hundí mi cabeza, aspiré como si descubriera que era posible vivir dentro del agua, respirando suavemente en la profundidad. Levanté mi rostro sólo para averiguar si luego de aquel descubrimiento era también capaz de vivir fuera, y entonces vi el paisaje de Marzena: sus pechos, su barbilla, el rostro intenso como si lo lamiera el mar. Tuve la certidumbre de que yo era anfibia, fue una certeza que significó un mazazo: perdí la memoria, pero recobré toda mi vida en ese absurdo,

solitario instante.

Marzena se desesperó. Yo iba absorbiendo, chupando desde allí todo el conocimiento, pero me olvidaba de absorberla y de chuparla a ella. Adelantó su mano y la colocó sobre mi cabeza, era la primera vez que recibía sus órdenes, la primera vez que me dejaba gobernar por una verdadera amante: otra mujer desnuda. Empujó mi rostro contra su sexo y empecé a devorarlo como si fueran coles, a dentelladas pequeñas y desordenadas. Yo era el insecto, la palomilla cumplidora; tragaba plácida y regurgitaba el alimento, que a su vez iba nutriendo a otra criatura enamorada y cruel, su vulva autónoma que respiraba sola.

Luego subí, coloqué mi rostro sobre el rostro de Marzena, y ella puso sus piernas alrededor de mi cintura. Me buscó la oreja, solicitó mis dedos, me rogó que los hundiera entre sus nalgas, lo repitió mientras frotaba su sexo contra el mío. Empujamos sin querer la mesa y algo rodó, cayeron cosas al suelo y hubo un frasco, tal vez una de las peceras, que se reventó muy cerca de mis piernas. Sentí los vidrios que se me hincaban, pero no me importó, más bien mordí los labios de mi cuñada, le dije que era mi mujer y ella se echó a reír; se lo volví a decir, le dije «mujer mía», y ella entonces me ordenó que subiera, que me sentara sobre su rostro, nunca me había sentado sobre el rostro de nadie, hombre o mujer. Ni siquiera el padre de mis hijos puso jamás sus labios en mi sexo, ni el hombre que llegó después, ni tampoco el siguiente. De un modo oscuro, redentor en su instinto, me había estado guardando. Marzena, en cambio, me necesitaba allí, sobre sus labios de polaca buscadora de patógenos. Y allí caí, allí quise morir, pero también quise que se muriera. Más tarde le rogué que se diera vuelta y fui bajando lentamente, la besé en la nuca y le lamí la espalda. Ella suspiró cuando abracé su cintura.

—En inglés —murmuró—, ¿sabes cómo le dicen en inglés?

Yo me detuve un instante, no tenía la menor idea de lo que me estaba preguntando.

—*Diamondback moth* —lo dijo demasiado alto—, ¿no te parece un nombre muy bonito?

Le clavé los dientes y ella gritó una maldición. Mordí sus muslos por detrás y regresé sigilosamente a sus nalgas, abrí con

ambas manos y me hundí sin miedo, pensé que no lo podría hacer, pero lo hice por furia, por hambre, por amor. Marcena siguió gritando y temí que alguien la oyera. Levanté la cabeza y miré hacia la puerta, y ella que estaba como loca me lo suplicó, me condenó a que no parara. Mis dedos la buscaron entonces por delante, volvimos a empujar la mesa, pero nada cayó esta vez: todo lo que podía rodar, había rodado ya. Al incorporarme para mirar su espalda, noté que había sudado mucho; me convencí de que aquél, y no el de los insectos, era el genuino dorso de diamante. Entendí entonces su pregunta, su ciencia, su perversidad: todo el furor que me atrapaba bajo la media tinta de ninguna luz.

Cuando me levanté, descubrí que me sangraban las piernas, a mi alrededor había cristales rotos y Marzena buscó algodones y alcohol para curarme. Mientras me limpiaba, dijo esta frase:

—Vas a pasar la Nochebuena herida… Imagínate lo que dirá tu hermano.

Y al escuchar esa palabra, «hermano», sentí una oleada de vergüenza y culpa. Me acababa de acostar con su mujer, había tenido en mi boca sus pezones, su sexo, su navegable espalda, y el mundo ardiente de sus nalgas y lo que había adentro. Devoré a su esposa, que en cierto modo era también la mía. Marzena se me quedó mirando. Yo bajé la vista, la rechacé con un pequeño gesto, fue un gesto tan inútil que estoy segura de que le hizo daño.

—¿Qué le voy a decir a mi hermano? —balbucee.

Marzena todavía no hizo nada. Tenía los algodones en una mano y el frasco con alcohol en la otra. Estaba desnuda y sentí frío por ella.

—¿Te digo lo que tienes que decir? —se adelantó y me lanzó los algodones a la cara. Fue un acto de coraje, me empujó al pasar y susurró un insulto. Cuando volví a mirarla, tenía una sonrisa irónica en el rostro, y con esa sonrisa se vistió. Salimos del laboratorio y entramos al automóvil en total silencio. Volvió a poner esa canción, « *ask me why*
Don't
», pero no la cantó esta vez. Yo me quedé escuchando la letra, tratando de retener alguna frase, y la vi bostezar; bostezó varias

veces durante el camino de regreso, todo el trayecto sin decir palabra.

Cuando llegamos a la casa, mi sobrina veía la televisión. Dijo que su papá estaba durmiendo una siesta. Marzena fue derecho a la cocina, se quedó mucho rato allí, la oímos cantar, la niña me miró divertida:

—A mamá le gusta tanto Billy Joel… —y empezó a cantar también, acompañando a su madre en la distancia.

Yo no me moví del sofá, tan apagada como si hubiera muerto, y en ésas seguí, incluso cuando Marzena volvió a la sala para anunciar que se iba a dar un baño. Al decirlo se quedó mirándome, las dos nos miramos con curiosidad.

—Tú también deberías darte un duchazo —me dijo—. Es Nochebuena, Emilia. —Luego se volvió hacia el arbolito—. Tengo que enderezar esa estrella.

La niña se acercó a su madre y la abrazó por la cintura, una cintura que era ya como de la familia: de mi hermano, de mi sobrina, especialmente mía. Marzena volvió a subirse a la escalera, estiró el brazo y divisé su axila. Era una axila blanca como una palomita. Movió la estrella de un lado para otro, miró a su hija y me hizo un gesto a mí:

—¿Alguien quiere decirme si se ve derecha?

Atlanta, mayo de 1999

Sola esta noche
Manuel Talens

Time present and time past
Are both perhaps present in time future.
T. S. Eliot

Estábamos en el otoño de 1992. Yo tenía dieciséis años, la cabeza llena de pájaros y un miedo subterráneo al porvenir que se alimentaba en los agrios exabruptos cotidianos de mi padre sobre lo mal que andaba el país, con robos, tirones de bolso, camellos callejeros y políticos enriquecidos, amén de que empezaban a salir a la superficie las cuentas escondidas tras la cortina de humo del triunfalismo olímpico, y no pasaba un día sin que lo viera leyendo *Las Provincias* arrellanado en su sillón, con el ceño fruncido y mesándose los cabellos mientras se fumaba el cigarrillo de la sobremesa.

«Drogas, drogas y corrupción, ése es el verdadero problema de España», solía decir. Y por el tono inapelable de sus gruñidos me recordaba a don Benito, el profesor de gimnasia. «Pero a los socialistas lo único que les interesa es seguir chupando». Lanzaba luego un hondo suspiro, como para atraer mi curiosidad: «El paro, el paro, ¡qué paro ni qué ocho cuartos, *recollons!* Anda que si a mí me dejaran, se iban a enterar todos esos mangantes que los votan, ya les daría yo trabajo y disciplina. ¡Banda de vagos!».

En aquella época, después de la cena yo acostumbraba a quedarme sentado a la mesa camilla todavía cubierta por el mantel salpicado de migas, y hacía como que estudiaba mirando con el rabillo de un ojo el libro de filosofía y con el otro el programa de cotilleos de Canal 9, que ronroneaba al fondo de la sala de estar. Desde la cocina llegaba la estridencia que hacía mi madre lavando los platos. Mi padre le daba entonces el último repaso a Las Provincias y sus comentarios adquirían matices

inquisitivos: «¿Qué va a ser de España, con esta gentuza en el Gobierno?».

Aún no le habían operado la obstrucción de los canales lagrimales y los párpados le lloraban, convirtiendo la cólera de tales interrogaciones en una especie de pesadumbre sin respuesta. Su análisis de los acontecimientos políticos no pasaba del insulto al partido enemigo o del áspero catastrofismo azuzado por la única prensa que leía, y como mi conciencia del mundo se limitaba al colegio Pío XII de la calle Alboraya y a algunos discos de raperos negros que me prestaban los amigos, la perpetua monserga sulfurada de mi padre había terminado por bajarme la moral, convirtiéndose en el fantasma de un futuro apocalíptico que me señalaba a diario con el dedo.

Por fortuna, mi abuelo Miguel me ayudaba a desdeñar estos presagios con su chispa de hombre sin complejos. Había adquirido la costumbre de llevarme al Mestalla dos domingos cada mes para ver los partidos del Valencia y su contagioso optimismo lograba que, por unas horas, el día de mañana me pareciese indiferente. La saludable distancia crítica de la adolescencia empezaba por entonces a hacerme descifrar algunos de los misterios de mi familia. Hasta hacía bien poco no había llegado a comprender por qué el abuelo Miguel, viudo desde mucho antes de mi nacimiento, era tan parco a la hora de prodigarse en nuestra casa y se empeñaba en vivir sin asistencia de nadie en el destartalado piso de la calle Denia que antaño compartiera con mi abuela. Yo sólo estaba al tanto de que el abuelo rechazaba una y otra vez las súplicas de mi madre —su única hija— para que se mudara con nosotros al cuarto que siempre nos ha servido de leonera.

«No insistas, Amparo, que si fuera sólo por ti y por Daniel me venía en seguida, a ver si es que te crees que a mí me gusta padecer, pero es que a tu marido no lo aguanto, es un verdadero imbécil».

Este retazo de diálogo entre mi madre y el abuelo Miguel, que yo había escuchado por casualidad, me serviría luego para atar cabos sueltos y dilucidar el fárrago mental en que los silencios, las elipsis y los sobrentendidos familiares me tenían sumido con respecto a la sorda batalla que los dos hombres libraban entre sí.

Mi abuelo era una persona fácil de contentar, y tenía sentido del humor, pero nunca pudo resistir más de cinco minutos las ínfulas del yerno que, para su desgracia, le había tocado en suerte. Las desavenencias entre ellos, lo supe después, tampoco eran debidas a asuntos ideológicos o religiosos, pues aunque mi familia paterna se jacta de amistad con el arzobispo y desayuna kirieleisones, el abuelo Miguel no presumía especialmente de blasfemo ni estaba motivado por algo más que un porro entre amigotes, los toros, el fútbol o los salones de baile de la tercera edad, pero su propio padre —mi bisabuelo materno— se había distinguido en los tiempos del Frente Popular por ser un sindicalista de los que fusilaban santos en las iglesias y al abuelo Miguel le resultaba cuando menos chocante que su Amparo, una nieta de la Segunda República (y tataranieta de Bakunin), terminara siendo clavariesa de la Cofradía de los Desamparados y santa esposa patrimonial de un probo hombre de orden, ufano de su cargo en el Ministerio de Hacienda y, para colmo, afiliado al Opus Dei.

El abuelo había sido revisor ferroviario y, al jubilarse de manera anticipada en 1986 a causa de reajustes estructurales en la empresa, el hábito adquirido —«los trenes son una droga», aducía—, la soledad, los ahorros que guardaba en el banco y las facilidades nacionales e internacionales que la RENFE otorgaba a sus antiguos empleados para viajar casi gratis, no tardaron en incitarlo a deambular por algunos países europeos, aunque ya como cliente y por puro placer, con un librito de frases hechas en el bolsillo para pedir café, preguntar dónde está la estación del metro o dar las gracias en francés, en portugués o en italiano.

«Son los únicos idiomas con los que me atrevo», repetía, «porque el inglés y el alemán me resultan demasiado difíciles y no hay cristiano que me entienda. ¡Lástima, no haber tenido estudios! Pero tú eres joven, Danielito, y deberías aprender alguna lengua». Levantaba entonces el dedo, como para remachar la sentencia: «Las lenguas son el futuro de Europa», y terminaba la perorata con su ejemplo predilecto: «Fíjate en Felipe, que habla francés y ha llegado a presidente».

De manera que en poco más de un lustro, siendo yo pequeño, visitó varias veces Italia, Portugal y Francia, pero fue sin duda

este último país el que más le gustó. Como buen hombre de ferrocarriles, alababa sin reservas la tecnología del TGV, que después aquí pasó a llamarse AVE, y contaba excelencias de los *trains-couchettes*. Hablaba de los de allende el Pirineo como si fueran una raza superior —«gente cumplidora, que no escupe en los pasillos ni mea fuera del retrete ni se limpia el culo con las toallas»—, admiraba que en los bares y en los sitios públicos se oyese el vuelo de las moscas, que nadie perdiera la calma ni siquiera en discusiones acaloradas y que las francesas conservasen la sana costumbre de vestir con distinción. Esto último, lo de la distinción femenina, era el argumento que más repetía, y un domingo en que estaba en casa cenando con nosotros se le ocurrió revelar que algunas gabachas —las llamaba así— llevaban la elegancia al extremo de ponerse picardías de colores. Era evidente que se había tomado unos vinos de más.

Yo, que por entonces empezaba ya a darme cuenta de que las mujeres existían, y a veces me paraba en el VIPS para hojear el *Penthouse*, sentí al oír aquello una explosión de adrenalina. Los tonos lascivos del body translúcido con jarreteras con el que al instante imaginé disfrazada a Sharon Stone (mi actriz favorita de por entonces) me dieron materia mental durante varias semanas para más de un desliz solitario. Al abuelo Miguel, sin embargo, el aserto le valió únicamente un bufido de mi padre, una mueca reprobatoria de mi madre y un cambio súbito de conversación. A los pocos minutos, roto el encanto, mi abuelo daba cabezadas repantigado en su silla.

El hechizo galo ganó la partida, de manera que terminó por no viajar más que a Francia y en convertirse, sin saberlo, en una nueva versión del afrancesado decimonónico. Por eso ni mi padre ni mi madre se extrañaron más de lo necesario del regalo que el abuelo Miguel me hizo cuando llegó la Navidad.

Las fiestas navideñas siguen teniendo para mí un aroma inigualable de turrón y, a pesar de las dos o tres ilusiones que ya perdí, me despiertan cada año el gusanillo dormido de la codicia, retrotrayéndome al anhelo infantil de los regalos que —anticipo de los Reyes Magos— invariablemente aparecían bajo mi cama después del postre de Nochebuena. Casi podría tocarlos: ahí están el Cinexin de plástico que proyectaba cortos de Disney, el

BMW teledirigido que no tardé en despanzurrar o el tosco ordenador Amiga con el que aniquilaba marcianitos. El abuelo, sin embargo, poco dado a esclarecer ilusiones de crío o quizá con el sentido práctico de las penurias económicas de su juventud, prescindía de juguetes y me daba aguinaldos en un sobre, con mi nombre caligrafiado de manera primorosa. Jamás he visto una letra más perfecta que la de mi abuelo. Las cantidades fueron creciendo conmigo: mil, dos mil, cinco mil pesetas, que se habían convertido en diez mil el diciembre anterior.

«Las metes en la cartilla», era su frase recurrente. «Cuando seas mayor y te las gastes, acuérdate de mí».

Yo estaba habituado al ceremonial. Al principio, de pequeño, me fastidiaba la visión de aquellos billetes inservibles que se esfumaban en manos de mi padre y cuyo rastro sólo reaparecía después bajo forma de cifras escritas a máquina en la libreta de la caja de ahorros. Pero últimamente había empezado a tener conciencia del valor del dinero, sobre todo porque de tanto ingresar y no sacar ya me estaba acercando a las doscientas mil, y doscientas mil era mucho para un mozalbete en 1992.

Llegó, pues, la hora del reparto. Mi metro ochenta de estatura y la índole de los regalos dejaban claro que la infancia ya era cosa del ayer, porque mi madre me ofreció con un arrumaco unas zapatillas de marca Reebok por las que yo andaba suspirando y mi padre, tan prosaico, una *Ensiclopedia del Regne de Valensia*, editada por los secesionistas analfabetos de la Academia de Cultura Valensiana, que le habían obsequiado como gancho al comprar un aspirador. Mi abuelo sacó entonces el inveterado sobre del bolsillo de su chaqueta.

—¡Qué, abuelo! ¿Me has subido la estrena? —le dije con una sonrisa. Las zapatillas Reebok me habían puesto eufórico.

—Ábrelo, Daniel —me contestó—, que hay premio.

Rasgué la solapa y saqué el contenido. No era papel moneda, sino una cuartilla doblada en cuatro. La desplegué intrigado y leí en voz alta lo siguiente: «VALE por tres clases de francés a la semana, durante el próximo semestre, con Mademoiselle Nadine Fontanier». Bajo el enunciado mi abuelo había estampado su firma.

Seguramente nos quedamos de una pieza, ya que se vio en la

obligación de dar explicaciones:

—Así matamos dos pájaros de un tiro. Con la manía que les ha entrado ahora por el inglés, el francés parece que ni existe. He pensado que, si le dan clases particulares, Daniel aprenderá algo y me lo llevaré conmigo a Francia cuando ya no pueda valerme solo. Por otro lado, esta muchacha necesita ayuda para salir de estrecheces, que en Valencia la vida está muy cara, —y como nadie respiraba, continuó—: Es la hija de un revisor de tren, también viudo, que conocí yendo a París. Nos hicimos amigos, me llevó a su casa y luego nos hemos seguido carteando. Nada del otro mundo, porque con el francés que yo conozco ya os podéis imaginar, pero se ha mantenido la amistad… Ella está aquí ahora haciendo no sé qué tesis en la universidad.

El espíritu utilitario de mi padre, una vez disipada la suspicacia habitual ante las fantasías de su suegro, se despertó con la noticia, porque sonrió complacido.

—Daniel, dale las gracias al abuelo por la buena idea que ha tenido —me dijo.

Yo estaba bajo el efecto del desencanto, y la perspectiva de una tarea añadida no me seducía gran cosa. Hubiese preferido quince mil púas, pero tampoco era cuestión de parecer ingrato. Le di un beso al abuelo.

—Y, si me lo permitís, esta noche me lo llevo conmigo para que conozca a la profesora, mientras vosotros vais a la misa del gallo a San Valero. Hacen una fiesta de Navidad en la residencia donde vive, en Blasco Ibáñez. Os prometo que, lo más tarde a las dos de la madrugada, Daniel estará de vuelta.

La perspectiva de perderme la misa —¡tan aburrida!— me alegró un poco el ánimo, aunque no las tenía todas conmigo. Por una absurda asociación de ideas había calculado nebulosamente que el dichoso revisor francés sería tan viejo como mi abuelo, con lo que su hija, por lo tanto, habría sobrepasado ya la cuarentena (barrera que incluso hoy me parece enorme y lejana), la edad de mi madre y, lo que era peor, la de Gabriela, mi tutora de aquel curso escolar, rechoncha y de mal genio. En mi mente, pues, el nombre de Nadine Fontanier empezó a evocar a una mujerona de timbre aguardentoso, con bigote y verruga en la nariz.

Salimos al exterior. Eran las once de la noche y corría un viento glacial. A lo lejos, por el mercado de Ruzafa, se oía una pandilla de alborotadores cantando ruidosamente villancicos. El renqueante coche de mi abuelo, una reliquia del franquismo con más de trescientos mil kilómetros acumulados en el chasis, nos llevó en un soplo a través de las calles casi vacías hasta el colegio mayor Luis Vives, que era donde nos esperaba la francesa.

Nadine estaba en un cómodo sofá bermellón situado en la antesala de la derecha, un espacio rectangular con cabinas telefónicas bajo la escalera. Del fondo, tras una puerta acristalada de trama romboidal, llegaba a todo volumen el rock de Radio Futura. Mi abuelo hizo las presentaciones:

—Daniel, ésta es Nadine. Nadine, éste es Daniel.

Me dejé dar un beso en cada mejilla, casi mudo por la turbación, sin acertar a pronunciar más que un simple «hola». La mujer que tenía frente a mí no era cuarentona y carecía de bigote y verruga en la nariz. Tendría unos veintitantos años, llevaba tacones que engrandecían su menuda silueta hasta casi el nivel de mi barbilla, medias negras, minifalda y jersey de cuello cisne. Su faz ovalada y de labios carnosos, no especialmente bonita, resplandecía a causa del azul celeste de unos ojos redondos. Lucía el pelo con melenita corta y mechas de tonos plateados.

—Hola, Daniel, tenía ganas de conocerte. ¡Qué alto eres!, pensaba que serías un niño —sonrió ampliamente—. ¡De buten, porque hay rock! No te voy a dejar en toda la noche —me agarró del brazo—. Prepárate a bailar.

Su habla era suave, con un tenue deje extranjero. Me recordó a la cantante de Mecano. Creo que me ruboricé, porque nunca antes una mujer había mostrado interés en divertirse conmigo como hacen los adultos entre sí. Mi abuelo intervino de nuevo:

—Eso, y a ver si despabilas a Daniel, que en su casa lo tienen atontado con tanto rosario. Yo, mientras, me voy al Casablanca a echarme al cuerpo unos pasodobles con alguna viuda de buen ver, que esta música de chacachán me pone nervioso.

Me sentí prendido en una encerrona. ¡Maldito abuelo! Pero no tuve tiempo de pensar en nada más mientras me dejaba llevar por ella hacia el fondo.

—Me encanta este cuadro, es de Yturralde —dijo Nadine,

señalando una enorme pintura apaisada, que representaba una especie de nudo marrón—. ¿Lo conoces?

—¿Yturralde, quién es ése? —La verdad es que no sabía de qué me hablaba. La sensación de hallarme en un sitio inadecuado crecía por momentos.

—Un pintor, olvídalo.

Lo siguiente fue un torbellino del que me quedan imágenes puntuales. Se trataba de una fiesta organizada por los residentes del colegio mayor, en su mayoría becarios europeos del programa Erasmus y cubanos y nicaragüenses a cargo del Patronato Sur-Norte, que no habían vuelto a sus lugares de origen para las vacaciones navideñas. La música sonaba sin parar y yo, que sólo conocía la existencia de los bailes discotequeros a través del dictamen condenatorio de mi padre sobre la ruta del bakalao, me vi arrastrado por Nadine a la pista de baile y pronto sucumbí al influjo sensual de su cercanía. Aquella francesa que en cierto modo acababa de recibir como regalo de Navidad exhalaba un aroma arrebatador a perfume exótico, muy distinto de las colonias de supermercado que usaba mi madre, y sus manos, húmedas por la ligera transpiración que provocaba el calor de los radiadores y los cuerpos, palmoteaban rítmicamente las mías en bruscos vaivenes acompasados por ensordecedoras guitarras eléctricas.

—¡Bailas bien! —me gritó de pronto al oído con tono socarrón, tras pasarnos más de media hora dando saltos—. ¡*Super*!

No dije nada, supuse que se trataba de una mentira piadosa. Mi actividad hasta aquel instante se había resumido a otearla sin demasiado peligro a causa de la luz sombría que reinaba en el recinto. Y, de pronto, el improvisado discjockey que se ocupaba del sonido decidió cambiar el tercio y empezó a sonar la dicción carrozona de Elvis Presley cantando una de las melodías más lentas y recitativas que conozco: *Are You Lonesome Tonight*.

—No hay nada como Elvis para un buen morreo —dijo Nadine, arrimándose a mí como si el mundo estuviera a punto de zozobrar y yo fuese el único asidero.

¿Qué podía yo hacer en aquellas circunstancias, sino dejarme querer? Sentí sus muslos pegados a los míos y su cuerpo entero

contra mi cuerpo, mientras sus brazos se enroscaban en mi cuello y su mejilla frotaba la mía como una caricia.

—*Tu es beau* —susurró y, sin pensárselo dos veces, acercó sus labios y se coló en mi interior.

Yo no había comprendido lo que significaban aquellas palabras, pero el quiebro de su voz, su cercanía, el perfume, la tibia humedad de su piel, mi ya entonces absoluta predisposición hacia el sexo femenino y su lengua ardorosa, que empezó a forcejear contra mi propia lengua, me causaron un efecto instantáneo, que hizo innecesaria y superflua la colaboración manual. ¡Adiós, imágenes virtuales de Sharon Stone!, ¡bienvenida, materialidad!

Me fue imposible disimular el terremoto. Paralizado de pronto sobre las suelas de mis zapatos, disfruté entre la vergüenza y el abandono del goce sísmico que me invadía a sacudidas y que se originaba en un epicentro situado en los antípodas de mi boca, atada a la de Nadine mediante una cópula invertida. Ella, que sabía a la perfección lo que me estaba ocurriendo, me abrazó con más fuerza, sin dejar de hurgar en las intimidades de mi caverna. El desenlace me dejó rendido y, como si acabara de ser fulminado por un rayo, me apoltroné sobre sus hombros. Menos mal que demostró tener un brío inusitado para su estatura, porque hubiéramos podido terminar en el suelo.

—*Ah, mon petit voyou, qui?*
qu'est-ce
t'arnve
—cuchicheó.

Me quedé en ayunas, pero la irónica inflexión de su parla demostraba que Nadine se daba cuenta de mi nueva y encharcada situación. Adivinó que empecé a sentirme temeroso de que las filtraciones traicionasen mi debilidad, de manera que, cuando me rehice un poco, no tardó en conducirme hacia un ángulo apartado, bajo el Yturralde, lejos de la pista de baile. Elvis seguía interpelando a su amada ausente, *tell me, dear, are you lonesome tonight?*

Me disculpé en seguida, balbuciendo que necesitaba ir a los servicios, donde recompuse como pude mi dignidad. Recuerdo que me miré en el espejo, abrumado por la desazón. ¿Con qué

jeta iba a presentarme ante ella, como si nada hubiese ocurrido? No podía huir de allí: Nadine iba a ser mi profesora particular durante varios meses, así que me resigné a afrontar una coyuntura cuyo desenlace me daba grima.

Nadine estaba medio oculta en nuestro rincón, tal como acababa de dejarla. Ahora en el aire sonaba otra melodía antediluviana: *When a Man Loves a Woman*.

—Te he pedido un cubata —me dijo, llevándose a los labios un vaso de líquido transparente—. Esto mío es un *gin-tonic*.

Parecía tranquila, de manera que decidí actuar con espontaneidad, a pesar de que me temblequeaba el pulso. Lo primero que hice fue beberme medio cubata de un golpe, como si fuese lo más natural del mundo. Era la primera vez que cataba Coca-Cola con alcohol y me supo a medicamento. Pensé en mi padre, puritano y sobrio respecto a la priva, pensé en la cara que pondría si pudiese verme y, de manera refleja, engullí de un segundo trago el resto del pelotazo, sin respirar. Nadine me observaba.

De sopetón, me habló con ademán pedagógico:

—Bueno, Daniel, vamos al grano. ¿Sabes algo de francés?

Me quedé atónito. Era como si nada hubiese pasado entre nosotros.

—Ni jota —balbucí—. Ahora todo el mundo estudia inglés.

—En Francia pasa igual —pareció titubear un poco—. A ver qué tal se te da la pronunciación. Repite: *verre* —señaló mi vaso, huérfano ya de cubata.

—*Verre* —regurgité, junto con los gases de la Coca-Cola.

—No está mal, se ve que prometes. *Musique* —movió el torso y los brazos como si estuviera bailando.

Es indudable que el encargado de las bebidas, tras la barra, tomó el signo de Nadine señalando mi vaso como una orden de repetición, pues de pronto me encontré con otro lleno hasta los bordes.

—*Musique.*

—*Femme.*

—*Femme.*
—*Table.*
—*Table.*
Y así, repitiendo vocablos como un papagayo, me pimplé el segundo cubata con la misma celeridad. Luego un tercero, que fue visto y no visto, y al final me entró un sueño galopante, abrumador, de esos que lo tumban a uno como un mazazo. Alguien, desde el más allá, empezó a zarandearme y desperté sobresaltado.
Era mi abuelo.
—Anda, vamos, que te llevo a tu casa.
El gangueo en lata de Juan Luis Guerra pedía con insistencia por los bailes que ojalá que llueva café en el campo (¿o acaso se le había subido la bilirrubina?), pero yo no recuerdo haberme despedido de mi corruptora. Sólo sé que de pronto el estómago me dio un brinco y el universo empezó a dar vueltas en torno a mí. El coche pegó un frenazo en seco.
—*Cague en la mare de Déu!*
Lo único que mi abuelo no soportaba en esta vida era que alguien ensuciara su viejo Seat 750, una especie de cacharro que mantenía limpio como una patena. Y yo, pobre de mí, acababa de ponerle perdida la alfombrilla. Lo supe al incorporarme bruscamente del asiento en que me hallaba acurrucado, con el agrio hedor de mi propio vómito metido en las fosas nasales.
—*Quina merda fotut, hòstia!*
m'has
—Cuando se ponía nervioso juraba en catalán—. *Xe, xiquet, xe, xiquet, xe, xiquet!*
Por suerte para mí, ninguna de las salpicaduras terminó en mi abrigo, y mi abuelo, tras hacerme dar una vuelta por la calle para que me orease un poco y mis padres no olieran el tufo a gargantada, me devolvió sano y salvo al nido familiar sin decir ni un sí ni un no. Acabábamos de sellar un pacto de silencio.
Amanecí al atardecer del día siguiente, seguro de que una nueva vida de placeres prohibidos había comenzado para mí. Recordaba como en sueños mi bautismo de fuego con Nadine y me ponía a cien de sólo pensar en lo que de allí en adelante podría suceder. En la adolescencia es fácil tomar los deseos por

la realidad, pero mi profesora de francés me probó en seguida que estaba muy equivocado: me paró los pies a la primera ocasión en que intenté meterle mano.

—Daniel, olvídate de la otra noche, —me dijo amablemente. Su actitud, sin embargo, era firme—: Aquello fue un error de mi parte. Además, soy muy mayor para ti.

A partir de ahí nuestras clases empezaron a desarrollarse con un decoro exasperante. Nadine venía a mi casa los martes, jueves y viernes por la tarde, pues mi madre, en su beata obsesión por el bajo vientre, no hubiera consentido que yo me quedase solo con ella lejos de su manto protector, convencida de que aquella mujer pervertiría a su retoño («no me fío de las francesas, son muy lagartas», la sorprendí diciéndole a mi padre), sin darse cuenta de que hay descarríos mucho más amenazadores para su estabilidad pequeñoburguesa que el de la concupiscencia. Allí, en la sala de estar y ante sus narices, aprendí los rudimentos de la lengua de Corneille, que es también la de Voltaire, de Robespierre y de Vallès, y, poco a poco, entre verbos («*Je suis, tu es, il est, nous sommes, vous êtes, ils sont*…»), ingenuas canciones de la Comuna («*Tremblez, tremblez, argousins et gendarmes, car les républicains français*…») y citas textuales hoy pasadas de moda («*Un spectre hante*
l’Europe
…»), anidó en mí la semilla familiar que se había perdido cinco décadas atrás bajo las bombas del nacionalcatolicismo. Con su análisis descarnado del motor que hace avanzar la historia, Nadine logró que entre ambos germinase una nueva afinidad, por encima de la lujuria inicial.

Pero por las noches, ya solo en mi cuarto, la reminiscencia combinada de sus labios pulposos, de su lengua al acariciar mi lengua y de la voz cálida de Elvis murmurando *are you lonesome tonight* me hizo compañía durante los dos trimestres que irremisiblemente llevaron al remate del curso escolar. Menos mal que, por entonces, los curas y su rancia castidad ya habían dejado de importarme, pues de otro modo el confesor del colegio hubiera hecho horas extraordinarias perdonándome los pecados mortales contra el sexto mandamiento.

Mi abuelo Miguel aparecía por la casa con mayor frecuencia y

empezó a practicar conmigo su escaso francés. Ahora que ya se ha ido, lamento no haber grabado en cinta magnetofónica cualquiera de aquellas cháchara festivas e imposibles que manteníamos tras el almuerzo de los domingos, pues terminábamos riéndonos a carcajadas de nuestra propia ineptitud. Me sentí muy unido a él.

Entre tanto, Nadine asistía a la universidad, donde estaba acabando la redacción de su tesis doctoral sobre la obra poética de Luis Cernuda, dirigida por un cátedro que había hecho la suya sobre el mismo poeta.

—Es el que más sabe en España del asunto —me confesó un jueves mientras nos tomábamos el ineludible vaso de leche y la media docena de galletas maría con que mi madre amenizaba las lecciones—. Por eso me vine a Valencia con él.

Y llegó el vértigo de los exámenes finales, las ansiadas vacaciones, los días luminosos del verano y la fecha del irrevocable regreso a Francia de mi institutriz, ya flamante doctora. Fue mi abuelo quien sacó a relucir que era preciso celebrar por todo lo alto su partida.

—El martes que viene, Nadine, tú y yo nos vamos a cenar a la playa y así practico *un petit peu* con vosotros.

Pasaron ambos a recogerme a las ocho en punto de la tarde. Nadine, que se iba en tren al día siguiente, se despidió con cariño de mis padres. Luego mi abuelo Miguel nos llevó a comer pescado a un chiringuito de la Malvarrosa. Cenamos al sonido de las olas, habló de fútbol por los codos, contó chistes verdes de monjas, demostró científicamente con unas manoletinas al viento por qué Curro Romero es la reencarnación de Dios en el arte del toreo y, al final, ya a las once de la noche, nos propuso terminar la parranda en un local exclusivo de la calle del Mar. Estaba exultante.

—*Nous allons* al Juan Sebastián Bach —dijo—. Ya veréis, cualquiera diría que es un convento y no un sitio para tomar copas. —Me miró de arriba abajo, como calculando mis posibilidades—: Menos mal que tú ya mides casi dos metros y pareces mayor de lo que eres.

Pero al llegar a la puerta del antro, hizo un aparte conmigo, me aflojó de improviso un billete de cinco mil calandrias y luego

nos anunció que se iba:

—Yo me largo, he bebido demasiado y me duele la cabeza.

Abrazó a Nadine como a una hija, prolongadamente, y desapareció.

El J. S. Bach me dejó estupefacto. Era un palacio espectacular con los altos de la fachada llenos de óleos renacentistas enmarcados como en un museo (digo era, porque hace meses fue clausurado por orden del Ayuntamiento, cuya alcaldesa —del partido que vota mi padre— cultiva el lucrativo oficio de la especulación y suele fulminar con excusas legalistas a los adversarios que oponen resistencia). Lo cierto es que al entrar en el J. S. Bach sentí como si me hubieran transportado a un mundo extraño, agobiante, impío y religioso a la par. No había clientela. Lo primero que me chocó fue el acentuado olor a manzanas. Vi cestas colmadas por los rincones junto a macetas de plantas tropicales y muebles antiguos. El espacio era amplio, suntuoso, de techos elevadísimos, con antesala señorial, alcobas y aposentos laterales, a los que se subía o bajaba por escalinatas distribuidas en torno a la nave del centro. En el aire flotaban los compases de Las cuatro estaciones de Vivaldi, lo reconocí porque es una de las obras que mi padre ponía a menudo. Pero lo más peregrino era la plétora abigarrada de cornucopias, crucifijos, óleos con papas, escenas del Gólgota, santas en éxtasis orgásmico y mártires masoquistas con miembros amputados y flechas en sus carnes. En una vitrina empotrada, un astrolabio junto a un facsímil del *Ars amandi* ovidiano sintetizaba la voluntad retro del palacio.

—¿Quieren ustedes ver el león? —inquirió muy educadamente el camarero.

—¿El león? —dije, extrañado—. ¿Qué león?

Apenas formulada la pregunta, se oyó un rugido espeluznante. Y, de pasmo en pasmo, salimos al jardín posterior y vimos al bicho, un enorme animal enjaulado entre palmeras, acacias, madreselvas y plantas trepadoras.

—¿Prefieren sentarse aquí, cerca del león, o desearían un sitio más íntimo?

Fue Nadine la que contestó:

—No, no, dentro, que a mí me dan miedo las fieras —y me

lanzó un mohín de incredulidad, dándome a entender que aquel lugar le parecía un manicomio.

El hombre nos guió hacia una minúscula capilla, que obviamente sirvió en fechas remotas para que los nobles propietarios del palacio oyeran la misa diaria. Todo estaba intacto como si fuese una pequeña casa de Dios, salvo que los bancos y reclinatorios habían sido sustituidos por una mesa de casino y dos tronos de mimbre provistos de cojines estampados con amorcillos. Nos acomodamos y el camarero recitó para nosotros una larga letanía de cócteles cuyos nombres eran suahili para mí.

—Yo, un daiquiri —dijo Nadine.

Fingiendo un hábito mundano del que estaba falto, elegí al azar un Bloody Mary, que era el mote de mi profesora de inglés desde que una tarde le chorreó la regla hasta los tobillos mientras declinaba en la pizarra el verbo *to be*. En pocos minutos tuvimos sendos griales de cristal de roca sobre el mármol del tablero y nos quedamos solos. Mi Bloody Mary era rojo como la sangre. Paseé la mirada en torno a mí, observando con interés los detalles de aquel insólito reservado.

En el centro del altar, un cáliz barroco repleto de hostias del tamaño de veinte duros estaba flanqueado por dos grandes velones ardientes —única luz de la capilla— que dejaban ver en temblorosa penumbra el busto aterrador de una Virgen con corazón acuchillado, pálida tez en las facciones, expresión de desconsuelo y pestañas naturales en los ojos, de cuyas comisuras internas, con perfecta ingravidez, un par de lágrimas nacarinas parecían a punto de fluir. El rostro virginal era el vivo retrato de Nadine.

No sé lo que me ocurrió al constatar aquel hecho extraordinario, pero el nerviosismo que sentía se tornó de pronto en un aplomo que incluso a mí me maravillaba. Nadine estaba a solas conmigo en medio de un ambiente sobrecogedor, yo era el caballero inexperto de una dama cuya sabiduría intelectual contrastaba con mi ignorancia y a la que en los últimos seis meses había aprendido a admirar desde mi condición de novicio privilegiado. Quizá fuera el efluvio embriagador a manzanas y a humo de vela, o quizá la certeza que tuve entonces de que las

oportunidades de la vida son efímeras y pasan sin remedio para no volver, pero lo cierto es que al mirar de hito en hito a Nadine deseché el pasado (del que casi carecía) y el futuro dejó de existir. Sólo hubo Nadine, Nadine y yo, ni padre ni madre ni sermones ni bagatelas de curas que sólo fueron creadas para hacer infelices a las gentes. Y Nadine lo debió de comprender en el fuego de mis pupilas, pues se levantó de su trono y vino a sentarse sobre mi regazo. Su lengua se introdujo de nuevo en mi boca, sus manos acariciaron mi dorso por debajo de la camisola de algodón y las mías buscaron sus pechos cálidos y turgentes, desprovistos de sostén, en cuyo vértice dos pezones tiernos como un moflete de bebé se endurecieron de golpe ante la sorpresa de mis dedos. Doy fe de que el toqueteo la excitaba, pues empezó a jadear y sus dientes atacaron mis labios y mi lengua con una tenacidad que me produjo un exquisito dolor. Debió de pensárselo mejor, pues de repente se hincó de rodillas en el suelo y me bajó de un golpe la cremallera del pantalón. Recibí entonces el último alegato magistral de mi docta profesora: tuve acceso a las delicias de esa figura metarretórica que algunos llaman un francés y, cuando terminó la liturgia de las convulsiones, vi desde mis nieblas que me miraba suplicante.

—*Lèche-moi* —dijo en un rumor.

No me fue difícil adivinar el propósito de sus gestos: se despojó de las bragas —rojo púrpura— con un rápido tirón y se acomodó nuevamente en el trono de mimbre con las piernas abiertas y la falda arremangada por encima de las caderas. Escruté embebecido su ingle desnuda, la primera que me era dado conocer más allá de la impalpable autenticidad del papel cuché, con unos labios entreabiertos, en exclusiva para mí, que me invitaban a descubrir su húmedo secreto.

—*Lèche-moi vite, mon chéri* —me apremió.

Me lancé de hinojos sobre ellos y, en justa y placentera retribución, introduje mi lengua en sus profundidades con el frenesí de lo inevitable, pues si Nadine acababa de comer y de beber mi carne, me pareció de bien nacido pagarle homónimo favor.

Y, cuando estuvo consumado el sacrificio, alcé mis ojos y miré hacia el cielo de los suyos, que me retornaron una sonrisa

de ilimitada beatitud. Me volví entonces hacia la imagen y, lo juro por la memoria de mi abuelo Miguel, observé que el corazón de la Virgen, liberado ya del cuchillo, brincaba de dulce regocijo. Parece desvarío, pero en aquel momento juzgué indispensable imitar la metafórica comunión transubstancial a la que tantas veces había asistido durante las misas del Pío XII. Bebí primero un sorbo del Bloody Mary y le ofrecí luego a Nadine, acudí al altar, agarré el copón, regresé a la entrepierna y me postré como un sacerdote pagano frente al dios más enloquecedor que el destino haya creado para distraer a los hombres de la muerte. Tomé una hostia entre índice y pulgar, hice la señal de la cruz y la inserté en la entrada de aquel huerto umbrío cuya fragancia guardaba en el paladar. Después, ya parte deleitosa de sus entrañas, mi boca la recuperó, saboreándola con arrobo teresiano. ¡Santo sacramento!

Todo permanece nítido en mi memoria. Dejé las cinco mil pesetas sobre la mesa sin aguardar el cambio del camarero y salimos a la calle del Mar.

Nadine me dio la mano y, con la cabeza reclinada sobre mi brazo, iniciamos lentamente el camino a pie hacia el colegio mayor Luis Vives, como dos amantes imposibles. Ya en el umbral, inmovilizados por la ternura entre el jazmín y la belesa del jardinillo, sacó de su bolso un pequeño paquete envuelto en el papel verde con vitola del Corte Inglés y lo puso en mis manos.

—Es un regalo que tenía preparado para ti —me dijo—. Ábrelo después, cuando te vayas. —Noté que la voz se le quebraba. Sus ojos me parecieron enrojecidos—. *Bien, mon chéri, le moment des adieux*

c'est

—añadió—. No quiero que vengas mañana a la estación, las despedidas me deprimen.

Se puso de puntillas y rozó levemente mis labios con los suyos. Quise abrazarla, pero se zafó sin que yo lo pudiera impedir. Entró en el edificio como una exhalación y corrió escaleras arriba hacia su cuarto, diciéndome adiós con la mano izquierda, pero sin volver la cabeza.

Me adentré de nuevo en la noche de Valencia. Era ya muy tarde, mas el tráfico nocturno de julio llenaba de luces

relampagueantes la avenida Blasco Ibáñez. Había refrescado y la brisa marina hizo ondular mi flequillo. Una pareja se besaba sin recato entre dos coches aparcados en segunda fila y un mendigo probablemente borracho me pidió un cigarro al pasar junto a mí. El regalo me abrasaba entre los dedos. Me acerqué a la luz de una farola y rasgué el envoltorio. Era un disco compacto denominado *Elvis' Love Songs*. Junto a la foto ñoña y cursilona del ídolo muerto, ataviado de kitsch lamé, la lista de canciones estaba encabezada por un título que conocía de sobra: *Are You Lonesome Tonight*. En el reverso, escrito a mano con pluma estilográfica, leí un breve mensaje: «A Daniel, para que no se adentre donde habite el olvido, de Nadine». Al texto le seguía una dirección: «8, rue Desnouettes, Paris XVe».

Han transcurrido siete años desde la Navidad en que conocí a Nadine. Los hábitos no han cambiado en casa: mi padre sigue leyendo *Las Provincias*, tiene a los suyos en el poder y vitupera en las sobremesas lo corruptos que fueron los socialistas; mi madre acude al culto de la Mare de Déu en la Basílica y reza por la paz. El abuelo Miguel, en cambio, murió en junio de un infarto, durante un mitin de Izquierda Unida previo a las elecciones autonómicas y municipales, cuando a mí me faltaban quince días para terminar la carrera. Lo que más sentí fue que no pudiese alardear ante sus amigos de que su nieto era por fin licenciado en filología francesa.

De tanto escucharla, adaptada a mi propia pasión, tengo impresa en el cerebro la balada que Presley grabó en Nashville con The Jordanaires el 4 de abril de 1960: *Are you lonesome tonight, do you miss me tonight, are you sorry we drifted apart, does your memory stray, to the brightest summerday, when I kissed you and called you sweet heart, do the chairs and your parlor seem empty and bare, do you gaze at your doorstep and picture me there, is your heart filled with pain, shall I come back again, tell me dear, are you lonesome tonight?* (¿Estás sola esta noche?, ¿sientes nostalgia de mí?, ¿se extravía acaso tu memoria por aquel verano radiante en que fuiste mi dios?, ¿te parecen sin vida los tronos de mimbre y aquel reservado?, ¿me ves en el umbral de la puerta del colegio mayor?, ¿tienes triste el corazón?, dime, ¿estás sola esta noche?).

Y ahora, en este *train-couchette* que me lleva a París, miro las

nieves invernales sobre la hermosa campiña de nuestros vecinos a través de la ventanilla, y trato de convencerme de que alguna vez mi abuelo viajó en el mismo vagón donde ahora me encuentro y sintió igual cosquilleo ante lo desconocido, mientras apretaba en el bolsillo de su chaqueta el librito de frases hechas para pedir café, preguntar dónde está la estación del metro o dar las gracias en francés. De forma instintiva meto la mano en el bolsillo de mi zamarra y aprieto suavemente el disco de Elvis con la dirección que me sé de memoria: 8, rue Desnouettes, Paris XVe.

a nouveau Noël

C'est

. Siete años son mucho o no son nada: realidad o deseo. La vida es un ciclo que se va repitiendo con ligeras diferencias.

Valencia, mayo de 1999

Ideogramas húmedos
Mercedes Abad

Los franceses son así. Créanme: nadie que no haya nacido francés, que no tenga su gusto por la *poésie* y esa proclividad a comportarse como personajes que acabaran de abandonar las páginas de una novela para echarle un vistazo a la realidad puede convocar en plena Navidad una fiesta destinada a celebrar la llegada de la primavera. Al menos no con la pasmosa naturalidad con que lo hizo Chantal, quien a continuación me rogó, en un voluptuoso susurro, que acudiera a la fiesta con ropas ligeras y vaporosas, con ánimo de evocar (palabras textuales) *du corps et la profonde réjouissance qui des sens quand le printemps arrive*
l'épanouissement
s'empare
. Si no se es francés, más vale no decir jamás cosas de este calibre, a menos que uno esté agonizando en su lecho de muerte y aspire a dejar una última frase que proporcione tema de conversación a sus allegados.

Durante todo aquel mes de diciembre, París nos había regalado una lluvia incesante y cielos de un gris plomizo empecinado, que parecían directamente salidos de algún manual para uso exclusivo de poetas tenebrosos en busca de inspiración. Pero en el invernadero que Chantal había hecho construir en la terraza de su fastuoso ático de la Rue de Rivoli la sugestión primaveral era casi perfecta; los olores me alcanzaban en sucesivas oleadas y el aire era tan tibio y ligero que no pude evitar cierta agitación sensorial. Mientras observaba a Chantal moverse entre agapantos, orquídeas y hortensias gigantescas con la delicada elegancia de un felino y la gracia de una etérea criatura de los bosques pese a sus altísimos tacones, me sentí una auténtica zarrapastrosa y recordé lo que un día me había dicho un obrero cuando pasé a su lado haciendo retumbar el

pavimento bajo mis zancadas: «¡Oye! ¡Que vas a romper el suelo!». Con tantas francesas por metro cuadrado, envueltas en sutiles transparencias y rebosantes *de charme et d'esprit*, me dije que mis posibilidades de encontrar algún atractivo compañero de cama con quien romper un mes de monacal enclaustramiento eran por desgracia escasas.

Mientras me servía una copa, un soplo de brisa procedente de los ventiladores que había hecho instalar la anfitriona me trajo una intensa fragancia de flores blancas. Localicé en un rincón un frondoso macizo de madreselvas en el que me precipité a hundir la cara hasta marearme con su aroma. Estaba convencida de que nadie me veía pero, apenas retiré la cara del lujuriante lecho de madreselvas, mis ojos toparon, en un impresionante aunque silencioso choque frontal, con la mirada de un hombre. Había en ella un fulgor tan vehemente e imperioso que, aunque no soy una mujer tímida o pusilánime, no pude sostenerla más de tres o cuatro segundos. Cuando recobré el ánimo y volví a mirarlo, sus ojos no habían perdido un ápice de su turbadora intensidad. Tenía rasgos orientales y parecía un príncipe. Y, a juzgar por la forma en que me miraba, el abordaje era inminente.

Entonces sucedió algo extraño. Un desconocido se abalanzó sobre mí, me saludó entre exclamaciones de placer y efusiones, como si nos conociéramos de toda la vida, y me arrastró con inapelable autoridad hacia el extremo opuesto del invernadero. Cuando el oriental estaba ya fuera de nuestro campo visual, el tipo me obligó a sentarme. Yo estaba tan perpleja que ni siquiera formulé la menor objeción.

—Espero que no estuvieras pensando en tener una aventura con ese hombre —dijo el desconocido sin perder un minuto en preámbulos—. Es un individuo realmente peligroso, dueño de una crueldad sin límites.

Por toda réplica, parpadeé dos o tres veces. Me dije que, por el momento, la perplejidad no corría el menor riesgo de verse desplazada en su calidad de sentimiento dominante.

Tras presentarse sucintamente, mi ángel de la guarda pasó a contarme todo lo que sabía del hombre de mirada fulgurante. Había nacido en Japón, hijo de una japonesa y de un oficial

norteamericano que la abandonó mucho antes de que el niño naciera. Ella se había quitado la vida poco después de dar a luz y el niño fue educado por sus abuelos. Ahora era profesor de japonés y sobre él circulaba toda clase de historias, a cual más siniestra. Había quien decía que albergaba una feroz animadversión hacia los norteamericanos; otros sostenían que su odio no conocía prejuicios, pues abarcaba a la humanidad entera; otros más aseguraban que su acritud tenía por objeto exclusivo a las mujeres, sin distinciones de raza, condición o nacionalidad. Había tenido centenares de amantes y todas ellas habían sido víctimas de refinadas crueldades e inconfesables humillaciones.

Pero la historia más abominable de cuantas habían llegado a su conocimiento era la de una joven estudiante norteamericana a quien él sedujo cuando era su alumna. El día en que la chica cumplió veintiún años, el hombre de mirada fulgurante le regaló un hermoso estuche de madera, delicadamente decorado con bonitos ideogramas, y lleno de pinceles de distinto grosor y de barritas de tinta. Le dijo que lo había hecho todo con sus propias manos, tanto el estuche como los utensilios que contenía; así, cuando ella hiciera sus ejercicios de caligrafía, no podría dejar de pensar en él. Días después, en el curso de una cena, ella le mostró orgullosa sus ejercicios, y él le contó una ancestral tradición japonesa que su abuela le había referido muchos años atrás. Cuando en Japón una mujer quería retener a un hombre y hacerlo suyo para siempre, le explicó, le escribía cartas de amor sirviéndose para ello de un peculiar sistema. En lugar de humedecer en agua las barritas de tinta, las mujeres se las introducían en el sexo para humedecer la tinta en sus propios jugos vaginales, de forma que los ideogramas que trazaban sobre el papel estaban hechos con una parte de sí mismas, y sus efluvios, mezclados con la tinta, envolvían al amante en un sutil aunque poderoso sortilegio.

Llegaron las vacaciones de verano y el hombre de mirada fulgurante tuvo que regresar de forma repentina a Japón, reclamado por un asunto familiar. La joven estudiante norteamericana, que bebía los vientos por él, recordó entonces la historia que le había contado y se dispuso a escribirle una carta de amor en japonés mezclando la tinta con sus secreciones

íntimas.

Era verano y la joven llevaba tan sólo una ligera bata de seda. Se quitó las bragas, aspiró su propio olor y luego frotó con ellas el papel en blanco, como si quisiera intensificar de ese modo la eficacia del sortilegio. Luego introdujo con delicadeza la barrita en su sexo y la movió suavemente hacia dentro y hacia fuera. Sólo cuando la barrita estuvo bien empapada en sus jugos, mojó la muchacha el pincel en la tinta y se dispuso a dibujar con gran aplicación los ideogramas de su carta. Pero, al poco, una intensa comezón en su sexo le hizo desear introducir nuevamente la barrita. La joven atribuyó su excitación al calor, a su semidesnudez y al tono erótico que había cobrado su amorosa misiva. Sus labios se abrieron de nuevo y acogieron la barrita con un hospitalario ruidito de succión. Imaginó que era la verga de su amante la que se abría paso en su interior. Se le ocurrió entonces que si utilizaba la barrita para darse placer hasta alcanzar el orgasmo, el hechizo surtiría un efecto más poderoso aún. Y así lo hizo.

Lamentablemente, la muchacha nunca acabó de escribir la carta, con lo que la supuesta eficacia de sus jugos vaginales quedó en entredicho. Tampoco pudo llegar al orgasmo porque se lo impidió un agudo dolor en su sexo, como si se lo estuvieran quemando con un hierro al rojo vivo. Pese a que sacó inmediatamente la barrita, el dolor era cada vez más intenso. Haciendo de tripas corazón, logró vestirse, bajar a la calle y coger un taxi que la llevó al hospital. En el hospital hicieron por ella cuanto pudieron, pero su clítoris y gran parte de su vagina habían sido corroídas por algún tipo de ácido desconocido y jamás volvería a experimentar placer sexual. Por mucho que la interrogaron para saber cómo se había hecho aquello, ella persistió en su obstinado mutismo.

—Lo amaba tanto —dijo por último mi informante subrayando sus palabras con una mirada melancólica que realzaba el atractivo de sus grandes ojos castaños— que se negó a denunciarlo.

—¿Y cómo sabes tú esa historia? —le pregunté.

—Soy químico. La norteamericana conocía a una amiga mía y acudió a mí para que analizara la barrita. Supongo que todavía

se resistía a creer que aquel tipo hubiera envenenado la tinta. Pero los análisis fueron concluyentes: la tinta había sido mezclada con raíz de shimuki en polvo, un veneno de efecto corrosivo que sólo se encuentra en Japón.

Aquella noche, no tardé en acabar en brazos del tipo que tan oportunamente me había salvado de quién sabe qué refinadas torturas.

Tres días después, el azar quiso que me topara con Chantal.

—Veo que hiciste muy buenas migas con mi amigo Marcel —dijo con una sonrisita llena de sobrentendidos.

—¿Marcel? —pregunté yo fingiendo haberlo olvidado por completo—. ¿Quieres decir el químico?

—¿Químico? No es químico… Puede que, efectivamente, entre vosotros dos haya mucha química, pero Marcel, de eso estoy segura, es escritor. Todavía no ha publicado nada, pero está en tratos con una editorial. Desde luego, tiene una imaginación prodigiosa. No me digas que no lo notaste.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que lo noté! —dije recordando al punto la historia con la que Marcel (sólo ahora lo comprendía) había conseguido el doble propósito de apartarme de cierto oriental de mirada turbadora y envolverme en sus propias redes.

Tras despedirme de Chantal, me alejé pensando en el enorme y sincero aprecio que por la literatura siente el pueblo francés.

Barcelona, abril de 1999

Nochebuena con nieve
Leonardo Padura Fuentes

Fue apenas quince minutos antes de que Zoilita bajara del cielo con la misión divina de hacerse carne de mi carne y el designio espantoso de no dejar que me vuelva a emborrachar en paz en ninguno de los bares del mundo, cuando la mano mugrienta del cantinero me puso delante el quinto carta blanca doble de la noche, huérfano de hielo como los demás, pero cargado con la información siniestra que ha perseguido durante treinta años a los borrachos cubanos.

—Saboréalo bien, *brother,* que se acabó el ron —me dijo y agregó, creo que en son de burla—. Y feliz Navidad…

A esas alturas de mi curva etílica, ya hacía un buen rato que había llegado otra vez a la filosófica conclusión de que mi vida no era para nada la que un hombre se merece. Mi mala suerte ha sido tan persistente que estoy acostumbrado a que sólo me ocurran desgracias, y por eso la noticia de que se extinguían las reservas de ron en el único bar abierto en varios kilómetros a la redonda funcionó únicamente como una confirmación macabra de que la salación era mi estado natural. Por supuesto, llegar a tener ese tipo de ideas imbéciles es uno de los riesgos más seguros cuando alguien bebe solo, en un bar de mala muerte como La Conferencia, la noche del 24 de diciembre, mientras el olor a puerco asado se adueña de la ciudad y las calles se van despoblando de gentes, porque todos andan empeñados en celebrar en familia —y si es posible al pie de un arbolito cargado de guirnaldas, bolitas brillantes y reflejos de nieve— el advenimiento de una fiesta tan insulsa como la Navidad.

Pero, nada más probar aquel malévolo trago con sabor a final, traspasé la barrera de lo admisible y me puse a pensar en las cosas que me habían sucedido a lo largo de aquel año. Y enseguida concluí, gracias a mi tino habitual, que con la mitad de ellas sobraban motivos para suicidarse tres veces, si uno tiene

valor y salud para ahorcarse, envenenarse y darse un tiro en la cabeza. Porque si hasta entonces mi vida había sido entre mediocre y anodina, cuando revisaba los últimos doce meses me agarraba una confusa sensación en el vientre que me ponía a dudar si lo que exigía mi cuerpo era vomitar o cagarme.

Aunque de entrada no lo parezca, debo advertir que no soy de esos tipos a los que les gusta lamentarse por todo. Más bien me definiría como un estoico dispuesto a disfrutar de sus limitaciones y que acude al alcohol sólo en caso de estar al borde de una sobredosis de limitaciones. Hagamos cuentas de lo que llevaba a cuestas para que se entienda mejor. Ser incapaz de bailar o de jugar bien a la pelota, no tener suerte con las mujeres o no estar dotado para hacer chistes simpáticos, ser miope y calvo y de contra tímido, son unos buenos ejemplos del modo insípido en que he ido pasando por esta vida. Tener una hermana lesbiana y un hermano maricón son otras agravantes posibles, por si alguien quisiera todavía más ejemplos. Pero a los treinta y siete años, después de convivir tanto tiempo con esas desgracias, uno llega a tomarles cierto cariño (inclusive a mis pobres hermanos) y se acostumbra a lidiar con ellas. Lo verdaderamente jodido es cuando las desgracias congénitas se juntan con otras inesperadas y primero descubres que tu mujer te pega los tarros con un negro carpetero del Hotel Nacional que todos los días gana (es un decir, pues en realidad se los roba) treinta dólares y tiene carro, casa y dinero para comprarle mierdas en las *shopings*; una semana después, en tu trabajo (otro decir, pues nunca trabajé más de dos o tres horas a la semana) al fin se dan cuenta de que sobra gente y de que la economía del país es un desastre, pero tú eres el único al que mandan al carajo, como si con eso se equilibrara el déficit presupuestario de la nación; por si aún faltara algo, tu mejor amigo (en realidad un cabrón que siempre me buscaba para emborracharse) cae preso acusado de malversación continuada; y, para cerrar con broche de oro y no hacer interminable la lista de males citables, te sucede que una noche, desesperado por tantas desgracias, miras hacia arriba y descubres que el techo de tu casa (he ahí otro eufemismo: llamarle casa al cuartucho donde vivo desde que nací) se está hundiendo y después de mil gestiones lo único que puedes

conseguir en el Poder Popular es que lo apuntalen con cuatro palos medio podridos, y desde entonces te sientes obligado a persignarte cada noche, como si creyeras en algo, pues la única esperanza «en la actual coyuntura del país» (Director Municipal de la Vivienda *dixit*) es que esos palos resistan hasta que te mueras y dejen de importarte los techos de las casas…

¿Se entiende ahora por qué un hombre como yo, graduado universitario, culto y exquisito cuando se precisa serlo, bebía solo en un bar apestoso, mal nombrado La Conferencia, la noche del 24 de diciembre? Mi único deseo era pasar borracho como un perro los siete días que le quedaban a aquel año de mierda, para ver si el próximo entraba con mejor pie y, de paso, para no tener que verle la cara a tanta gente casi tan jodida como yo, que, a pesar del hambre, los apagones, las enfermedades y la miseria de ese año tremebundo, se empeñaban en despedirlo con fiestas, como si el año y ellos mismos se lo merecieran.

Creo que pensaba en el odio que le tengo a los arbolitos navideños y en el horror que le provoca a mi vesícula la carne de puerco, cuando oí aquella voz que me entró por la espalda, como un corrientazo, y que me removió hasta las uñas, aunque no me imaginara todavía hasta qué niveles llegaría aquel terremoto.

—Así mismo era como quería cogerte.

No lo pude evitar: el vaso me saltó de la mano y se hizo añicos contra el piso, llevándose al infierno mi última línea de ron. Antes de poder voltearme, miré con cara de mierda al mejor cantinero del mundo, pero él levantó los hombros restándole importancia al desastre: total, estábamos en Navidad, no quedaba más ron en La Conferencia y yo era el único sobreviviente de su menguada clientela de esa noche.

Aunque mi reacción pueda parecer exagerada, la verdad es que aquélla era la última voz que esperaba oír esa Nochebuena, y por eso mi primera idea fue que me había confundido. Olvídate, José Ramón, no es ella… Pero cuando volteé un poco la cabeza, desde atrás fue entrando en mis retinas la cara sonriente, diría que divina, de Zoilita.

—¡Coño, Monchy!, tú no cambias… Eres más adicto a las cagazones que al ron.

—¿Y qué tú haces aquí?

Terminé de volverme para observar de cuerpo entero a mi excuñada. Hacía más de un año que no sabía nada de ella, y que Zoilita me encontrara bebiendo solo en La Conferencia, justamente la víspera de Navidad, debía de ser más que una casualidad y bien podía tratarse de una perversa alucinación.

Debo decir que Zoilita siempre fue la perla de la familia, y desde que cumplió doce o trece años traté de darle a entender (por medios oblicuos y poéticos, pues tampoco soy un depravado) que si me acostaba con su hermana era por necesidad, pues en verdad quien me gustaba era ella, y mil veces en mis sueños eróticos cambié a Zenaidita por Zoilita, mientras me templaba a la puta de su hermana.

Ahora Zoilita tendría unos veintidós años y estaba esplendorosa. Sus proporciones al fin se habían asentado con una armonía espectacular y era la mujer rotunda que desde niña se veía venir: pelo, ojos, boca, cara, cuello, cintura, piernas: todo era perfecto, con dos tetas que se insinuaban de campeonato, unas nalgas como de hierro (lo sé porque las palpé en varios juegos playeros en la época en que fuimos cuñados), y con la promesa de un centro de gravedad que, a juzgar por lo visible —el color nigérrimo de su pelo y la abundancia de vellos en los brazos y las piernas, más el bulto que exhibía complacida cuando usaba una de sus licras ajustadas—, debía de ser un verdadero banquete para el hijo de puta que tuviera la suerte de estar comiéndoselo.

Cuando al fin pude bajarme de la banqueta, ya había olvidado mi propósito de emborracharme. Zoilita era capaz de hacerme renunciar a mis más firmes y meditadas convicciones.

—¿Y no me vas a invitar a un trago?

La cabrona seguía riéndose, como si algo le diera mucha gracia.

—Es que se acabó… —dije, con toda mi voz de imbécil, como si yo fuera el culpable de la escasez nacional de bebidas alcohólicas—. ¿Y adonde tú vas a esta hora?

—Iba a cenar a casa de mi novio…

—Así que tienes novio. ¿Y vive por aquí? —fue lo que se me ocurrió preguntar. En realidad no soy bueno haciendo preguntas, y más si estoy nervioso. Y Zoilita me ponía muy nervioso. Ella,

mientras tanto, observaba el ambiente, o más bien, lo que quedaba del ambiente: unas banquetas vacías, un cantinero con cara de sueño, una repisa con botellas llenas de agua coloreada y un cartel de compromiso, mal rotulado y mentiroso, que prometía «En 1994, hacia nuevas victorias».

—Esto está del carajo… No sé cómo puedes estar aquí, bebiendo solo…

—Es mejor beber solo que no beber —dije, pues soy algo mejorcito dando respuestas.

—¿Y si te invito a beber conmigo?

Cuando menos hay que ser un genio para dar una buena respuesta a una pregunta así.

—¿Qué tú dices?

—Te estoy invitando a tomar un trago… Mira, tengo la llave de casa de abuela y ella se fue a pasar el fin de año a Las Villas, con mi tía Zeida…

—¿Y tu novio? —Fue la peor pregunta de mi vida. Pero es que no podía creer lo que estaba oyendo.

Zoilita volvió a sonreír y me dijo:

—Dale, vamos —y con el mentón señaló el cartel que colgaba de la pared—… hacia nuevas victorias.

Entre La Conferencia y la casa de la vieja Zoraida apenas hay siete u ocho cuadras, y las invertí en contarle a Zoilita lo jodido que había sido para mí aquel año y el odio que le tenía a las navidades y a los arbolitos y sobre todo a la nieve, aunque no la hubiera visto en mi puñetera existencia. Ella escuchaba y se reía, y yo hablaba de todas aquellas sandeces tratando de no pensar en lo que más quería pensar.

Cuando llegamos, Zoilita soltó la furia de sus veintidós años y subió de dos en dos los escalones hasta el tercer piso, donde estaba el apartamento de abuela Zoraida. Yo tuve la inteligencia de contenerme en el ascenso, pues no quería llegar jadeando. Cuando entré, Zoilita ya había abierto el ventanal del balcón y el fresco discreto de la noche invernal entraba libremente en el apartamento. Al otro lado de la calle estaban, como siempre, las viejísimas arboledas de majagua que rodean el antiguo

Preuniversitario donde yo había estudiado hacía unos dos mil años. En aquella época, Zenaida y yo utilizábamos el apartamento de Zoraida para responder las preguntas de los exámenes finales que una mano misteriosa sacaba de la dirección del Pre y las repartía entre los estudiantes, de manera que todo el mundo entraba a las aulas sabiendo qué responder. Aquel fraude organizado garantizaba que nuestra escuela fuera la vanguardia nacional en promoción, hasta que se armó la cagástrofe y nunca más pudimos avanzar hacia nuevas victorias, después de acostumbrarnos a vivir victoriosamente.

—Siglos que no entraba aquí… —dije mientras me sentaba en el sofá.

—Yo vengo todos los días. Imagínate, abuela me encargó que le regara las matas… Pero no me molesta, porque me encanta este lugar. Creo que lo voy a extrañar.

—¿Y por qué lo vas a extrañar?

Zoilita volvió a reír y me miró a los ojos.

—¿De verdad que todavía te gusto más que mi hermana?

El disparo a bocajarro me abrió un hueco en el pecho y me lanzó contra la pared. Aturdido, hice otra de mis preguntas:

—¿Quién te dijo eso?

Zoilita rió con más fuerzas, y puso al fin las reglas de juego.

—Oye, esto es en serio. Vamos, habla…

—Siempre me gustaste más —solté de prisa.

—¿Y te hacías pajas a costilla mía?

—Unas cuantas…, miles… —admití, tragando en seco.

—¿Y si me ves encuera te haces una paja delante de mí?

Iba en serio, ya no había duda, y sentí cómo las piernas se me ablandaban.

—Oye, Zoilita…

—¿Sí o no?

—Sí, claro que sí —dije, a punto de sufrir un infarto.

—¿Cómo te gusta más: que venga encuera o que me quite la ropa delante de ti? Y no preguntes más, coño…

—Delante de mí… ¿Cierro el balcón?

—No, déjalo así.

Zoilita ya tenía las manos sobre la cabeza, de donde extrajo una aguja para que el pelo cayera libre sobre los hombros. Movió

el cuello y su cabellera negra recobró su mejor forma. Creo que fue entonces cuando intenté explicarme lo que estaba pasando, cuando me pregunté cómo era posible que aquella muchacha hablara como un estibador del puerto y cuando sentí más deseos de reclamarle el ron prometido, pero fui incapaz de hablar y de pensar, porque ya Zoilita empezaba a desabotonarse el vestido, con una tranquilidad que me dio miedo. De verdad se iba a desnudar, a tres metros de mí.

—Dale, quítate tú también la ropa —me ordenó.

Torpemente, sin dejar de mirarla, empecé a desvestirme. La larga hilera de botones del vestido quedó abierta y Zoilita, ahora con más calma, lo dejó caer en el suelo. Ya para entonces yo estaba en calzoncillos y ante la peligrosa evidencia de que no me había excitado. Pero cuando Zoilita se llevó las manos a la espalda y se soltó los ajustadores y descubrió sus espléndidas tetas, sentí un calambre tan brutal como el que me había provocado su voz inesperada, y con una velocidad nada usual sentí cómo el rabo se me llenaba de sangre y luchaba por romper el calzoncillo. Con una malicia calculada, la muchacha se chupó los dedos, metió la mano dentro del blumercito negro que la separaba de la total desnudez y comenzó a acariciarse morosamente.

No sé cómo, me quité el calzoncillo, y sin pensarlo más empecé a frotarme el rabo. Pero me dominaba la impaciencia por la llegada del instante en que ella se quitara el blúmer y yo viera al fin aquel diamante con el que soñé mil veces mientras Zoilita y yo vivimos en la misma casa… Ahora la mano de la muchacha había subido hasta sus senos y se los acariciaba, oprimiéndose los pezones para convertirlos en dos claveles rojos, capaces de iluminar la noche (ya advertí que puedo ser culto). Y por fin sus manos bajaron hasta el blúmer, que empezó a correr caderas abajo, dejando ante mis ojos la oscura belleza de la mujer: no era tan velludo como lo había imaginado, pero hasta mí llegó un olor a hembra que nunca había sentido con tanta intensidad. Rabo en mano, quise abalanzarme sobre ella, pero su voz me detuvo.

—Quédate ahí, hazte la paja —me exigió. Parecía ser la paja o nada, y mejor una buena paja que nada…

Por más que traté de demorar la eyaculación, me vine antes

de lo deseado. Mi intención era tenerla desnuda frente a mí todo el tiempo posible; trataba de grabar en mi mente cada detalle de su cuerpo para utilizar el retrato en futuras masturbaciones. Con un quejido, solté unos goterones de leche, mientras sentía cómo el cuerpo se me agarrotaba.

Cuando al fin volví a mirarla, Zoilita sonreía otra vez.

—¿Qué tal? —me preguntó con absoluta frialdad.

—Un desastre —admití—. No me dejaste…

—Era una pequeña venganza… —Sin poder incorporarme aún, puse una de mis mejores caras de estúpido—. Es que viéndote templar con Zenaidita yo aprendí a masturbarme. Los veía todas las noches por un hueco que hice en la pared. Los veía hacerse pajas, mamarse, singar como unos locos… Ni sé cuántas pajas me hice con ustedes…

—Pero nunca…

—¿Qué tú querías, que hubiera entrado en el cuarto yo también?

—No hubiera sido mala idea.

—Hace años que soñaba con hacerte esto… ¿Y ahora, no te gustaría metérmela?

—No jodas más, Zoilita, que me vas a volver loco…

—¿Quieres o no? —me preguntó, mientras doblaba las piernas hasta ponerse en cuclillas para que yo viera cómo su raja se abría rosada y sin fin.

Me abalancé sobre ella y la obligué a tirarse en el piso polvoriento. No sé cómo, pero ya tenía otra vez el rabo en posición de combate y, sin darme tiempo para acariciarla, la ensarté, sintiendo cómo avanzaba por una cavidad estrecha y húmeda, hecha a la medida de mis grandes necesidades, no de tamaño sino de uso: hacía meses que no templaba.

—Pero ahora no te vayas a venir enseguida… y feliz Navidad —me dijo al oído, y me mordió en el cuello.

La cabrona era una atleta sexual: con absoluta maestría levantó las piernas para formar una horquilla de carne en la que quedé atrapado. Con las manos me agarró las orejas y empezó a bañarme con una lengua caliente y áspera, meticulosa, que perforaba cada orificio de mi cabeza, para luego bajar por el cuello y terminar lamiéndome las tetillas, con una capacidad de

succión aterradora. Mientras, su pelvis no dejaba de balancearse sobre mi rabo, con un movimiento lento y eficaz, que me hizo dudar de la posibilidad de acompañarla hasta el orgasmo. Si seguía así, iba a venirme, irremediablemente, y no quería hacerlo, más por ella que por mí. Entonces decidí pensar en algo ajeno al sexo, lo más alejado a lo que vivía en ese instante magnífico, y se me ocurrió la chapucera idea de que estaba viendo nevar: pensé con tanta fuerza en eso que logré ver cómo la nieve caía más allá del balcón, flotaba sobre el aire y comenzaba a cubrir las copas de las majaguas del Pre, dándoles el aspecto de gigantescos arbolitos de Navidad, donde los copos brillaban con una blancura deslumbrante. Tanto me metí en aquella imagen absurda que hasta sentí frío, mientras el cielo nocturno se aclaraba, como en la aurora boreal…

—Ponte pa' esto, Monchy —me sacó ella de la nieve y me tiró otra vez contra su cuerpo hirviente al tiempo que ella bajaba las piernas y apoyaba los pies en el piso para dejar que su pelvis brincara ahora con un ritmo espasmódico, incontrolado, definitivo, capaz de endurecer como nunca mi pobre rabo y hacérmelo sentir enorme dentro de su cavidad preciosa.

—¿Te vas a venir? —le pregunté con mi habitual habilidad, y ella me mordió una oreja, me soltó la lengua dentro y al fin susurró:

—Cógeme el culo, como le hacías a la puta de mi hermana.

Sin darme opción, liberó mi verga y, con su atlética agilidad, puso ante mí sus nalgas de hierro que, proyectadas por la posición, parecían dos montañas inexpugnables, separadas por una garganta profunda por la que corría, allá en el fondo, un río joven y turbulento.

—Dale suave, que por ahí soy señorita —me advirtió, mientras con la mano, metida por debajo de su cuerpo, trasladaba jugos hacia el aro oscuro del ano para facilitarme la penetración.

Tomé puntería y la ensarté de un solo golpe, casi brutal, pues por primera vez en toda la noche sentí que tenía la opción de decidir algo. La aferré por la cintura y la clavé hasta el fondo, mientras ella lanzaba un breve suspiro, no sé si de complacencia o de dolor.

—Así, dame duro —me pidió, como si quisiera recordarme que seguía siendo ella quien gobernaba.

Zoilita se arqueó, con la cabeza apoyada en el suelo, y abrió un poco más las nalgas para que la penetración tocase sus últimas profundidades. Con la mano derecha empezó a frotarse el clítoris, al tiempo que respiraba con avidez.

—Dime, ¿qué culo te gusta más, el mío o el de mi hermana?

Se ha dicho en muchos bares de La Habana que comparar culos es odioso, pero cuando se está clavando uno como el de Zoilita, eso sería ya un supremo disparate.

—El tuyo, maricona —dije con toda sinceridad, y la atraje con más fuerza, sabiendo que en unas pocas sacudidas me derramaría dentro de ella, y se lo advertí—. Me vengo, coño…

—Suéltala, báñame, lléname de leche, que se me salga por los ojos, suelta tu leche, singao… —pidió con una voz conminatoria, esa voz que, todavía hoy, cuando creo que no volveré a verla jamás, me suena en la cabeza como una explosión: «Suelta tu leche, singao», y hasta se me quitan las ganas de pedir otro trago.

Voy a lamentar por el resto de mi vida no haberle preguntado a Zoilita si fue viéndonos a mí y a su hermana donde aprendió con tanta maestría el ejercicio del sexo. Pero como ésa, fueron miles las preguntas que se quedaron por hacer: ¿y de dónde sacó ese lenguaje soez de puta empedernida? ¿Cómo era posible que, con su experiencia, hubiera conservado intacto el culo? Y lo más importante de todo: ¿cuándo volveríamos a vernos?

Debo confesar ahora que ni siquiera a los dieciséis años fui un hombre de más de dos palos por noche. Esos dos los echaba bien, seamos justos, pero ni la reina de Saba —es un decir— hubiera logrado que eyaculara cuatro veces en menos de dos horas. Pero ya lo dije: Zoilita hacía milagros…

Del suelo nos fuimos a la ducha a limpiarnos del polvo y la leche, y aquella loca me obligó a hacer otra de los cosas que jamás hago: bañarme con agua fría. Cuando iba a protestar, se arrodilló y me dijo:

—Esto es servicio completo.

Y se metió en la boca mi pobre y disminuida pinguilla, que, al

contacto con su lengua, sintió la gloria de la resurrección. Si con su cuerpo Zoilita era capaz de lograr las acrobacias más inesperadas, con su boca podía sacarle leche a un semáforo. La combinación mortífera de labios, lengua, dientes, paladar y garganta que aplicaba sobre los testículos y el rabo, sumado a las caricias de sus manos en mi espalda, que recorrían el surco de las nalgas hasta más allá del ano, me hicieron sentir el hombre más potente del mundo, y el más afortunado por haber recibido en Navidad el regalo de aquella mujer increíble, ahora arrodillada a mis pies.

—Voy a darte lo que más te gusta —me advirtió sin dejar de mamar. Y metió las manos entre mis nalgas y arteramente me clavó un dedo en el culo.

Como hombre que tiene una primera relación con una mujer apenas conocida —sexualmente, quiero decir—, estuve a punto de protestar, pero recordé enseguida que Zoilita sabía de memoria todas mis debilidades y rincones eróticos. Y me relajé, sintiendo cómo mi pinga se multiplicaba en su boca mientras su dedo bailaba la danza del taladro en mi agradecido culo y mis ojos disfrutaban del espectáculo de ver aquella ninfa divina dispensándome aquel placer que nunca antes había sentido con tanta intensidad.

—Por tu madre, Zoilita —susurré, a punto de desmayarme, y la muchacha insistió un par de veces más sobre la cabeza del rabo, enrojecida e inflamada, para luego recorrerlo lentamente con su mano y provocar la inevitable eyaculación, que fue a caer sobre sus ojos, su nariz, sus labios, de donde la lengua devoradora tomó una gota de semen para saborearla y deglutirla.

En aquel momento desapareció la necesidad de preguntarle cómo había sucedido todo aquello. El agua —que ya no sentía fría— terminó de limpiarnos, cuando recibí una nueva orden.

—Ahora vamos para la cama, a singar como Dios manda…

Pensé decirle que dudaba poder complacerla pero, sin darme tiempo siquiera a que me secara, Zoilita me condujo al cuarto y encendió las luces. La cama era la más grande que recuerdo haber visto en mi vida, aunque a esas alturas ya dudo de mis percepciones y recuerdos. De lo que sí estoy seguro es de que Zoilita abrió la puerta de un escaparate y me mostró el espejo

que nos duplicaría. Al fin se echó sobre la cama, abrió las piernas y exigió:

—Dame una buena mamada.

La analogía entre un mamey al que se le ha sacado una tajada y el bollo abierto de una mujer me pareció más justa que nunca: los labios vaginales de Zoilita eran la pulpa roja de la fruta, y la profundidad de su vagina, la semilla oscura de donde nace la vida; la cáscara del mamey la formaban los pendejos brillantes que rodeaban aquella maravilla de la naturaleza.

Si en algo soy bueno, en cuestiones de sexo, es como mamador. Y esa noche me lucí. La mamada que apliqué al bollo de Zoilita fue minuciosa y esmerada, diría que profesional, y el premio fue ver cómo sus pezones se arrugaban, y se cerraba el botón del clavel, mientras comenzaba a sentir los espasmos que le bajaban del abdomen y los ruidos de su respiración. El orgasmo, como un huracán, atraía nubes de deseo en el interior de su cuerpo, hasta liberarse y arrasar con todo, en medio de un lamento:

—Ay, cojones, me vas a matar…

El milagro de la noche se produjo en ese instante: sentí que mi rabo estaba dispuesto por cuarta vez. Para no darle oportunidad de arrepentirse, abrí de bandas a Zoilita y fui a clavarme dentro de ella, sintiendo a mi pinga penetrar en una piscina viscosa de la que nunca jamás hubiera querido salir…

Solamente a la altura del sexto o el séptimo trago doble de carta blanca empiezo a sentir el alivio previo a la borrachera que al fin me bendice un par de tragos después. Antes es casi un martirio, porque todo mi cuerpo está atento para voltearse en el instante de oír la voz que más deseo oír.

Aquella Nochebuena (jamás se ha empleado mejor el calificativo) terminó como debía: con un final típico de cuento de hadas. Zoilita vio en un reloj que faltaban quince minutos para las doce y recordó, en el mejor estilo Cenicienta, que debía estar a medianoche en la casa de su novio. Se vistió de prisa, se recogió el pelo y se pasó un creyón por los labios antes de decirme:

—Quédate hasta que quieras. Cuando salgas, cierra y mete la llave por debajo de la puerta.

Zoilita se inclinó y me besó tiernamente, como a un viejo amante. Y yo la dejé irse sin pronunciar palabra. Ya había aprendido que nada que dijera serviría para hacerle cambiar de idea, y que si había decidido irse, era porque se iba.

Quizá dormí tres o cuatro horas, pues cuando me desperté aún no había amanecido. Sin éxito registré la casa en busca de un poco de alcohol digerible, y al fin salí y deslicé la llave debajo de la puerta. Por supuesto, me sentía horriblemente extraño, con una mezcla maligna de satisfacción e insatisfacción que se fue desequilibrando hacia la ansiedad por volver a encontrarme con Zoilita.

Cuando bajé a la calle caía una ligera llovizna. El tiempo había cambiado rápidamente y sentí el abrazo del frío. Y, aunque parezca extraño, estoy casi seguro de haber visto unas manchas blancas sobre las majaguas del Pre. Son alucinaciones, me obligué a pensar, pues no iba a creer en ese tipo de milagros baratos. Con la duda de si era o no nieve lo que cubría las majaguas, fui caminando hasta mi casa —recuerden el eufemismo—, desayuné con un trago de ron que exprimí del fondo de una botella, y descansé con la paz de los justos.

Por la tarde de ese día, en plena Navidad, hice mi primera guardia frente a la casa de Zoraida. Aunque hacía frío, ya no llovía, y resistí hasta las nueve de la noche antes de pedir asilo en La Conferencia. Luego, durante seis días consecutivos, me pasé desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche sentado en la escalinata del Pre, con la vista fija en la entrada del edificio, sin beber un trago y con la esperanza todavía viva de ver a Zoilita, que volvía con la intención de regar las matas de su abuela.

Apenas tres horas antes de acabarse aquel año entre terrible y divino, obtuve una respuesta a la ausencia de Zoilita. Por la acera en penumbras vi avanzar una silueta conocida que al fin pude identificar: era Zenaidita, mi ex, la puta que ya sabemos lo que hizo y hacia la cual me precipité como un loco preguntándole dónde estaba Zoilita. Cuando se recuperó de la sorpresa, Zenaida me soltó, con su habitual tono destructivo:

—Coño, Monchy, pareces un perro flaco con sarna…

—Pero ¿dónde carajo está metida tu hermana? —le grité, desesperado pero sin ira, y entonces recibí mi regalo de fin de año.

—Está en Miami, se fue la madrugada del 25 en una lancha que vino a buscar a la familia del novio. Ya hablamos dos veces con ella y dice que está bien y que Miami es precioso y que…

Por supuesto que no oí el resto. Al carajo la belleza de Miami. A la mierda todo si el precio era no volver a ver a Zoilita. Caminé sin rumbo, mas ya se sabe que todos los caminos conducen a La Conferencia, y esa noche, por ser fin de año, en lugar de botellas de agua coloreada había abundantes cantidades de ron, que empecé a beber sin medida ni clemencia hasta que sentí como si alguien me quitara la banqueta donde estaba sentado y caí al suelo, entre colillas y salivazos, al lado de otro perro flaco y sarnoso…

¿Entienden ahora por qué vengo todas las noches a beber a La Conferencia y vivo en la zozobra absoluta hasta que entro en el delirio alcohólico? Aquí espero el milagro de la reaparición de Zoilita. Quizá Zenaida me haya engañado, la muy puta, y su hermana ande todavía por ahí, y tal vez venga a buscarme al lugar donde sabe que siempre me encontrará.

En estos días varias veces he oído detrás de mí la voz de Zoilita. Pero debe de haber sido un ángel, porque me he volteado con toda la velocidad que mi cuerpo y el ron me permiten, y sólo he visto allí su recuerdo sonriente.

Pero tal vez hoy sea el día: es 6 de enero, día de los Reyes, y aunque en Cuba no se celebra esa fecha desde hace como treinta años, todo el mundo sabe que es ocasión de regalos y sorpresas. Por eso estoy bebiendo lentamente, no quiero emborracharme ni perder la conciencia: lo que quiero es que Zoilita venga, coño, y me regale otra Nochebuena. Y si no viene, yo voy a buscarla: hoy conseguí madera y un poco de tela, y mañana mismo empiezo a preparar una vela y una balsa. Con lo jodido que estoy aquí y las ganas que tengo de ver a Zoilita, creo que soy capaz de cruzar a nado el Estrecho de la Florida y hasta de fajarme a mordidas con los tiburones. Por mi madre que sí. Coño, se me acabó el trago.

Mantilla, mayo de 1999

La amiga de mamá
Javier Cercas

Hasta donde la memoria me alcanza, Matilde fue siempre la mejor amiga de mamá. De hecho lo fue desde mucho antes de que yo naciera, porque mamá y ella se conocieron en el último año de colegio. Si no me engaño, cuando las dos se casaron su amistad se diluyó un poco, pero el azar quiso que se divorciaran también con escasos meses de diferencia; esta casualidad contribuyó a unirlas. Mientras duró su matrimonio, mamá veía ocasionalmente a sus amigas de soltera; cuando acabó, sólo siguió viendo a Matilde, pero la vio más que nunca: tanto que, de niño, la presencia de Matilde en mi casa llegó a resultarme más familiar que la de mi padre o mis abuelos. Es verdad que, al menos en apariencia, mamá y Matilde eran tan opuestas como la noche y el día, y que mamá, que tardó largos años en salir del aturdimiento de su divorcio y en lograr una cierta autonomía afectiva y económica, carecía de casi todo lo que poseía Matilde: dinero y posición social y un buen trabajo y pocos prejuicios y miedo ninguno, y sobre todo esa alegría elemental que irradian las mujeres de buena familia que no soportan que nadie mande en sus vidas. También es verdad que, aunque de una forma confusa, yo podía intuir qué es lo que mi madre buscaba y hallaba en Matilde, mientras que lo contrario fue siempre un enigma que nunca intenté resolver siquiera. Al menos para mí, sigue siéndolo ahora.

Durante mucho tiempo, mamá, Matilde y yo formamos un trío feliz. Esa felicidad se desvaneció una Navidad de hace veinte años.

Todo empezó el verano anterior. Por aquella época yo era un adolescente torpe, nervioso, granujiento y descerebrado, hacía mucho tiempo que no llevaba pantalones cortos y un poco menos que salía de noche con los amigos y también con las chicas; por aquella época, y aunque sólo era capaz de admitirlo de noche,

cuando empezaba a acariciarme en la oscuridad de la cama y acababa humedeciendo las sábanas con una mancha gelatinosa y blanca, yo ya sabía que Matilde me gustaba. Como cada mes de agosto desde hacía años, aquél lo pasamos en la casa que Matilde tenía en Colera, levantándonos y acostándonos muy tarde y tostándonos interminablemente al sol. El primer día, mientras me secaba después de haberme quitado en la ducha la sal de la playa, me fijé en una foto que pendía junto al espejo y que no había visto nunca. Era una foto de Matilde, sin duda una foto del verano anterior; se la veía de frente, de pie y muy morena y sonriente, con un fondo de embarcaciones atracadas, con el pelo un poco alborotado y el cuerpo oculto por una blusa roja y unos *shorts* azules y ajustados. Me quedé un rato frente a la foto, desnudo y pasmado por la carnosa hondonada que se adivinaba entre los pliegues de la blusa, por el brillo del pelo y la calidez de los ojos y la sonrisa y por la longitud de los muslos, y mientras lo hacía sentí un hormigueo en el vientre y empecé a acariciarme lentamente, perdiéndome en los muslos y la sonrisa y los ojos y el pelo y los pechos de Matilde, y ya estaba a punto de eyacular, tenso y de puntillas sobre el suelo encharcado, cuando se abrió la puerta del baño.

Fue un instante de pánico, durante el cual advertí que quien había abierto la puerta era Matilde, al tiempo que buscaba desesperadamente algo con que disimular mi desesperada erección; en mi vano esfuerzo por encontrarlo, debí de hacer un gesto brusco, porque resbalé y fui a dar con mis huesos en el suelo. Todo fue tan rápido que a Matilde, según me contó mucho después, no le dio tiempo de cerrar la puerta, murmurar una disculpa y marcharse como si no hubiera visto nada, y, dividida entre la risa y la preocupación por el batacazo que acababa de darme, acudió en mi auxilio, mientras despatarrado en el suelo yo trataba de tragarme la vergüenza de mi maldita erección, la vergüenza que me latía salvajemente en el codo lastimado.

Al final lo del codo no fue nada y, sin necesidad de sellar pacto alguno, Matilde y yo guardamos el secreto de aquella escena de astracanada. Pero a partir de aquel momento nuestra relación se alteró, o por lo menos se alteró mi actitud hacia Matilde, sin duda porque tenía la impresión de que ella se

comportaba conmigo de otra manera, no exactamente como si me considerara culpable de algo, sino como si de la noche a la mañana me hubiera convertido en una persona ajena y distinta.

Era una impresión equivocada. Lo supe días más tarde, cuando aproveché un momento en que Matilde y yo estábamos a solas para librarme del peso que me agobiaba desde hacía una semana.

—¿Qué es lo que tengo que perdonarte? —contestó Matilde, sonriendo con genuina incredulidad.

—Lo que pasó el otro día. —Aclaré—: Lo del lavabo.

Ahora Matilde se rió de una forma muy suya, con una mezcla de afecto y burla y descaro que me mortificó más de lo que ya lo estaba.

—Qué crío eres —dijo—. En todo caso, debería darte las gracias por ello.

—¿Las gracias? —repetí.

—¿No te estabas haciendo una paja mirando mi foto?

Sentí que se me incendiaba la cara; sin contestar aparté la vista.

—No seas tonto, Marcos —me reconvino—. A tu edad, todo el mundo se masturba. Es natural y no pasa nada. ¿O es que crees que tu madre no sabe que lo haces? Claro que lo sabe. Y yo también lo sabía antes de pillarte en el lavabo. Lo que no sabía es que lo hacías pensando en mí. Y te voy a decir otra cosa: me encanta. Ninguna mujer lo reconocería, pero a todas nos gusta que un chico joven y guapo como tú se masturbe pensando en nosotras. Así que no tengo nada que perdonarte, y tú nada de lo que sentirte culpable. ¿Lo entiendes, verdad?

Yo creo que entendí muy poco, o quizá es que no quise entender; lo cierto es que, aunque no volvimos a mencionar el asunto, durante el resto del verano pensé a menudo en las palabras de Matilde. Por lo demás, seguí saliendo con los amigos de siempre, pero, a diferencia del año anterior, pasaba mucho más tiempo con mamá y con Matilde. Las acompañaba a todas partes (de compras, a la playa, a cenar); constantemente espiaba a Matilde. Cuando no la espiaba, pensaba en ella. Con encarnizamiento. Y sobre todo de noche: sabiendo que dormía a unos metros de mí, auscultaba en la penumbra el ritmo de su

respiración, tumbado a oscuras la imaginaba entrar en mi cuarto, acercarse en silencio a la cama, dejar caer a los pies el camisón y acostarse desnuda a mi lado, tibia y larga y resbaladiza, mientras empezábamos a acariciarnos como yo me acariciaba a solas y a oscuras hasta que una mancha blanca y gelatinosa acababa empapando las sábanas.

El verano pasó como un soplo, y a principios de septiembre mamá empezó a trabajar en una empresa de publicidad, un empleo más digno y mejor remunerado que el anterior, pero mucho más exigente. Quizá por eso frecuentamos menos a Matilde —que, aunque no puedo asegurarlo, sospecho que fue quien consiguió a mi madre su nuevo trabajo—; por eso y porque Matilde pasó varios meses en Dijon, donde debía encargarse de la construcción de no sé qué edificio municipal. En cuanto a mí, no recuerdo que aquel otoño difiriera esencialmente del que lo precedió o lo siguió, salvo por el hecho de que una parte de mí deseaba distraerse de la obsesión de Matilde —lo que tal vez explique que esos pocos meses me alcanzaran para tener y abandonar dos novias fugaces—. Yo intuía que no iba a conseguirlo.

Esa intuición se trocó en certeza cuando, después de pasar el día de Navidad con los abuelos, mamá y yo nos reunimos con Matilde en su casa de Puigcerdá. Lo hacíamos cada año, pero en aquella ocasión —quizá porque hacía tiempo que no estaba con ella, o porque ahora la veía como a una mujer, y no como a la amiga de mamá— apenas divisé a Matilde esperándonos en la estación del tren me pareció que estaba más guapa y más joven que nunca, y en ese mismo instante comprendí que me había enamorado de ella y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirla. Esta decisión fue afianzándose en los días ulteriores, que estuvieron gobernados, como siempre en los inviernos de Puigcerdá, por un horario bastante inflexible. Nos levantábamos muy de mañana e íbamos a esquiar a las pistas de La Molina hasta que se hacía de noche; entonces volvíamos a casa, exhaustos y hambrientos, nos duchábamos y cenábamos y, después de charlar un rato, yo me metía en la cama y oía a mamá y a Matilde conversando hasta tarde, aunque aquel año sobre todo oía a Matilde, aislaba su voz de la voz de mamá y del

resto de los ruidos de la casa, y mientras la oía pensaba en la foto del baño de Colera, en la hondonada de carne entre la blusa roja y en los *shorts* ajustados y los muslos tan largos y, mientras su voz se me disolvía en la indecisión del duermevela, imaginaba que, cuando dejara de hablar con mamá y yo ya estuviera dormido, Matilde entraría a oscuras en mi cuarto y se quitaría el camisón y se acostaría a mi lado, empezaría a acariciarme igual que ahora yo me acariciaba a solas hasta que todo acababa resolviéndose en la mancha blanca y gelatinosa en las sábanas y en un vertiginoso sumergirse en el sueño como en una nieve oscura.

Aquella Nochevieja la pasamos en Alp, en casa de unos amigos de Matilde, y cuando regresábamos de madrugada a Puigcerdá, mamá y Matilde se dejaron arrastrar por la euforia del nuevo año y nos metimos en una discoteca. Allí estuvimos hasta muy tarde, bailando y riendo y bebiendo, y en algún momento me sorprendí aprovechando el vaivén azaroso de la música y el tumulto de los noctámbulos para besar en los labios a Matilde. Ella se detuvo en seco, pero no me rechazó, y cuando salimos del beso me miró con una mezcla de asombro y malicia (o eso es lo que entonces pensé, confundido en medio de la pista por la ambigüedad de la penumbra y la histeria de los fogonazos), pareció a punto de decir algo y, sin duda disuadida por el martilleo ensordecedor de la música, acabó por señalarme con un dedo irónico y admonitorio y volviendo a la embriaguez del baile.

Al día siguiente no fuimos a La Molina, y por la noche mamá y Matilde se acostaron muy temprano, porque no querían perder otro día de esquí. Yo me quedé en el comedor con la excusa de ver una película en la tele; la realidad es que esperaba hasta que ellas se durmiesen. Cuando imaginé que lo estaban, hice acopio de todo el coraje que venía acumulando durante la semana y, con el corazón palpitándome en la garganta, me llegué sigilosamente hasta la habitación de Matilde. Abrí la puerta. Matilde estaba ovillada en la cama: no se movió; por las rendijas de la persiana se filtraba la claridad de la noche. Me desnudé y me acerqué a la cama, y ya estaba apartando las mantas cuando despertó Matilde.

—¿Qué haces aquí? —se sobresaltó, todavía enredada en la madeja del sueño—. ¿Pasa algo?

Se me aflojaron las piernas: pensé en dar una excusa y regresar a mi cuarto. Haciendo de tripas corazón, me dije: «Ahora o nunca».

—Nada —contesté, buscando acomodo entre las sábanas—. Y no hables tan alto: mamá puede oírte.

Matilde se incorporó en la cama. En un susurro urgente, preguntó:

—¿Pero se puede saber adónde vas?

—A ninguna parte —repliqué—. Sólo quiero acostarme contigo.

Tal vez la sorpresa la enmudeció, porque tardó en contestar.

—Ni hablar —dijo, pero yo ya estaba tumbado junto a ella—. Levántate y vuelve a tu habitación antes de que dé un grito y despierte a tu madre.

—No vas a dar ningún grito. No vas a despertar a mamá.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Porque yo te gusto.

Hubo un silencio, durante el cual Matilde hizo un gesto que la oscuridad me impidió descifrar.

—¿Será posible, el niñato? —preguntó, retóricamente—. ¿Quién te ha dicho a ti que me gustas?

—Tú.

—¿Yo?

—Tú —repetí—. El verano pasado.

Hubo otro silencio.

—Estás loco —dijo, balanceando la cabeza de forma casi imperceptible—. Yo no dije eso… Pero aunque lo hubiera dicho. ¿Es que te has creído que por eso voy a dejar que te metas en mi cama? ¿No te das cuenta de que podría ser tu madre?

—Pero no lo eres —dije sin vacilar—. Y no estoy loco: sólo estoy enamorado de ti.

Forcejeamos un rato; para entonces yo ya había comprendido que el hecho mismo de que Matilde aceptara la discusión significaba que había cedido. Seguimos discutiendo, pero al rato los argumentos dieron paso a las risas y las risas a las caricias y las caricias a los besos. Por fin, en algún momento Matilde apartó

las mantas, se arrodilló en la cama, y con un solo gesto se arrancó el camisón. Nunca había visto desnuda a una mujer: me quedé tan atónito que sólo pude murmurar el nombre de Matilde.

Ésa fue la primera noche que dormimos juntos. Otras la siguieron. No he olvidado ninguna, pero, quizá porque transcurrían a oscuras y en silencio, y porque por la mañana debíamos fingir que nada había ocurrido, todas me dejaban un recuerdo que no me parecía del todo real. La primera noche no hicimos el amor, sino que me masturbé mientras miraba a Matilde y ella me acariciaba el pecho y la cara y me daba unos besos pequeños y cálidos en los labios. La segunda, Matilde me masturbó mientras se masturbaba. La tercera, follamos.

—Esto es una locura, Marcos —me dijo esa noche, después de que lo hiciéramos por segunda vez, y de que por enésima vez le repitiera que la quería—. Eres muy joven, y tienes toda la vida por delante. Irás a la universidad, viajarás, conocerás mujeres. Prométeme que no vas a enamorarte de mí.

Yo no le prometí nada, pero recuerdo que, antes de dormirme abrazado a Matilde, pensé que nunca había imaginado que pudiera ser tan feliz, y que no cambiaba ese instante de gloria por toda mi vida pasada y futura. También pensé que nunca volvería a separarme de Matilde.

Me equivoqué. Matilde y yo pasamos cuatro noches juntos; en el curso de la última todo se malogró. Quién sabe si para entonces mamá ya sospechara algo; quién sabe si Matilde y yo acabamos por confiarnos. Durante nuestras primeras citas todas las precauciones nos parecían pocas: hasta bien entrada la noche yo no me reunía con Matilde, cuya habitación estaba bastante alejada de la de mamá; aun así, cerrábamos la puerta y procurábamos no hacer ruido; además, poníamos el despertador muy pronto, para que yo pudiera volver a mi cama antes de que mamá se levantara. Pero esta disciplina de clandestinidad debió de relajarse, y aquella mañana, cuando me despertaron los gritos de mamá, supe sin posibilidad de error que nos había descubierto. Bajé a la cocina. Mamá había dejado de gritar: estaba de espaldas, fumando y mirando a través de los cristales empañados el césped quemado por la helada; acodada a la mesa,

Matilde también fumaba, y su aire de fatiga revelaba que había renunciado a razonar con mamá. En la cocina sólo se oía el bordoneo insomne de la nevera. Ni mamá ni Matilde advirtieron que yo estaba en el umbral de la cocina hasta que rompí el silencio.

—Mamá, —dije, y se me quebró la voz. Recomponiéndola, añadí—: La culpa es mía.

Mamá se volvió y me miró sin asombro y sin furia; luego, desviando la vista, dio una calada al cigarrillo, se acercó al fregadero y abrió el grifo; en el chorro de agua apagó la brasa.

—No me importa de quién sea la culpa —dijo con una serenidad inapelable, como si experimentara por vez primera en mucho tiempo el placer de decidir por sí misma sin la angustia de la duda—. Vístete y haz tu maleta, Marcos. Nos vamos.

Esa misma mañana tomamos un tren para Barcelona. Durante el trayecto apenas hablamos, pero al llegar a casa mamá me exigió que no volviera a ver a Matilde. Me rebelé: le dije que iba a cumplir dieciséis años y que ya era lo bastante mayor como para decidir por mi cuenta lo que iba a hacer con mi vida, le aseguré que quería a Matilde, le grité que no se atreviera a interferir entre los dos. Discutimos violentamente. Por la noche llamé por teléfono a Matilde, pero no la encontré. Tampoco al día siguiente. Ni al otro. Al cabo de dos días me presenté en su estudio. Una secretaria me hizo esperar, y cuando por fin apareció Matilde me bastó con mirarla a los ojos para comprender que esos pocos días sin mí la habían convertido en otra persona, y que todo había terminado.

Fuimos a un bar. Con determinación pero sin crueldad, casi como quien recita un papel ingrato pero necesario en la economía de una pieza teatral, Matilde me explicó que lo nuestro había sido un error y que lo mejor para los dos, pero sobre todo para mí, era que lo olvidáramos.

—Tu madre tiene razón —concluyó—. Esto nunca debió pasar.

—Pero yo te quiero —protesté.

—Yo también te quiero, Marcos —dijo ella, e imaginé que no sólo lo decía por consolarme—. También para mí será doloroso. Pero créeme: es lo mejor. Al principio me echarás de menos, pero

con el tiempo acabarás olvidándome.

No necesité que terminara de hablar para saber que no iba a cambiar de parecer; la desesperación, sin embargo, me obligó a intentarlo. Le repetí que la quería, juré que nunca iba a olvidarla, argumenté, supliqué, me humillé, lloré. Todo fue inútil.

Cuando me quedé solo en la puerta del bar, viéndola alejarse calle abajo en dirección a su estudio, sentí que ya no quería vivir, porque nunca conseguiría sobreponerme a la ausencia de Matilde.

Pero me sobrepuse. Pasó el tiempo. Durante años no volví a ver a Matilde: ni siquiera lo intenté; mamá, que yo sepa, tampoco. Dejé de ser un adolescente. Fui a la universidad, viajé, olvidé a Matilde, conocí a otras mujeres. Finalmente conocí a Silvia.

Justamente estaba con ella cuando vi por última vez a Matilde.

Fue a la salida de un cine, hará cosa de cinco años. Silvia y yo hacíamos cola para salir a la calle cuando, como una prolongación de la irrealidad de la pantalla, me pareció reconocerla en el pasillo opuesto. Instintivamente aparté la vista y, cogiendo a Silvia del brazo, traté de abrirme paso entre la gente; con la precipitación, al llegar al vestíbulo casi me di de bruces con una señora, y ya me había disculpado cuando la señora pronunció mi nombre. Era Matilde. Pareció muy contenta de verme, y yo hice lo posible por ocultar el desconcierto y fingir alegría. Conversamos. Con laboriosa amabilidad traté de ponerla sumariamente al día de mi vida y la de mamá, y a medida que lo hacía sentí que me tranquilizaba y que empezaba a dejar de ser el adolescente torpe y descerebrado que había vuelto a ser en cuanto había vuelto a verla. Sólo entonces pude fijarme en ella. Vestía con el elegante descuido de siempre, pero, por algún motivo, esa deliberada negligencia, que quince años atrás contribuía a prorrogar su juventud, ahora sólo resaltaba los estragos que el tiempo había hecho en ella. En ese momento comprendí, casi sin asombro, que Matilde ya tendría más de sesenta años, que pronto sería una anciana. Este cálculo me hundió bruscamente en la desolación y, mientras la oía hablar y registraba la energía artificial de los ojos, el brillo marchito de

los labios, la devastación de la piel y las arrugas sin remedio de la frente y el cuello, sentí un deseo irrefrenable de estar a solas con ella y hablarle de Colera y de Puigcerdá, de su sonrisa y sus ojos y su pelo de entonces, y de la hondonada de carne entre pliegues rojos y de los muslos tan largos y de la gelatina blanca que manchaba unas sábanas remotas, sentí un deseo desaforado de mentirle, de hablarle de nuestras remotas noches de amor y de contarle que sí había ido a la universidad y había viajado y había conocido a otras mujeres, pero que nunca la había olvidado, sentí la urgencia de hablarle de esas y otras cosas, como si supiera que el tiempo estaba a punto de agotarse y tal vez ya nunca más pudiera hablarle de ellas, yo creo que eso fue lo que ocurrió exactamente, porque en aquel vestíbulo donde seguía entrando y saliendo gente tuve por vez primera en mi vida la certeza física de que mi juventud se había acabado y, como quien formula un deseo, me juré que, a pesar de la máscara de decrepitud que ahora ocultaba el verdadero rostro de Matilde, yo siempre la recordaría poseída por la belleza y la alegría sin miedo de sus cuarenta años.

Cuando el vestíbulo ya estaba casi vacío, Matilde propuso una cerveza. A punto estuve de aceptarla, pero, por raro que parezca (quizá no lo parezca tanto: hay personas a las que el miedo nos puede siempre), la rechacé, ya no recuerdo con qué excusa. Nos despedimos con un beso.

—Llámame, Marcos —me dijo entonces Matilde—. Saldremos a cenar. Hablaremos de los viejos tiempos.

Mientras caminábamos hacia el coche debí de distraerme, porque Silvia tuvo que repetir la pregunta.

—Nadie —contesté—. Una amiga de mamá.

No llamé a Matilde, no salimos a cenar, no hablamos de los viejos tiempos. No volví a verla nunca.

Un mes después de aquel encuentro inesperado, que no le comenté a mamá, me casé con Silvia. Cuando volvimos del viaje de novios mamá vino un día a casa y me entregó un sobre. Al cogerlo le pregunté si era otro regalo.

—Mira el remite —contestó.

Lo miré. Luego fui a mi despacho y abrí el sobre. Dentro sólo había una foto: la foto de Matilde, con el pelo revuelto y la blusa

roja y los *shorts* ajustados, que años atrás pendía de la pared del baño, en la casa de Colera. Busqué algún mensaje en el reverso de la foto y en el interior del sobre: nada. Después de contemplar la foto un rato, la guardé en un cajón.

Y hace unos días, ordenando papeles con vistas a una mudanza, volvió a aparecer la foto. Hacía tanto tiempo que no la veía que ya ni siquiera me acordaba de que la conservaba y, quizá porque cuando cambiamos de casa nos acomete una urgencia desorbitada de deshacernos de cuantas cosas ha ido acumulando por nosotros el tiempo —como si ese expeditivo ejercicio de higiene constituyera una garantía de regeneración—, o más probablemente porque pensé que, igual que yo la había encontrado por casualidad, también podía hacerlo Silvia, y que entonces me preguntaría por ella y yo me vería obligado a inventar una explicación convincente, la tiré. Ahora me arrepiento de haberlo hecho.

Barcelona, junio de 1999

Dulces sueños
Eduardo Mendicutti

Yo heredé la dulzura de mamá y la bufanda de papá.

La bufanda la perdí en el primer bar de ambiente en el que entré en mi vida, y ya sólo me quedó dulzura. De todas formas, la bufanda me duró años, porque no entré en un bar de ambiente hasta meses después de que mamá se quitara el luto por papá, y el luto de mamá por papá duró exactamente lo mismo que nuestra guerra civil. Mamá me lo dijo cuando volvíamos del cementerio: «Le prometí a tu padre guardarle luto riguroso tanto tiempo como el que duró nuestra heroica contienda, así que durante tres años olvídate de regalarme por Reyes un pañuelo de cuello de seda natural, estampado con alegres motivos florales». A mamá le encantaban los pañuelos de cuello de seda natural estampados con alegres motivos florales, de manera que siempre le regalé por Reyes un pañuelo de esos. A papá, en cambio, le regalaba todos los años un cartón de tabaco, hasta que el pobre murió de cáncer de pulmón. A mí, los Reyes, mientras mamá y papá vivieron, sólo me ponían libros, para que tuviera una cultura y un vocabulario. Mamá y papá estuvieron cuarenta años sin ponerse nada por Reyes el uno al otro; la última vez que se regalaron algo fue en 1954, cuando yo tenía cinco años, y él le regaló a ella una caja de bombones con una tarjeta que ponía «Para que te endulces un poco, que buena falta te hace», y ella le regaló a él una bufanda. Me acuerdo perfectamente porque ese fue el año en que yo dije que quería que los Reyes me trajesen una muñeca, y los dos pusieron el grito en el cielo. Papá usaba la bufanda sólo un par de veces al año, en días de invierno algo especiales, aunque no fueran particularmente crudos, y por eso le duró como nueva toda su vida. Cuando papá murió, con los pulmones roídos de tanto tabaco, y yo heredé la bufanda, mamá me dijo «Ahora es tuya, pero resérvala, como él, para ocasiones especiales». Nada tan especial como entrar por primera vez en un

bar de ambiente, una noche no demasiado fría de principios de marzo, así que me la puse sin sospechar que allí perdería para siempre lo único que heredé de papá.

El bar se llamaba Dunkerke y estaba en una calle estrecha y mal iluminada, próxima a la Gran Vía, a espaldas del Senado.

Había visto el nombre y la dirección del Dunkerke en una revista que compré en un kiosco de la Puerta del Sol porque en la portada salía, desnudo de cintura para arriba y con la bragueta del vaquero desabrochada, un chico que se parecía mucho a Paco Lagares, aquel vecino nuestro de cuando vivíamos en la calle Infanta Eulalia y que se disfrazaba de rey Gaspar para ponernos los regalos todas las noches de Reyes a su hijo Paquito y a mí. No pude resistirlo, a pesar de la vergüenza que me daba comprar la revista, y me fui a leerla a la plaza de Oriente, en un banco pegado a un aligustre o lo que fuera aquello, confiando en que nadie se fijara en mí. A la media hora me puse muy nervioso porque pensé que ya llevaba demasiado tiempo leyendo cochinadas, pero, antes de tirarla con mucho disimulo en una papelera, arranqué la página donde venía la lista de los locales de ambiente y me la guardé para aprendérmela de memoria cuando estuviera solo en mi habitación; la única dirección que conseguí aprenderme fue la del Dunkerke, un «bar de ambiente de gente mayor, con algunos jóvenes admiradores de la tercera edad». ¿Acaso no tenía ya la tercera edad encima? Dentro de nada cumpliría cincuenta años y mi aspecto era el de un señor elegante, sobre todo con la bufanda de papá anudada al cuello de un modo simpático, pero clásico. En el interior del Dunkerke, sin embargo, la mayoría de los hombres no eran elegantes, aunque sí mayores, y todos daban la impresión de querer retirarse a casa a una hora razonable. Había llamado a mamá al cerrar la peluquería y le había dicho que un buen cliente había llegado tardísimo y no me quedaba más remedio que atenderle, pero que no se preocupase que a las nueve en punto estaba en casa para cenar con ella, como todos los días. Después me di prisa porque el tiempo empezaba a pasar volando, y tuve la suerte de coincidir en la entrada del bar con dos cincuentones repeinados que olían una barbaridad a mezcla de cemento, así que dejé que uno de ellos llamara al timbre y, cuando abrieron, me pegué

tanto a la pareja que el más gordo y bajito de los dos, que además era calvo, me miró de mala manera, pero por lo menos entré casi sin darme cuenta y sin que se me saliera el corazón por la boca por culpa del nerviosismo. Eso sí, en cuanto me vi allí dentro, rodeado de hombres que me miraron todos a la vez, sentí que me quedaba paralizado y empecé a sudar como si se me hubiera descompuesto de pronto el regulador de la temperatura. No sé cómo conseguí llegar hasta la barra, ni el tiempo que pasó hasta que el camarero, un carcamal con pinta de bailarín retirado en mitad de una representación y que se hubiese quedado con toda la pintura puesta para el resto de su vida, me preguntó qué iba a ser. Yo le dije, después de tragar saliva, que una tónica, y entonces alguien que había a mi lado me dijo lo que mamá me decía siempre, que la tónica es malísima para los gases. Le miré. Se parecía a Paco Lagares, nuestro vecino de la calle Infanta Eulalia que se disfrazaba de rey Gaspar todas las noches de Reyes. Era una cosa extraña, porque no se parecía nada al hombre que también se parecía a Paco Lagares y que salía con el torso desnudo y la bragueta desabrochada en la portada de la revista en la que descubrí la dirección del Dunkerke; supongo que los dos se parecían a Paco Lagares en cosas distintas. El de la barra tenía el mismo pelo rubio y ondulado de Paco Lagares, los mismos ojos de color avellana que miraban como quedándose a medio camino —como si les diera reparo mirar demasiado—, la misma boca de sonrisita guasona pero que a veces se fruncía durante unos segundos como si sintiera un pinchazo en los labios, la misma estatura y la misma combinación de corpulencia y ligereza —lo que le hacía parecer menos grandote de lo que era en realidad—, la misma edad —poco más de treinta años, una llamativa excepción en el Dunkerke— y, sobre todo, la misma voz, aquella voz granulosa y como con eco, como si cubriese las palabras —que siempre parecían un poco desajustadas conforme las iba diciendo— con crema tostada, aquella crema medio dulce y medio amarga que tan bien le salía a mamá. «Me llamo Antonio, ¿y tú?», me dijo, y yo le dije que me llamaba Plácido y nos dimos la mano. Tenía las mismas manos que Paco Lagares, unas manos grandes y carnosas, esas manos que yo siempre he pensado que tienen los hombres que trabajan en una carpintería,

como Paco Lagares. Antonio no me soltaba y yo me acordé de cómo Paco me cogía las manos la noche de Reyes, cuando yo le preguntaba si por fin ese año me traía una muñeca, que era lo que siempre le pedía al rey Gaspar en una carta que escribía y echaba al buzón a escondidas, para que papá y mamá no pusieran el grito en el cielo. Antonio también me dijo que si no tenía calor con aquella bufanda amarrada al cuello como una toalla a un botijo para que se esponje, y entonces sí que me soltó la mano para desanudarme él mismo la bufanda y dejármela caída desde los hombros, con un estilo bastante mundano. Me contó que estaba casado y tenía un chiquillo, pero que nunca le habían llenado del todo las mujeres, y también estuvimos mucho tiempo callados, él mirándome con aquellos ojos de color avellana que parecían no atreverse a mirar demasiado, hasta que de pronto empezó a sonar *Me desperté llorando entre tus brazos*, y él me dijo «Vamos a bailar», y yo le pregunté muy apurado «¿Aquí?», y él sonrió antes de decir «Aquí mismo», y no sé cómo me vi abrazándolo por el cuello mientras él me abrazaba por la cintura, y empezamos a mecernos con mucha suavidad, como si no fuéramos nosotros los que nos movíamos, sino el suelo que se balanceaba delicadamente, y su pecho era cálido y fuerte como el de Paco Lagares, y sus brazos me apretaban por la cintura como cuando Paco Lagares vestido de rey Gaspar me apretaba contra la cama y me hacía cosquillas la noche de Reyes, y estaba duro por el mismo sitio que lo estaba Paco Lagares cuando yo me empeñaba en tocarle y él decía que no quería que le tocara, y empecé a bajar una mano para tocar a gusto lo que a Paco Lagares sólo pude tocarle de refilón las noches de Reyes mientras él trataba de convencerme de que le disgustaba que le tocase, pero entonces Antonio tuvo la mala ocurrencia de decir «¡Qué dulce eres!», y claro, yo inmediatamente me acordé de mamá y miré el reloj y vi que sólo faltaban diez minutos para las nueve y reparé en que mamá estaría impaciente, tal vez angustiada, esperándome para la cena. Por eso me descompuse y me solté de Antonio de sopetón y le dije apuradísimo «Lo siento, tengo que irme», y él me dijo, con muy mal estilo de repente, «¡¿Pero vas a dejarme ahora, que tengo la polla que se me rompe?!», y eso la verdad es que me resultó muy sofocante, sobre todo porque el

bailarín jubilado que ejercía de camarero no se perdía ni palabra, y dije, muy señor, «Por favor, suéltame, deja que me retire», porque me tenía agarrado por la bufanda, pero él iba a lo suyo, así que me preguntó, con un tono insinuante por completo fuera de lugar, «¿Tienes sitio?», y yo, como un catedrático, le espeté «Pórtate como un ser racional, por favor», y él perdió los papeles y dijo «Conozco una fonda aquí cerca, esta noche voy a dejarte preñado», y eso fue lo que acabó por darme ánimos para sacar fuerzas de flaquezas, porque a mamá podía darle algo si la pobre tenía que esperar a que yo quedase en estado interesante, y me solté de Antonio haciendo caso omiso de mi proverbial dulzura, aunque sin poder evitar que Antonio se quedase con la bufanda en las manos, y salí del Dunkerke dando empujones, que yo mismo no me podía reconocer, y así fue como perdí la bufanda, lo único que heredé de papá, si bien en cuanto me vi en la calle me recompuse y recuperé mi proverbial dulzura, y pude comprobar que mi proverbial dulzura seguía incólume. Llegué a casa con el tiempo justo para cenar.

En Reyes también se cenaba siempre a las nueve en punto.

Durante el curso, los días de colegio, mamá me daba la cena a las ocho, y después me acostaba y me ayudaba a dormirme contándome cuentos de príncipes valientes que rescataban a bellas princesas de las garras de horribles dragones, y cuando yo estaba ya medio grogui, porque mamá me contaba el cuento como si rezara los misterios dolorosos del rosario, ella apagaba la luz de la mesilla de noche y me daba un beso en la frente —siempre acertaba, a pesar de lo oscurísima que se quedaba la habitación— y me decía «Dulces sueños, mi príncipe», aunque yo siempre me quedaba con las ganas de que el beso me lo diese Paco Lagares y me dijese «Dulces sueños, mi princesa». En cambio, en vacaciones —de verano, de Semana Santa, de Navidad— cenaba a diario con papá y mamá, a las nueve en punto, y después podía quedarme un rato con ellos en la sala de estar, leyendo algún número atrasado de las «Vidas Ejemplares», mientras mamá hacía punto y papá trabajaba en su colección de sellos y fumaba sin parar, hasta que me entraban ganas de irme a dormir; mamá entonces me daba el beso en la frente y me decía «Dulces sueños, mi príncipe» y papá también me besaba en la

frente, pero procurando no hacerlo en el mismo sitio en el que me había besado mamá, como si mamá al besar soltase microbios, y nunca me deseó dulces sueños. Tampoco Paco Lagares, excepto la última noche de Reyes que pasé en la casa de la calle Infanta Eulalia, y porque yo se lo pedí. Paco Lagares vivía con su mujer, Paquita, y con su hijo Paquito, que era tres años menor que yo, en el piso bajo, y nosotros vivíamos en el principal, con tres hermosos balcones a la calle, como le decía mamá a todo el mundo. Por uno de aquellos balcones, el de la salita de estar, se suponía que entraba el rey Gaspar la noche del 5 al 6 de enero a dejarme los regalos que yo había pedido en una carta que siempre escribía con ayuda de mamá, y por eso aquel balcón se dejaba entreabierto, aunque yo sabía de sobra que el rey Gaspar era Paco Lagares y que subía tan campante por la escalera desde su casa a la nuestra. La noche de Reyes siempre me hacía el dormido lo antes posible para que mamá me diese de una vez el beso en la frente y me deseara dulces sueños, pero la verdad es que me estaba despierto hasta que se abría muy despacio la puerta de mi dormitorio y entraba Paco Lagares disfrazado de rey Gaspar y enseguida se sentaba en mi cama y empezaba a acariciarme, porque, la noche de Reyes, Paco Lagares cambiaba de manera de ser. Durante todo el año no me hacía ni caso, y eso que yo muchas veces me quedaba mirándole como si él fuera el príncipe valiente que venía a rescatarme de las garras del horrible dragón, pero cuando se sentaba en mi cama disfrazado de rey Gaspar enseguida me alborotaba el pelo, me pasaba con mucha suavidad los dedos por toda la cara, me cogía las manos con aquellas manos suyas anchas y fuertes y que parecían recién lavadas después de haber estado el día entero trabajando en la carpintería, sonreía y ponía cara de preocupación cuando yo intentaba rozarle aquello que se le había puesto tan duro, se echaba encima de mí cuando le preguntaba si por fin aquel año me había traído la muñeca que había vuelto a pedirle en carta aparte, escrita por mi cuenta y echada a escondidas en el buzón de la plaza de Isaac Peral, apretaba su cara contra la mía y me susurraba al oído, muy apesadumbrado, «Lo siento, picha, esta vez tampoco he podido traértela», y después se levantaba con mucho apuro y se iba muy

deprisa, como si de verdad tuviera que seguir poniéndoles los juguetes a los niños de toda la calle. Pero el último año, la última noche de Reyes que pasé en la casa de los tres hermosos balcones que daban a la calle Infanta Eulalia, cuando ya sabía que en marzo nos mudábamos de El Puerto a Madrid, antes de que el rey Gaspar se fuera para siempre, le pedí que me diese un beso, que me llamara princesa, que me deseara dulces sueños. Él me besó en la frente y me dijo «Dulces sueños, princesa». Yo tenía nueve años y no volví a ver ni a tocar al rey Gaspar, aunque de vez en cuando veo hombres que se parecen a Paco Lagares.

Como el que vi otra vez en el Dunkerke, el domingo anterior a la pasada noche de Reyes, nueve meses después de la muerte de mamá.

No había vuelto al bar desde el día que perdí la bufanda, pero algo que ocurrió el sábado por la noche, y que en un primer momento me dejó atónito, me animó a decirme a mí mismo en voz alta «Mañana te vas al Dunkerke». Mamá murió en un tiempo récord: quiero decir que se sintió indispuesta después de la cena, mientras veíamos un concurso de televisión en el que participaban famosos, pero no consintió que avisara al médico, y sólo después de pasarse media hora quejándose de lo mareada que se sentía, cuando por fin me pidió que la acompañara a la cama, nada más levantarse de la butaca cayó fulminada al suelo y ya no hubo nada que hacer; papá sí que murió como es debido, que estuvo en el hospital casi cinco meses, con los pulmones achicharrados por el tabaco. Era el 25 de marzo, en plena cuaresma, y cuando comprendí que mamá era cadáver me creí en la obligación de pensar que mi vida había dejado de tener sentido. Sin embargo, mi vida no debía de tener ningún sentido antes de la muerte de mamá, porque todo siguió como hasta entonces. En realidad, apenas se produjeron tres pequeños cambios dignos de mención: enmarqué una foto de mamá y la puse en la mesilla de noche, para darle siempre un beso antes de echarme a dormir; compré un despertador, para que se encargase de despertarme todos los días laborables a las siete de la mañana, puesto que ya no podía hacerlo mamá; y cenaba solo, aunque a las nueve en punto como siempre, como todos los días. También en Nochebuena y en Nochevieja. Yo mismo me hice la cena en

esas fechas tan señaladas, una cena sencilla pero a mi gusto, y me acosté enseguida, sin sentirme ni contento ni triste, y me dormí como cualquier otra noche, después de darle un beso a la foto de mamá. Mamá había muerto, pero era como si siguiese viva: me levantaba a las siete, me aseaba con mucho esmero y me arreglaba con finura pero sin caprichos inconvenientes, me bebía de pie un café templado y cinco minutos después tomaba un desayuno completo —café otra vez, zumo de naranja natural, y bollería— en el bar de la esquina, abría la peluquería a las diez, cerraba a las dos, comía algo ligero en una cafetería de la plaza de Santo Domingo, daba un paseo por la Gran Vía —mirando escaparates y las portadas de las revistas que se amontonaban en los kioscos— para hacer la digestión, abría de nuevo la peluquería a las cuatro, cerraba a las ocho, y corría a casa a hacerme la cena para poder sentarme a la mesa a las nueve en punto. Los domingos y días festivos, y el día de Navidad y de Año Nuevo, no salía de casa más que para tomar un desayuno completo y para dar un paseo por la Gran Vía después de comer. Eso sí, este año no tuve que comprar un pañuelo de seda natural estampado con alegres motivos florales, para regalárselo a mamá. De vivir mamá, yo habría comprado el lunes por la tarde su pañuelo de Reyes, porque este año Reyes ha caído en miércoles. El sábado anterior, después de acostarme, apagué la luz de la mesilla como hacía mamá cuando yo empezaba a quedarme grogui mientras me contaba un cuento de princesas y dragones, y besé su retrato y le dije «Dulces sueños, mamá», y de repente me di cuenta de lo que estaba haciendo: en vez de besar el retrato de mamá, besaba el despertador. Me quedé atónito, pero la verdad es que enseguida me entró un cosquilleo medio de guasa y medio de coraje, y casi sin darme cuenta, aunque con un tono mandón hasta entonces completamente desconocido en mí, me dije en voz alta: «Mañana te vas al Dunkerke».

Lo vi nada más entrar.

Lo vi nada más entrar en mi habitación.

Se parecía muchísimo a Paco Lagares, disfrazado de rey

Gaspar. Menos mal que no lo echó todo a perder y fue capaz de tragarse el ataque de risa que le dio al verme en la cama vestido de princesa.

—Pasa, rey Gaspar —le dije yo, toda dulzura, con un hilo de voz, temblorosa dentro de aquel precioso vestido de seda de color marfil, con profusión de blondas y lazos a tono, adquirido en un justamente famoso comercio de alquiler y venta de todo tipo de ropa de fantasía.

Él, haciendo gala de imprevisibles dotes dramáticas, recuperó la compostura, y es que ya se lo había advertido: «Tómatelo muy en serio, o no vas a ver un duro».

—Estás divina, princesa —me dijo, y se fue derecho a sentarse en mi cama, con el paquete de grandes dimensiones que traía para mí.

Yo suspiré. Llevaba más de cuarenta años muriéndome de ganas de suspirar de aquella manera. Entorné los ojos, procurando que mis pestañas vibrasen como mariposas exóticas, y dejé que uno de mis brazos colgara lánguidamente fuera de la cama. Él tomó entonces mi mano desmayada con su fuerte y acogedora mano —mano de carpintero, que también en eso era exacto a Paco Lagares— y trató de llevársela directamente al mismo sitio por donde Paco Lagares, cuando se disfrazaba de rey Gaspar, se ponía tan duro. Pero yo le eché el alto:

—Rey Gaspar, por favor, trátame como a una señorita.

—Es que se me ha puesto enseguida como un obús —dijo él, perdiendo momentáneamente el tono misterioso, pero paternal, que yo le había marcado.

—Ésa no es forma de hablarle a una princesa la noche de Reyes, rey Gaspar. Ten en cuenta que es la noche más feliz de mi vida.

Porque se lo había explicado, con todo lujo de detalles y con santísima paciencia, apenas unas horas antes, a mediodía, en el restaurante de comida casera, pero muy bien presentada, en el que le había invitado a almorzar. «Esta noche voy a sentirme como si tuviera nueve años de nuevo, así que procura comportarte conmigo como si yo fuera el hada infantil de un cuento». Y es verdad que él me dijo «Yo a las hadas de los cuentos les metería el nabo hasta que les diera un explotido la

varita mágica». Y yo le dije «Bueno, pero antes procura poner un poco de protocolo».

—Es que el protocolo nunca se me ha dado muy bien —reconoció el pobre, acordándose de mis palabras.

Se llamaba Celestino. Nada más entrar en el Dunkerke había visto cómo me miraba y cómo sonreía de aquella forma medio burlona, y cómo de pronto frunció los labios, como si hubiera sentido un pinchazo; así sonreía siempre Paco Lagares. Fui derecho a la barra y pedí una tónica y entonces alguien dijo a mi lado que la tónica es fatal para los gases.

—Ahora te toca decirme que me has traído una muñeca.

Y a ver si te acuerdas del guión, rey Gaspar, que es muy incómodo esto de ser a la vez princesa y apuntador.

—Es verdad. Te he traído una muñeca, princesa. Pero no pienso dártela hasta que no me agarres el nabo.

—¡Rey Gaspar!

Me resistí. Naturalmente que me resistí. Y eso que llevaba más de cuarenta años deseando tener en mis brazos una muñeca, pero a una princesa siempre se le debe notar el pedigrí, incluso en los momentos más comprometidos. Aquel rey Gaspar tenía un aspecto imponente, muy señor —exactamente el mismo aspecto que tenía Paco Lagares, con su túnica roja y su manto de color chocolate, y su barba y su melena castañas—, pero se notaba que le faltaba costumbre de tratar con princesas y otras criaturas de alcurnia. Y bien que se lo había recalcado durante el almuerzo en el restaurante de comida casera: «Yo no sé qué te pedirán todos esos a los que les das servicio, como tú dices. Pero a mí me vas a dar, sobre todo, magia».

—Pues si no me quieres agarrar el nabo —dijo entonces el rey Gaspar, poniéndose bastante meloso—, déjame por lo menos que yo te agarre las tetitas.

Intenté ponerme seria:

—Rey Gaspar, la magia se te nota poquísimo.

Daba el pego, nadie podría decir que no. La ropa del rey Gaspar que yo también había adquirido en el comercio de ropa de fantasía en el que compré mi vestido de princesa le quedaba un poco grande, pero eso le prestaba cierta majestuosidad. Celestino, al natural, tenía más pinta de carpintero que de rey

mago, las cosas como son. Claro que también lo de carpintero era una condescendencia, porque el muchacho, en el Dunkerke, cuando llegó la hora de aclarar la situación, no se anduvo con rodeos: «Yo aquí vengo a buscarme la vida, ¿sabes lo que te digo? Si te portas bien conmigo, yo me portaré contigo de puta madre». Al día siguiente, en el restaurante de comida casera, después de ponerle al tanto de todos los detalles, llegamos al enojoso asunto del precio y él decidió, sin perder el tiempo con remilgos, que por ser para mí, y aunque se trataba nada menos que de la noche de Reyes, me hacía el servicio por veinticinco mil pesetas.

—Por veinticinco mil pesetas no sé qué más magia quieres, maricón.

—¡Rey Gaspar!

—Agárrame el nabo, y deja de dar respingos.

Se lo agarré. ¿Qué otra cosa puede hacer una princesa ante el ímpetu avasallador de un rey, aunque sea mago?

Realmente, lo tenía como un obús. Por encima de la túnica, el tamaño resultaba monstruoso, pero no podía hacer comparación con lo de Paco Lagares, porque Paco Lagares sólo dejaba que se lo rozase un poco antes de irse apuradísimo a continuar haciendo por el barrio el rey Gaspar.

—Déjame que me suba estos faldones —dijo él—, que se me va a asfixiar el pobrecito con tanto trapo.

Se los subió. Aquella protuberancia empujaba la bragueta del vaquero como un bicho prehistórico tratando de repente de salir entre las dunas del desierto, donde llevase siglos y siglos enterrado. Entonces lo agarré con las dos manos y me dio un calambre, un gusto fuerte, pero un poco angustioso, que me recorrió de la cabeza a los pies.

—No te sueltes —me dijo—, que hay tormenta. Y deja que te meta un dedo en el chochito.

Comprendo que una princesa no debería dar facilidades ante una petición expresada de un modo tan basto, pero el calambre se me había concentrado, no sé cómo, en el pozo de la amargura, y aquel dedo grandote, impaciente y sabiondo tenía una puntería sensacional.

—Relájate —me dijo entonces el rey Gaspar, rozándome con

su barba castaña las comisuras frenéticas de los labios—, que esto no es más que lo bueno que viene antes de lo mejor.

El dedo entró como un apache desenfrenado en el hoyo de mis escalofríos. Grité. No es que me doliera, es que se me descompusieron de golpe todos los engranajes de los adentros y creí que me iba a desbaratar. Me tapó la boca con la otra mano y yo la abrí todo lo que pude, y comprobé lo rico que es que te metan lo que sea hasta la garganta. Mordí con fruición, que es una manera sabrosa y provocativa de morder. Mordí aquella mano que parecía de pronto empeñada en desencajarme la dentadura y el paladar, y de repente la lengua jugosa y caliente del rey Gaspar empezó a rellenarme una oreja como la crema pastelera rellena las entrañas de un bizcocho. Se me encajaron de sopetón entre ceja y ceja todas las lucecitas que le caben a un árbol gigante de Navidad. Él, luego, me llamó perra, me colocó boca abajo de un zarpazo que me supo a gloria y, como lo hizo sin sacar el dedo, yo sentí que mis calambres y mis escalofríos salían disparados en todas direcciones como si fueran fuegos artificiales. Los faldones de mi vestido de seda de color marfil se me arrebujaban alrededor de la garganta como los pastorcillos junto al pesebre del portal de Belén. Intuía que estaba en una postura inconveniente, con las braguitas descolocadísisimas y las carnes posteriores a la intemperie, pero me dije que seguía siendo una princesa por muy inadecuadas que fueran las circunstancias y eso me reconfortó una barbaridad. Grité otra vez: el dedo se había retirado sin previo aviso y el vacío repentino que dejó dentro de mí, aparte de provocar en mis tejidos interiores unos corrimientos desaforados, me produjo hasta vértigo. Sólo durante breves segundos, la verdad. El bicho prehistórico, casi sin saber yo cómo, había salido a la luz. No lo veía, y bien que me pesaba, pero el aire se había llenado de una electricidad distinta, como si el bicho, al agitarse, lo meneara sin ninguna consideración. Me estremecí, lo mismo que se estremece en manos de un juerguista una pandereta. Los dedos anchos y fuertes del rey Gaspar me separaban las carnes posteriores como Moisés separó las aguas del Mar Rojo. Como ya no había calefacción, ¡qué frescura aliviadora me llegó al pozo de los calambres! Pero la frescura y el alivio fueron visto y no visto: el

bicho se arrancó igual que un miura y entró como un mortero y me llegó hasta donde ni en sueños se me había ocurrido a mí que algo me pudiese llegar. Y entonces me estremecí el doble, como si toda yo fuera de repente una zambomba. Y mis tejidos interiores se me pusieron del revés, y las lucecitas del gigantesco árbol de Navidad que tenía atrancadas entre ceja y ceja se soltaron como una chiquillería descontrolada y se me colaron por todos los ojales y todas las costuras, y todos los angelitos del cielo se juntaron a porfía en los recovecos de mis carnes y se pusieron como locos a cantar villancicos, y de pronto al rey Gaspar se le escapó todo el gusto como si se le hubiera reventado dentro un pantano, y para ser un rey mago hay que ver el alarido que pegó, y yo creí que del gusto me moría.

Quedé exhausta, pero más exhausto quedó el rey Gaspar, que a fin de cuentas fue quien hizo mayor gasto.

A pesar de todo, antes de desplomarse a mi vera para pasar conmigo el resto de la noche, tuvo la delicadeza de atenderme: me puso cómoda, me acurrucó la enorme y preciosa muñeca en los brazos, me arrimó la barba castaña a las mejillas, y me susurró al oído:

—Dulces sueños, mi princesa.

Fue la primera noche de Reyes de mi vida en que dormí como un bendito.

Madrid, marzo de 1999

El niño y la sirena
José María Álvarez

Vete, viajero feliz, vete, en busca
del bello país de los bienaventurados,
coronado de yedra…
peregrina a las islas de los seres felices.
Anónimo, *Antología palatina*

Creo que eran blancas. O mi memoria se obstina en evocarlas así. Blancas, de una blancura delicadamente sucia. Ellas me sacaron del algodonoso universo de la crueldad infantil —gusanos de seda ejecutados, pajaritos muertos, agotamiento en el frontón, infinitas conversaciones con otros colegiales sobre el absoluto misterio de las mujeres, sobre cómo sería su sagrario— para tirarme como un clínex usado en el Infierno del esplendor de una sexualidad a toda vela.

Mi prima vino a pasar aquellas navidades con nosotros. Yo tenía diez años y ella ocho más. Era guapísima. Con un pelo largo y muy obscuro que le caía por los hombros, unos ojos que fulminaban como los del basilisco y una boca sensual, de labios siempre húmedos. Ni que decir tiene que todo el hervor de mis turbaciones carnales —erecciones hasta por la contemplación de una falda apretándose contra unas nalgas imperiales al arrodillarse en las misas; hasta por los visos, bragas, medias colgando en los tendederos; y qué contar de las fotografías de las revistas (ah Carmen Sevilla, ah Ava Gardner, ah Silvana Mangano)— se concentró, como el foco de una linterna, en ese ser magnífico que al aparecer en la puerta, aquel 20 de diciembre, irradiaba un influjo como la Luna.

Los dos primeros días de su estancia pasaron en ese vértigo maravilloso, como de encantamiento. Una contemplación constante, desde todos los ángulos; incluso los imposibles. Procuraba acercarme a ella con cualquier excusa, rozaba mi cara por su pelo largo y obscuro, lo olía. Ella olía intensamente. No era perfume. Era otra cosa, mágica, ponzoñosa, letal. Algo que ascendía por su cuello desde su cuerpo apretado por un jersey de lana. Las veces que tiré algo al suelo para poder agacharme en la alfombra y tratar de ver «algo» bajo su falda. Pero todo eso, al fin y al cabo, no era «el más allá» al que pronto saltaría. Esas turbaciones las conocía, las dominaba, si puede decirse así. Las

había fomentado con las criadas de mi abuela, con alguna amiguita, hasta con la enfermera de un dentista —aquel roce de su vientre (o sus muslos) con mi brazo apoyado en el sillón, mientras me preparaba para una exploración—. Pero fue aquella braguita blanca (o tibiamente descuidada) la que me catapultó hasta unas alturas de Deseo que son las que verdaderamente me abrieron las puertas de lo que me convertiría en un ser sin solución.

La tarde del tercer día, mi madre nos dijo que debíamos montar el Belén —que inexplicablemente aún no estaba puesto aquel año—. Durante varias horas, dispusimos entre todos aquel tesoro de figuritas, casas de corcho, palmeras y animales variopintos que empezaron a salir de varias cajas; el «Nacimiento», que siempre era objeto de larga discusión, por su emplazamiento; el papel marrón con el que construíamos montañas; los espejos rotos de los riachuelos… Cuando ya estuvo terminado, alguien advirtió:

—¿Y los Reyes?

Faltaban los Reyes Magos. Dios mío, ¡un Belén sin Reyes Magos! Empezó el desasosiego. Se indagó. ¿Quién guardó las cosas el año pasado?

Mi madre iba y venía por el pasillo:

—Si no es posible. No es posible. Todo estaba junto.

Mi padre, como siempre, extrajo del embrollo consideraciones más amplias:

—Siempre igual. Y así va a ir España a algún sitio.

Por fin, Braulia, la cocinera, la voluminosa y fiel Braulia, aseguró:

—Seguramente se puso en el armario del pasillo. Me parece que sí. Por algo se pondría.

Y allí fuimos a buscar. No estaban. Volvió a intervenir la buena de Braulia, a la que sin duda debo la felicidad:

—Sí, sí, ahí. Lo que pasa es que se pondría con las otras cajas, donde se guardaron las cosas de Nochevieja. No con las del Belén. Debe de estar arriba.

Arriba eran los compartimentos más altos, para subir a los cuales era preciso una escalera. La trajeron.

—Deje, deje —anunció mi prima—. Yo lo busco.

Y ahí empezó todo.

Mi prima empezó a subir aquella escalera de madera. Cada peldaño dejaba ver un pedazo más amplio de sus piernas esplendorosas. Nada más sobrepasar las corvas, mi corazón pareció estallarme; un minuto más tarde, la plenitud de sus muslos casi me produjo un vahído. Yo sujetaba la escalera con tanta fuerza que las uñas casi se clavaban en ella, y mis ojos, como carbunclos, estaban fijos en la atracción fabulosa, ese cofre de los piratas que palpitaba en aquella revelación. Se me regalaba con generosidad la dicha. Pronto vi su culo atrapado en aquellas braguitas blancas: espléndido, saliéndose de ellas, moviéndose ante mí.

Mi prima se demoró buscando, removiendo cajas de zapatos, sombrereras, yo qué sé qué.

—Una vela —pidió—. No se ve nada.

Fueron y trajeron una vela. Y, mientras tanto, ella ponía más en pompa aún aquella carne deliciosa. Un ansia —al revés de lo que una vez leería en Montaigne— no *sujette à satiété* me devoraba. Mi boca estaba seca. Quizá nunca he vuelto a sentir el deseo tan en carne viva como aquella tarde, quemándome así.

Me di cuenta de que mi prima no era ajena a mi estado. Se había percatado de cómo la miraba, de mi turbación, de mi excitación. Sí, lo sabía. Y, sin embargo, no hizo nada por cubrir aquella desnudez. Siguió en lo alto de la escalera, y hasta abrió un poco las piernas, levantando una de ellas, dejándome ver, nimbada por la blancura de aquella braguita, una obscuridad luminosa como la Luna donde yo sabía que vivía, que respiraba, que me acechaba el principio y el fin de todas las cosas. Cómo me latía el corazón.

Por fin, bajó; con una caja en la mano.

—Aquí están los Reyes —exclamó, muy alegre. Y me miró de una forma como yo nunca había visto mirarme a ninguna mujer.

Salí a escape hacia el cuarto de baño. Me encerré y me masturbé con desesperación. Mis pensamientos eran un incendio: la imagen de aquellos muslos y aquel culo me golpeaban en las sienes. Me masturbé hasta el agotamiento. Y aquella noche, en la soledad de mi cama, la excitación me hizo masturbarme de nuevo. ¡Qué placer, qué maravilla de libertad!

Los días siguientes, noté que mi prima estaba mañana, tarde y noche cerca de mí, inventándose cualquier motivo. Durante la cena de Nochebuena, todo el mundo comió y bebió mucho, y después estuvimos cantando, y contando chistes. Luego, jugando por el suelo, yo sentí que ella se rozaba conmigo, me pareció que intencionadamente. No preciso decir que me pasé la noche meneándomela frenéticamente.

El día de Navidad vinieron algunos familiares. Todos se vistieron muy elegantes para la ocasión. Mi prima estaba preciosa: llevaba una falda corta gris y una camisa azul clarito muy delicada. Después de comer, mi madre nos hizo pasar al salón para tomar café y licores. Ella se sentó en un sillón, ante mí. Me di cuenta de que me observaba muy especialmente. Cuando vio que mi mirada se dirigía a sus rodillas, abrió un poco las piernas.

Y esa tarde sucedió. 25 de diciembre de 1953. Mis padres y los demás familiares salieron para felicitar a unos amigos. El servicio fue liberado de sus obligaciones para que pudiera pasar la tarde con los suyos. Y mi prima y yo nos quedamos solos en aquella casa.

Serían las seis de la tarde. Llevábamos casi una hora solos. Yo estaba tumbado en el suelo ojeando unos tebeos de *Hazañas Bélicas* —en realidad, tratando de ver algo bajo las faldas de mi prima, que estaba sentada en un sillón— y ella leía un libro. El silencio era mineral.

De pronto, con una sonrisa turbadora, dijo:

—Vamos a arreglar un poco mejor el Belén —se levantó y se dirigió a la mesa donde estaban todas las figuritas. Cambió dos o tres de lugar, puso unas palmeras en otra parte—. Ayúdame, venga. No seas vago —y cogiéndome una mano, me levantó y me llevó junto al Belén—. Acerca los Reyes al Portal —me dijo—, y ponlos en fila india.

Empecé a hacer lo que me había dicho. En ese momento, la sentí por detrás. Había pegado su cuerpo contra el mío, un brazo me rodeaba, como para mover una de las figuritas, y su pelo sofocaba mi cara, y notaba sus muslos contra mi culo, sus pechos, duros, contra mi espalda, y su olor, ah, su olor, y su aliento junto a mi boca. Ni que decir tiene que mi polla tardó

medio segundo en adquirir las propiedades de la Columna Trajana, relieves de las guerras dacias incluido. Mi prima siguió apretándose contra mí. Ahora, el roce comenzó a ser frotamiento. Yo no sabía qué hacer. Sudaba. Dije algo sobre el Belén:

—Hacen falta más pastores. Y unos pavos —o algo así. Casi un gemido.

A los apretujones de mi prima, se unió ahora un suavísimo besito de sus labios —¡Dios mío, me empalmo aún sólo con recordarlo!— en mi oreja.

—Qué tonto eres —susurró, gatuna—. Pavos… Buen pavo estás tú hecho.

Un labriego que yo tenía en la mano quedó reducido a pedacitos. No podía soportar más aquella sensación. Me volví, intentando huir de su abrazo, pero lo único que logré fue tirar cuatro o cinco corderos, un rústico y mover un espejo que hacía de río, y —¡gracias, Vida!— un frotamiento más inolvidable aún de sus pechos y de sus muslos y de su vientre; y ahora peor todavía, pues estábamos cara a cara, y ya no era mi culo lo que se fundía con ella, sino mi polla, que reventaba el pantalón.

Sentí una vergüenza insoportable. ¿Qué hacer? Pero fue ella la que, como la cosa más natural del mundo, sonriéndome y clavando en los míos sus ojos, que parecían el amanecer del mundo, empezó a acariciarme el bulto de los pantalones.

—Ven —dijo.

Y me llevó hasta el sofá. Me sentó a su lado, y sin dejar de apretarme la polla, y sin dejar de sonreír, tomó mi mano y la metió bajo su falda.

—¿Sabes que eres un sinvergüenza? ¡Ah!, qué chico tan sinvergüenza…

Sus muslos me apretaban la mano. Notaba la frescura de esa carne y la tela de la braguita; ahí había calor, y estaba húmedo.

—Tócame. Tócame —me pidió.

Yo lo hice. No sé —no lo supe entonces— qué sentí. Miedo, fascinación, vértigo, una sensación de gusto extraordinaria, algo en el estómago, como angustia.

Mientras yo la acariciaba, y ella abría cada vez más las piernas, se subió —o lo hice yo, no me acuerdo— la falda. Entonces lo vi. Obscurecía la braguita y algunos pelos salían por

las ingles. La braguita estaba mojada.

—Sinvergüenza, sinvergüenza —repetía mi prima. Y suspiraba.

Entonces me abrió los pantalones y me sacó la polla.

—Qué grande la tienes —dijo, y se sonrojó—. La tienes de tío. Qué barbaridad.

Yo no sabía qué decir. Seguía mirando como hipnotizado aquel punto del Universo que lo concentraba todo bajo el triángulo de aquella braguita. Mi prima empezó a meneármela, y no tardé ni siete movimientos de su mano en correrme. Volví a sentirme avergonzado. Mi leche caía por los dedos de mi prima. Ella se echó a reír.

—Anda que… Chico, qué pronto te vas.

Quise levantarme, que me tragase la tierra. No pensaba sino en salir de aquella habitación, esconderme, no ver nunca más a mi prima. Huir.

Pero ella se limpió la mano en la alfombra, y mirándome —y creo que había ternura en sus ojos—, me dijo:

—No seas tonto. Eso pasa. Ven. Ven —y me abrazó, y me besó en los ojos y en la cara—. Ven. Mira. Tú ya sabes lo que hacen las personas mayores, ¿no? No tengas vergüenza, no seas idiota. Mira. Si tú te has corrido, ya estarás tranquilo, ¿no? Pero yo estoy que, como dicen en mi tierra, el chocho me muerde el delantal. Yo te he dado gustito a ti. Ahora tienes que darme gustito tú a mí.

Yo me había corrido, pero seguía teniendo la polla tiesa como el bastón de Moisés.

—¿Qué…, qué hago? —le dije casi balbuceando.

Ella me acarició la cara con… ¿cariño? Le brillaban los ojos. Tenía la lengua y los labios muy húmedos. Respiraba ansiosa.

—Ojalá pudieras metérmela. Dios mío, Virgen Santa, ojalá. Pero no quiero que me desvirguen. ¿Luego, qué? —Ahora era ella la que estaba nerviosa—. Ven. Mira —dijo—. Bésame el chocho —y empezó a quitarse la braguita.

Cuando la sacó por sus pies y abrió las piernas, yo creí que iba a desmayarme. Allí estaba. El principio y el fin de todas las cosas. El fondo del mar. Entre aquellos muslos que llevo como tatuados en el alma y aquel vientre blanquísimo, el esplendor del

coño se me ofrecía, mojado, cubierto de un pelo obscuro, abierto, como una ostra, y una gotita como una perla.

—Bésamelo —me pedía mi prima. Y había como angustia en su voz. Ella también temblaba—. Sí, sí, sí, bésamelo, chúpamelo. Dale con la lengua, ¡sí, así, así, así! —Yo, por supuesto, ya había hundido mi cara entre sus muslos y mi boca se apretaba contra ese animal de lo desconocido, sintiendo su olor único, su sabor hechicero—. ¡Sí, así, sí, sigue! —pedía ella cada vez más ansiosa —. Ahí, mira, ahí —y señalaba con los ojos extraviados una pequeña protuberancia carnosa—. ¡Oh, Dios mío, sí, sí, sí…! ¡Oh, sigue, sigue, sigue…!

De pronto —yo estaba ya borracho de aquel sabor inefable— sentí que me inundaba la cara un líquido viscoso y maravilloso. Mi prima dio un grito y apretó su coño contra mi boca. La sentí sacudirse como una epiléptica, y su grito iba enrollándose cada vez más hasta acabar en una especie de suspiro-alarido-estertor.

Fue la primera vez en mi vida que había visto correrse a una mujer. No lo he podido olvidar. Ni creo que exista en el mundo —quizá alguna página de Borges o de Hume, o Shakespeare, o Mozart, o Estambul bajo el crepúsculo— nada que me emocione tanto.

Mi prima y yo nos quedamos fundidos, unidos en un abrazo denso, sobre aquel sofá. Minutos de anonadación. En cuanto pude, salí de su abrazo y fui al cuarto de baño, a masturbarme. Cuando salí, mi prima se había compuesto, me miraba como a un extraño, y parecía algo desconcertada.

—No irás a decir nada de esto, ¿verdad? Es un secreto entre nosotros. No se te ocurra.

Yo asentí con la cabeza. En lo único en que pensaba era en ir otra vez al cuarto de baño y seguir meneándomela.

Después, volvieron mis padres. Cenamos todos, en amor y compaña, como se dice. Yo contemplaba a mi prima, pero ella parecía tan tranquila, como si nada hubiera pasado. Yo no podía mirar sin ver, en todo, su coño, sin sentir su olor, su humedad. Después de cenar, más canciones y tonterías en torno al Belén.

—Está muy bonito —dijo mi madre—. Lo habéis cambiado un poco esta tarde, ¿no? Con lo bien que estaba. Esos Reyes no me gustan así. Y además… —y aquí un aullido—, ¡este pastorcito, lo

habéis roto! ¿Es que no teníais nada mejor que hacer?

París, junio de 1999

El sabor
Felipe Benítez Reyes

En la bulliciosa ciudad de Istahad había una vez un joven talabartero, de nombre Asrum, que, nada más dar término a sus faenas, cerraba su taller y se iba por las huertas anochecidas a robar fruta, pues era mucha la afición que a su dulzor le había cogido y era mucho el dinero que esa afición le costaría si no le diese satisfacción mediante el hurto.

Le gustaban a Asrum los dátiles, sí, y los célebres nísperos de las tierras de Játuba, y los carnales damascos; cualquier fruta le gustaba en realidad, pero de todas ellas sentía predilección por los frutos morados de la higuera breval, y a cestas los robaba él cuando era temporada.

Un día de tantos, aunque especialmente caluroso, se hallaba Asrum sentado a la puerta de su taller, repujando pellejos, cuando oyó casualmente una conversación entre dos vecinos: «Escucha lo que voy a decirte, Karim Al-Hahchah: si los higos de las mujeres tuviesen el mismo sabor que los higos que dan las higueras de Egipto, ellas serían felices por comidas y nosotros dichosos por glotones. Ten en cuenta, además, que si el higo de las mortales tuviese sabor a higo verdadero, más nos valdría prevenirnos de imaginar siquiera qué sabor habrían de tener los higos de las huríes que nos esperan impacientes en el Paraíso», y ambos vecinos rompieron a reír.

Tras oír este descabellado parlamento, Asrum dejó la gubia en su regazo y se puso a meditar: «Creo que en esa obscenidad que acabo de oír se esconde la llave de mi buenaventura: sólo lograré ser feliz si encuentro a una mujer cuyo sexo tenga sabor a higo de higuera breval, pues ése es el sabor que más me gusta». Y no es que Asrum tuviera la razón extraviada, según pudiera desprenderse de esta insensata conclusión, sino que de repente se había acordado de la enseñanza que le ofreció una vez un mago hambriento y errante, natural de Catay, a cambio de una torta de

avena: «El sabor de tu vida dependerá del sabor de la fruta que comas. Si comes frutas ácidas, ácida será tu vida. Si dulces, dulces serán tus días sobre la Tierra. Si insípidas, serán insípidas tus horas. Todo depende de la fruta que elijas morder en la vida. Y, por raro que parezca, se puede elegir en muchos casos». En su día, Asrum, como es natural, atribuyó este consejo a la afición legendaria de los de Catay a la alegoría y a la parábola, pues de suyo son las gentes de allí muy aficionadas a componer guirnaldas de lotos y de alas de mariposa con el más inconsútil de los pensamientos, pero de pronto, al recordarlo, se le reveló aquel consejo con la contundencia de un dogma: «El sabor. Todo depende del sabor», se dijo Asrum, «y a mí me gusta, más que cualquier otra, la fruta que da la higuera breval, de modo que si quiero ser feliz, debo encontrar a una mujer que me respete y que tenga sabor a breva, y espero que Alá no me confunda en esa búsqueda, sino que, por el contrario, me ilumine en ella, pues ha de resultarme sin duda fatigosa», pensó Asrum, meditabundo, y prosiguió: «He oído a los hombres contar muchas cosas sobre los cuerpos de las mujeres, pero jamás he oído a nadie decir que alguna de ellas tuviera en la parte más secreta de sí el sabor de la breva. La textura sí, pero no el sabor».

Con Alá a favor o en contra, el caso fue que tanto se enredó Asrum en estas cavilaciones, y a lo largo de tanto tiempo, que llegó el día en que decidió cerrar su negocio, dispuesto a comenzar de inmediato su búsqueda por el mundo de una mujer cuyo sexo tuviese el sabor del fruto que da la higuera breval, pues daba él por hecho que ninguna de las toscas mujeres de Istahad podría ofrecérselo, de modo que cogió sus ahorros exiguos y a correr mundo se fue, con el solo equipaje de su ilusión y con el solo mapa del azar, que es siempre incierto.

Por muchas ciudades y países vagó Asrum en busca de la mujer de la fruta ingastable, pues más jugosa y fresca sería esa fruta cuanto más se comiera de ella, según pronosticaba.

Era apuesto Asrum, y siempre tuvo un trato amable con todos, por ser él de muy limpio corazón. Sólo sus manos, manchadas por las tinturas que se aplican al cordobán, evitaban pensar de él que fuese el hijo de un alfaquí o el heredero de una gran tienda de alfombras. Errabundo, en fin, anduvo Asrum, y

sus paisanos se preguntaban al pasar frente a su taller cerrado: «¿Qué habrá sido de Asrum?».

En sus idas y venidas por el mundo, que fueron sinuosas, conoció Asrum a muchas mujeres, algunas de ellas muy bellas, y casi todas le gustaron, y a varias de ellas llegó a amar, pues resultaron tener espíritus serenos y benévolos, pero ninguna le dispensó el sabor de la breva, y él mantenía la superstición de que su felicidad se cifraba en el hecho de encontrar a una mujer que pudiera regalarle cada noche el placer de devorar una fruta carnal y caldosa, pues había ascendido a rango de precepto, según ha quedado ya dicho, la enseñanza del mago de Catay: la ventura de la vida de un hombre depende de un sabor, y él pretendía llevar una vida venturosa, y necesitaba, por tanto, lamer en lo dulce.

Hubo en las aventuras de Asrum mujeres que tenían un sabor a cola de sirena, las que lo tenían a leche de cabra o a almizcle. En Kandahar durmió con una bailarina a la que un amante despreciado le había cortado la lengua, y resultó tener ella un sabor excelente: el del fruto aún verde de la planta a la que llaman ambrosía, amargo y delicado, pero no era esa la fruta que él buscaba. Durmió otra noche en Nicosia, allá en Chipre, junto a una adolescente oscura de piel y de espíritu, de pechos muy pequeños pero ya caídos, y en ella halló el sabor del dátil maduro, que era sabor muy del gusto de Asrum, pero tampoco era ese el sabor de mujer que él buscaba.

Como es de suponer, Asrum, a pesar de llevar en el corazón el peso alado de su quimera, que es un peso que hace etéreos a los hombres, necesitaba alimentarse, de modo que por las noches se adentraba en los huertos y robaba fruta, no siempre con bien: más de una vez lo apalearon, más de una vez lo apedrearon y en muchas ocasiones tuvo que huir del modo en que sólo saben huir los que ven a un demonio de mirada tricolor.

En una de esas huidas, cayó Asrum en una zanja y se rompió un brazo. El brazo roto de Asrum no le ayudaba en sus tareas galantes, pues suelen preferir las mujeres hermosas a los hombres enteros; aun así, antes de curarse la fractura, conoció a una tejedora que tenía el sabor del limón caliente, a una esclava que no tenía sabor alguno y a una niña que atesoraba el sabor

confuso de un mar.

Estos reveses enturbiaban las meditaciones de Asrum: «Seré siempre un desdichado. Nunca encontraré a la mujer de la que depende mi felicidad. Nunca encontraré ese sabor en mujer alguna, y moriré insatisfecho y solitario». Pero cada nuevo amanecer le reservaba un chispazo de optimismo: «Hoy es un día hermoso. El cielo está limpio. El aire es un oro en polvo que flota. Buen presagio. Hoy puede ser el día deseado en que encuentre a la mujer que busco». Y así, entre ilusiones renovadas diariamente, iba probando Asrum los sabores íntimos de las muchachas, viudas y rameras que hallaba a su paso, pero ninguna proporcionaba deleite suficiente a su paladar, que sólo para el sabor de la breva parecía tener papilas, pues todos los restantes despreciaba.

«Ay de mí», se lamentaba Asrum, «que tan desdichado soy: mi felicidad se cifra en un imposible», pues tanto manjar decepcionante había probado ya, que daba por iluso el propósito de hallar el sabor de la breva en mujer alguna de Oriente o de Occidente.

Cuando se le agotaron sus ahorros, Asrum se convirtió en mendigo, al poco se transformó en un bebedor y más tarde descendió a la categoría de charlatán brumoso de taberna.

«Ayuden a este desdichado que se ve así por haber alimentado el sueño que le inspiraron duendes fantasiosos. Una moneda para este hombre que morirá sin haber sido feliz», imploraba Asrum en el bullebulle de los zocos, sentado en el suelo con la mano extendida y los ojos clavados en la gente.

En su nueva condición de mendigo, recorrió Asrum muchas ciudades, y en todas ellas encontró poca caridad y amantes muy amargas, hasta que, tumbo tras tumbo, acabó en tierras de Macedonia, donde hizo amistad con otro menesteroso llamado Kabdul, que aseguraba ser el hijo descarriado de un califa.

«Según me han dicho, el rey necesita a varios ayudas para sus palafreneros porque piensa emprender un largo viaje», le informó un día Kabdul a su amigo Asrum. «Yo soy muy viejo para eso, pero tú servirías. Estás muy delgado, pero eres joven. Aún puedes conocer países nuevos, mujeres hermosas y comer casi lo mismo que el rey y que sus capitanes sanguinarios. Puedo hablar con el

herrador de las caballerizas reales, que me debe algunos favores, y pedirle que te recomiende al palafrenero mayor como ayudante, pues bien podrías reparar tú los atalajes de las bestias». Y Asrum, el de la suerte sombría, harto como se hallaba de mendigar, le rogó a su amigo Kabdul que hablase con aquel herrador. Y así lo hizo Kabdul. Y fue eficaz.

El primer día en que Asrum entró en el palacio del rey le sorprendió la mucha gente que allí trajinaba: enlutadas sirvientas diligentes, domadores de potros, ancianas que limpiaban metales en un patio (y en las grandes bandejas de azófar el sol encontraba un espejo más cegador que el sol mismo), carpinteros, herreros, herboristas… El interior del palacio le pareció a Asrum una ciudad dichosa, y él se sintió de repente acogido en ese reino ordenado y laborioso, a pesar de sus harapos.

«Lo primero será buscarte ropa nueva», le dijo a Asrum el herrador amigo de su amigo Kabdul. Y, al poco, ya estaba dignificado Asrum por vestimentas toscas, pero limpias y decentes. «Pasado mañana saldrá la expedición real», le informó el herrador. «Y ¿adónde vamos a encaminarnos?», le preguntó Asrum, pero el herrador se encogió de hombros, dándole así a entender que poco suelen saber los herradores de los propósitos de su rey.

La segunda noche que pasó en palacio, Asrum probó el sabor de Marién, la hija pequeña y tullida de pies de un carpintero, y le gustó mucho su sabor, pues se trataba de uno desconocido para él, que tantos sabores conservaba ya en su memoria, y ni siquiera sabía con qué relacionarlo, de tan raro como era aquel sabor, y tenía además Marién un sexo que se abría con la lentitud dolorosa de una gruta carnal inexplorada, y gemía como las gacelas cuando se lastiman, y su saliva era un aceite de romero, y sus ojos transmitían el terror de la inocencia profanada. Pero tampoco tenía ella el sabor preciso, de modo que Asrum la dejó atrás sin melancolía y se fue a recorrer mundo junto al anciano rey de Macedonia.

Resultó ser aquel rey aficionado a la astrología, y las noches enteras las pasaba observando los acontecimientos celestes a través de un tubo de azófar hechizado. «Este rey nuestro ha

perdido la razón», murmuraban los del séquito. «Con un rey loco no ganaremos ninguna guerra, porque las guerras se ganan con la locura, de acuerdo, pero no con ese tipo de extraña locura que algún demonio le ha infundido a nuestro rey», conspiraban los capitanes de la guardia.

Tras un largo marchar por los desiertos, tras mucho recorrer los áridos campos del trigo granado o las fértiles tierras de frutales (en las que Asrum comió frutas jamás vistas por la gente de Istahad), tras cruzar viñedos que, con sus marañas de brazos, herían las manos de las cabalgaduras y las piernas de los palafreneros; tras mucho y mucho vagar por tierras que aún no tenían ni siquiera nombre, la tropa errante del rey macedonio comprobó que a poca distancia de ella avanzaba la tropa desordenada y polvorienta de otro rey.

«Creo que es el rey de Armenia», pronosticó el monarca macedonio. «¿Le atacamos, majestad?», preguntaron los capitanes, pues era antigua la enemistad existente entre ambos pueblos. Pero el rey dijo que esperaría a que amaneciera para tomar una decisión.

Los soldados se pasaron la noche en vela. «Lo mejor sería atacar ahora. El cuarto menguante siempre ha sido un augurio favorable para los guerreros macedonios y una señal adversa para los armenios», conjeturaba uno. «Este rey nuestro va a llevarnos a la muerte, porque un rey con la razón extraviada sólo puede traernos destrucción», se lamentaba otro.

Nada más amanecer, el rey macedonio designó una embajada y, al frente de ella, puso rumbo al campamento del monarca enemigo. Los de Macedonia fueron recibidos con recelo, pero, tras cruzar los dos reyes unas palabras, entraron ambos en una tienda y allí se pasaron muchas horas, para inquietud de sus súbditos, que no atinaban a comprender el motivo de aquel largo departir entre monarcas enfrentados.

De anochecida, el macedonio salió de la tienda del armenio y regresó a su campamento.

«¿Atacamos ya?», le preguntaron sus oficiales, y el rey se limitó a negar con la cabeza. «Mañana seguiremos camino juntos. Los armenios y nosotros», y los guerreros macedonios se frotaban el pelo, se indignaban o se echaban a reír amargamente:

«Nuestro rey se ha vuelto loco. Los armenios nos matarán cuando estemos dormidos», murmuraban.

Al día siguiente, en efecto, ambos séquitos tomaron un idéntico rumbo, aunque marchaban distanciados: en cabeza los macedonios y en retaguardia los armenios. Y así avanzaron durante tres días y tres noches, en una insomne cabalgata dividida en dos.

En la mañana del cuarto día, vieron aparecer tras una loma una caravana de camellos enjaezados al modo berberisco. Sobre los camellos había cofres y hombres negros. En una carreta, un grupo de mujeres alegraba el viaje con música de tambores y chirimías.

El rey de los macedonios picó espuelas y, al trote, se llegó hasta el rey de los armenios: «Es el reyezuelo de Agabar», le dijo. «Sí, ese que bebe vino, fuma cáñamo y anda siempre con mujeres. ¿Le atacamos?». Pero el rey de los macedonios, hombre siempre prudente, sugirió a su igual que antes deberían ir ambos en embajada ante el de Agabar, por si acaso de ese modo resultaba innecesario el derramamiento de sangre. Así que hasta donde estaba el reyezuelo de Agabar se llegaron los monarcas recién aliados.

Esta vez fue también larga la entrevista, pues los tres se pasaron hablando muchas horas de asuntos que nadie más acertaba a imaginar.

Entretanto, los macedonios y los armenios se mezclaron con los del séquito procedente de Agabar, y bailaron con las mujeres, que tenían sobacos rollizos y voces estruendosas pero mágicas, y bebieron con ellas, y largas cachimbas humeantes les proporcionaron a todos espejismos.

Asrum, en el cénit confuso de aquella celebración inesperada, probó el sabor de una muchacha negra. Y aquello fue muy de su gusto, porque tenía la textura de la fresa muy pasada: un áspero tejido desgarrado, ácido y viscoso, que en la boca dejaba un acre almíbar: la mezcla de un licor con un veneno. Pero no era aquel, como es lógico, el sabor que Asrum buscaba.

«Mañana partiremos los tres séquitos juntos», anunció el rey de Macedonia a sus hombres beodos. Y, a la mañana siguiente, eran ya en efecto tres las comitivas, separadas entre sí por unos

doscientos metros de tierra y suspicacia, pues existían rencores abstractos entre ellas y no resultaba prudente su mixtura.

Mucho anduvieron durante meses, sin aparente rumbo, los tres monarcas y sus casi quinientos hombres, que cada vez iban siendo menos: desertaban algunos, otros enfermaban y fingían otros enfermar. Fueron muchos los que se desesperaron a causa de aquel viaje que parecía no tener meta, de manera que, cuando llegaron a su destino enigmático, que más adelante conoceremos, el total de hombres que acompañaban a los reyes era sólo de catorce. Entre ellos se contaba Asrum, el más fatalista de los peregrinos.

Noche tras noche, los tres reyes se dedicaban a observar el cielo. «Son alquimistas», decía alguno. «Son unos brujos que nos conducen a la región de los demonios», decía otro.

Los cada vez más escasos hombres fieles a los monarcas, mientras sus señores miraban los cielos estrellados, se dedicaban a buscar mujeres complacientes y muchachos frágiles por las ciudades y aldeas cercanas. Asrum probó en esos días dos sabores nuevos: el de la hiel y el de la medusa.

«¿Qué te ocurre, Asrum? ¿No se ha portado bien contigo tu ramera?», le preguntaban cuando lo veían volver meditabundo de sus placeres decepcionantes.

Al cabo de dos años, las tres menguadas comitivas, formadas por un trío de reyes y por catorce hombres, aunque en todo momento separadas durante su marcha, llegaron a una fortaleza. «Pasad, amigos. Mi casa es vuestra casa», les dijo el hospitalario rey que allí vivía y que desde allí gobernaba su porción del mundo. «Tengo un enemigo dentro mi reino. Acaba de nacer pero, según la profecía, ya estoy en peligro de muerte», confesó a sus invitados aquel rey linfático y cojo que jamás parecía dejar de sudar, como si llevase dentro de sí el sol ardiente de los desiertos.

En aquella fortaleza no había mujer alguna dispuesta a dejarse galantear por unos extranjeros sucios y soeces que, además, transparentaban en sus ojos la demencia propia de quienes han mirado durante demasiado tiempo un horizonte infinito, de modo que Asrum se atormentó durante los días que pasó en aquella fortaleza con la superstición de que alguna de

aquellas muchachas perfumadas, inalcanzables y altivas, a las que él veía a veces vagar veladas por los corredores, podía ser la poseedora del sabor buscado, y su desesperación entonces tocaba fondo: «Seguro que el sabor que yo busco sólo lo podría encontrar aquí, en la refulgente fortaleza de este rey temeroso. Pero yo no soy más que un ayudante de palafrenero, pobre y harapiento, que arrastra sus pies llagados por el mundo sin conocer siquiera el destino que tienen sus pasos», se quejaba para sí Asrum, que algunas noches creyó oír el eco de la risa lujuriosa del reyezuelo disipado de Agabar, al que tan larga peregrinación no parecía alterarle aquellos instintos que le daban celebridad.

En una madrugada calurosa, los tres reyes despertaron a sus súbditos, que dormían ya en un granero, y les ordenaron que ensillasen de inmediato las cabalgaduras, hecho lo cual todos salieron de la fortaleza en silencio sigiloso, al modo de quien se aleja de un cadáver.

Los reyes señalaban continuamente el cielo, y murmuraban entre sí. Los hombres que marchaban junto a ellos, según ha quedado ya dicho, eran catorce.

«Allí. Es allí», gritó una noche uno de los reyes, y los otros dos gritaron lo mismo, señalando el punto de la lejanía en que se hallaba una choza con la armazón vencida.

«Y ¿para esto hemos hecho un viaje tan fatigoso? ¿Para llegar a una choza derruida después de haber dejado atrás los más ricos palacios?», se preguntaba Asrum, a quien el alma se le enturbiaba en ocasiones con el lodo de la desdicha, pues era grande la suma de sus contrariedades.

Llegados a la choza, los tres monarcas errantes entraron en ella, y allí se pusieron a hablar de indicios astrales con un hombre y una mujer que acababan de tener un hijo varón. El hombre hacía gala de mal carácter y la mujer parecía estar asustada. «Hemos venido de muy lejos. Hemos seguido la estrella anunciadora», les decían los reyes, reverenciosos y serviles, pero ellos los miraban con desconfianza, intimidados por sus vestidos insólitos y por sus turbantes polvorientos, que en tiempos estuvieron recamados con pedrería.

«Pedidnos cuanto queráis. Somos servidores de este hijo vuestro», y la mujer se atrevió a decirles entonces que cualquier

obsequio les vendría bien, al ser ellos fugitivos. Poca cosa llevaban ya encima aquellos reyes, pues casi todo lo habían vendido o canjeado durante el largo viaje, pero lograron reunir entre los tres una barra de incienso, unas lágrimas de mirra y un anillo de oro.

El niño, envuelto en telas rígidas, lloraba sin cesar, y lloraban a su par los tres monarcas, y ni ellos mismos sabían a qué sentimiento atribuir el motivo de ese llanto.

La mujer, huidiza y recelosa, se probaba entretanto el anillo de oro, y su marido pugnaba por quitárselo.

«Estos reyes han enloquecido. Deberíamos matarlos y huir. Han abandonado sus reinos para venir a una choza en ruinas», instigaba Asrum, pero al instante se arrepentía de sus dicterios, pues, por el mucho trato, les había cogido ley a sus majestades.

Mientras los reyes rendían adoración a aquel recién nacido, Asrum se dedicó a pasear a la luz de la luna, que erraba llena. Las sombras de los árboles le parecían siluetas de espectros dolientes, y aquella visión ensombrecía aún más sus meditaciones: «Nunca podré ser feliz, porque mi sueño no tiene cumplimiento posible. Con más de setenta mujeres he yacido y en ninguna de ellas he logrado hallar el sabor que busco, y mi felicidad depende de encontrar a la mujer que tenga un sabor que no existe en mujer alguna, y nunca seré por tanto feliz», según enmarañaba Asrum sus emociones, que eran muchas y amargas.

«Me sentaré a mirar las estrellas», se dijo Asrum, porque la afición astronómica de los reyes se le había contagiado tras tanto tiempo de compartido peregrinaje. Se sentó, pues, con la espalda apoyada en el tronco de un olivo, y se dedicó a mirar el agitado firmamento, con su miríada de mundos giratorios, mientras su mano escarbaba distraídamente la tierra.

Cuando el duermevela, con sus dedos de hipnotizador, le iba cerrando ya los ojos, pues era grande su fatiga de errabundo, oyó Asrum un crujido de ramas a su espalda y se sobresaltó, pues padeció al pronto la aprensión de que se trataba de alguna alimaña nocturna propia de aquellas regiones, por ser cualquier extranjero medroso con respecto a este particular.

«Chiiist», oyó, y pensó en una serpiente. «¿Eres extranjero?»,

oyó entonces Asrum, y esa voz humana le alteró más que lo que le hubiese alterado la presencia de serpiente alguna. Vio entonces avanzar hacia él un bulto salido de unas retamas. «Me llamo Chidra, ¿y tú?».

Chidra era una muchacha muy delgada, pero se le adivinaban tras su rígido blusón pechos muy grandes, bendito sea cien veces Alá.

«¿Cuál es la estrella que más te gusta?», le preguntó Chidra a Asrum, y Asrum le dijo que, por supuesto, aquella estrella grande que brillaba sobre la choza en ruinas.

«Llevamos varios años persiguiendo esa estrella. A veces pienso que me pertenece». Fue entonces Chidra la que habló: «¿Esa estrella? Yo sabía que iba a ocurrir algo, pero no podía sospechar que iba a tratarse nada menos que de una estrella». Y, al ver el rostro extrañado de Asrum, Chidra prosiguió: «Habían ocurrido cosas. Fueron nueve meses muy extraños. Casi no pasaba un día sin que ocurriese algo que no tuviese un leve matiz de prodigio: sombras luminosas, voces sin cuerpo… Ese niño no es de este mundo, y tuvo que tocarme a mí traerlo al mundo». Asrum le preguntó: «¿Ese niño al que adoran los reyes es hijo tuyo, Chidra?», y Chidra asintió. «El mismo día en que nació ese niño, hace apenas un mes, murió su padre. Al día siguiente, me lo arrebataron los seguidores de un profeta y se lo entregaron a esos dos viejos, pues si ya te he dicho que nada de cuanto ocurrió durante la gestación de ese hijo mío fue corriente, debo decirte ahora que lo que ocurrió luego lo fue menos aún… Además, ¿cómo van a tener descendencia esos dos, si son ya viejos y casi no pueden sostener a mi hijo en brazos, que hasta a veces temo que se les caiga y lo maten? Por eso los persigo: para velar por mi hijo arrebatado. Por eso me ves así, convertida en nómada, ya que fugitivos son los ladrones de mi hijo».

Y así pasaron un rato, hablando de sus vidas, hasta que los hechizos del plenilunio les llevaron a besarse, y las manos de Asrum tocaron los muslos cálidos de Chidra, y Chidra acarició el pecho de Asrum, y Asrum oprimió los pechos grandes de Chidra y los amasó con premura de alfarero, y lamió los pies pequeños de Chidra, heridos del caminar, y Chidra lamió la oreja de Asrum, y, tras eso, Asrum besó el pubis de Chidra, envidia de las

sedas, y de allí bajó a probar el sabor de Chidra, seguro de una nueva decepción.

Cuando más abajo estaba, levantó Asrum de repente la cabeza: «¡Chidra, tú tienes el sabor!». Y Chidra puso expresión interrogante, y Asrum le contó entonces la historia de su ilusión. «¿Te vendrás conmigo?», le preguntó Asrum, y Chidra lloró por su hijo, pero al cabo le prometió que sí.

Los reyes adoraron al hijo de Chidra durante casi dos días, al cabo de los cuales partieron nuevamente, camino esta vez de sus propias huellas. Asrum había pedido permiso a su rey para llevar consigo a Chidra y el rey le había contestado con un encogimiento de hombros, pues parecía tener en los ojos el aire ausente de los trastornados.

«Vayamos ahora cada cual a nuestro reino y propaguemos entre nuestros súbditos la buena nueva», dijeron los monarcas con voces proféticas y ahuecadas, y emprendieron la marcha.

Pero cualquier camino de retorno es siempre incierto.

Durante años, los tres reyes y sus pocos hombres leales siguieron vagando por tierras hoscas.

Cuando el rey de los armenios llegó a sus dominios, supo por boca de un labrador que un nuevo rey ocupaba el trono, porque el pueblo no podía vivir huérfano de mando y había decidido confiar su destino a un amante de las potestades, pues se le hizo muy larga la ausencia del rey trotamundos.

El reyezuelo de Agabar murió de fiebres.

Llegó el momento en que el séquito de los errantes estaba formado por el rey de los macedonios, por el destronado monarca de Armenia, por una cantante de la comitiva del rey difunto de Agabar, por dos macedonios que se repartían las melancolías carnales de la cantante que ya no cantaba, por Asrum y por Chidra.

Ninguno de ellos sospechaba siquiera adónde se dirigían ni adonde podrían dirigirse, pues creían haber recorrido ya las siete partidas del mundo, pero no por ello dejaban de reemprender con cada amanecida su inconcreta expedición.

La cantante desertó en la ciudad de Ahseia, célebre por su volcán violento y por sus tabernas disipadas. El rey de los macedonios murió encima de su caballo y, cuando el animal

percibió que su jinete era un fantasma, se encabritó y arrojó el cadáver al suelo.

Uno de los macedonios fue mordido por una serpiente de anteojos y el otro se ahorcó en una aldea cercana al mar.

Asrum se convirtió en palafrenero del rey de los armenios, en tiempos enemigo de su señor.

El monarca superviviente no hablaba ya nunca, y se limitaba a mirar con fijeza el horizonte, fuese ese horizonte cual fuese, como si en vez de un rey destronado por el olvido de su pueblo fuese un emperador victorioso.

Asrum cazaba pequeños animales y Chidra los braseaba, y servían al rey los restos y las vísceras.

Casi todas las noches, Chidra le proponía a Asrum que abandonasen al viejo y demente rey y que iniciaran ellos dos una vida nueva en alguna de esas ciudades en que, según las leyendas que les oían a gentes de aquí y de allá, corría el dinero incluso por las manos de los leprosos y de los fakires. Pero Asrum le decía: «El rey que confió en mí está ya muerto, y por esa razón no puedo abandonar a éste que fue aliado suyo en este loco peregrinaje sin final. Mi deber es servirlo en tanto viva», y con resignación suspiraba Chidra, y Asrum entonces le probaba el sabor, que cada noche le parecía de almíbares más intenso, aunque iba el tiempo madurándolo ya con angosturas, y Chidra gemía, y su largo gemido resonaba como un himno por la extensión de los prados y desiertos en que hubiesen acampado, y Asrum sabía que no era él más que un mendigo que acompañaba a ninguna parte a un monarca igualmente mendigo, pero se sabía asimismo feliz, pues había encontrado en una mujer el sabor dulce, y su vida era dulce, y lo sería por siempre, y Chidra gemía cada noche como la niña que pisa una culebra mientras se baña desnuda en el río, mientras a pocos metros de ellos el rey de los armenios miraba fijamente las estrellas.

Rota, junio de 1999

Un árbol en el jardín
Ana María Moix

Lucila nunca se lo perdonará, piensa, alejándose unos metros del árbol, el más frondoso y robusto del jardín, para considerar la conveniencia de, envuelto ya el tronco con papel de plata, proceder a la misma operación con las ramas.

No, Lucila no se lo perdonará. Pero un hombre no puede vivir con esa nostalgia de sí mismo apuñalándole el estómago. Y la suya es una hemorragia constante, lenta, que no se ve, pero que lo va vaciando de vida.

Duda entre envolver sólo algunas ramas, las más visibles, o mejor, quizá, envolver más de la mitad de las ramas del árbol. Lo sabe: Lucila nunca le perdonará esta última e inesperada ofensa. Bastante hizo con perdonarle su grande pero inútil amor. Hace tiempo que se lo perdonó. Hace tiempo que aceptó a un hombre que es sólo la sombra de un hombre. O, al menos, es así como se piensa a sí mismo: como un hombre que es sólo la sombra de un hombre. Y es inútil que Lucila, y también él mismo cuando él mismo es la parte racional que de sí mismo conserva, se empeñen en intentar convencerle de que un hombre no deja de ser un hombre por el hecho de haber perdido la capacidad de desear. Inútil. Porque cada vez se siente más privado de raciocinio, cada vez se siente más abandonado por su antigua facultad de razonar, prácticamente inexistente ya, pero que le duele terriblemente en el fondo inconcreto de la mente, como sigue doliendo un miembro amputado. Incapaz de reflexión, es ahora un ser reducido a la emotividad, a una emotividad enferma y sombría, a una emotividad mórbida, cuyo corrosivo poder anula cualquier esfuerzo mental encaminado a aferrarse a su antigua convicción —compartida por Lucila, pues no en balde fue ella quien la inspiró— de que un hombre o una mujer son algo más que la mera capacidad para llevar a cabo la traducción fisiológica de sus deseos.

¡La traducción fisiológica del deseo! Al recordar dicha frase, y las bromas amorosas de Lucila respecto a la imposibilidad de la traducción perfecta, se siente invadido por una ternura que le encoge el alma y acaba por brotarle de los ojos en forma de lágrimas que el viento helado de primera hora de la tarde en el jardín seca cortante.

Frente al árbol que, por fin, empieza a cobrar aspecto navideño, tras haber logrado forrar con papel de plata y dorado una cuarta parte de sus ramas, se dice que quizá no espere a las doce de la noche para proceder a la entrega de regalos. ¿Para qué? ¿Para qué esperar a las doce? Él, que convirtió la espera casi en arte, está ahora poseído por la prisa, por una urgencia crispante, que le tensa los músculos y las articulaciones del cuerpo. Siente brazos y piernas entumecidos, y tiene que hacer un doloroso esfuerzo para lograr mover los dedos de las manos, prácticamente agarrotados pero cuyo servicio sigue necesitando para acabar con la decoración del árbol.

No es el frío la causa de ese entumecimiento del cuerpo: el jardín está cubierto por la nieve recién caída, pero él se siente acalorado. Tanto subir y bajar de la escalera de mano que ha apoyado en el tronco del árbol para proceder a la decoración de las ramas superiores le ha hecho entrar en calor. Su cuerpo siempre ha reaccionado de manera positiva al medio; ha sido una persona sana, sorprendentemente sana si se tiene en cuenta su execrable deficiencia. Aunque los médicos a los que en tiempos acudieron Lucila y él insistieron en que no había por qué sorprenderse: el tipo de insuficiencia que él padecía no guardaba relación alguna con el hecho de poseer un cuerpo sano o insano. Insuficiencia. Lucila, al principio, odiaba oírle pronunciar esta palabra que él se empeñaba no sólo en no excluir al referirse a su vida matrimonial sino en incorporarla voluntariosamente a sus conversaciones íntimas, procurando cargarla del tono de lúdica complicidad propio del léxico habitual utilizado entre ambos. Pero, poco a poco, a medida que él fue desengañándose del recurso a la «naturalidad» como medida terapéutica, fue Lucila quien adoptó el método: «En contra de lo que suele decirse, el mejor remedio para ahuyentar fantasmas es, precisamente, nombrar la soga en casa del ahorcado», decía como preámbulo a

lo que fue convirtiéndose en consabido consuelo: «un hombre, una mujer o cualquier ser vivo no deja de ser un hombre, una mujer o el ser vivo que fuere por el hecho accidental de verse incapacitado para hacer el amor». ¿Creía Lucila, realmente, en sus propias palabras? Y él, ¿compartía él la opinión de su mujer? Quizá durante los primeros años, alentado por la esperanza que supuso el nacimiento de Alice, su única hija, resultado de quién sabe por qué motivada resurrección de su marchita virilidad. Un efímero resurgimiento que, tras revelar posteriormente, noche tras noche, su naturaleza fugaz, acaso significó el punto de partida de su falta de fe en las sentencias de Lucila: un hombre, una mujer o cualquier ser vivo sí deja de ser un hombre, una mujer o el ser vivo que fuere por el hecho de estar incapacitado para el acto amoroso. O, más exactamente, para compartir el acto amoroso, matiza para sí mismo al tiempo que decide dar por terminada la decoración del árbol del jardín de la casa donde, desde los primeros tiempos de su matrimonio, pasan las vacaciones de verano y en la que, este año, insistió él en celebrar la Navidad.

No sabe exactamente cuándo, en qué momento de su vida en común con Lucila, empezó a cobrar conciencia de que al contemplar a su mujer y a su hija, sentadas a la mesa durante el almuerzo, o frente al televisor o en cualquier momento de la vida cotidiana, las veía como de lejos, envueltas en una bruma que sólo podía ser efecto de esa malsana nostalgia que, bien lo sabía él, crea la imaginación pervertida del individuo anímicamente enfermo. ¿Fue repentino el descubrimiento de la distancia existente entre él y el mundo circundante, o, por el contrario, fue una sensación de la que cobró conciencia paulatinamente? En cualquier caso, sí tiene la certeza de que la sensación de ver el mundo y a sus seres queridos como inmovilizados en una imagen que la memoria hubiera recuadrado en el tiempo y teñido de esa neblina lechosa propia de las fotografías antiguas, coincidió con su desacuerdo con Lucila: en contra de lo que ella decía, la incapacidad para sentir y compartir el placer del acto amoroso convierte al ser humano en una especie de vegetal. Será un ser vivo, puesto que podrá seguir respirando y realizando sus funciones menores; pero no será un ser humano. Porque, por ser

humano, entiende él un ser dotado de vida en movimiento, es decir, capacitado para el movimiento o de la ilusión de movimiento que sólo puede crear el deseo. El alma, el pensamiento, el ímpetu, la energía o como se quiera denominar a la capacidad del hombre para moverse, para salir de sí mismo, es el deseo. Un alma, una mente, una conciencia de vida privada de deseo está condenada a la inmovilidad. Un alma quieta, paralítica, un alma que no desea es un alma condenada a muerte.

Contempla su obra desde el interior de la casa, donde ha entrado para conectar la iluminación del árbol del jardín, instalada por el electricista esta misma mañana. Llamar al electricista es lo primero que hizo cuando llegó, muy temprano, de la ciudad, adelantándose a Lucila y a la pequeña Alice para preparar la cena de Nochebuena. A través de los cristales empañados de la ventana, contempla el árbol elegido para la celebración: el más exuberante y potente del jardín, aunque no es propiamente un abeto. El que ha dispuesto en la sala, más pequeño, sí es un abeto: lo ha adornado con bolas de todos los colores, con guirnaldas y estrellas, con copos de nieve artificial. Es el arbolito de Alice, un abeto de su mismo tamaño, sólo para sus regalos. Para Lucila y, también para él en cierto modo, ha adornado el árbol más vistoso y fuerte del jardín. Perfecto, piensa mientras lo observa, detrás del cristal de la ventana, y levanta ligeramente, en dirección al árbol del jardín, la copa de *champagne* que acaba de servirse de la botella recién abierta —¿para qué esperar?, se ha envalentonado a sí mismo—, en un brindis íntimo y —es aún capaz de dictaminar— decididamente demencial.

Copa en mano, revisa el abeto de Alice para comprobar haber colgado todos los regalos destinados a la pequeña, y, tras verificar que no ha olvidado ninguno, sale al jardín para asegurarse de que no hay ningún fallo en el árbol de Lucila. Falta colgar el regalo importante de la noche, por supuesto. Y a eso se dispone, aunque no es fácil. De ahí que se dirija hacia el árbol con copa y botella de champagne en mano: los anonadantes efectos del espumoso pueden poner alas a su entorpecido ánimo, alas gaseosas que lo eleven a la acción deseada. ¿Se lo perdonará Lucila? ¿Lo comprenderá, algún día, la pequeña Alice? No ha

sido un pusilánime, no ha sido un hombre que haya intentado inspirar compasión: eso es lo que le gustaría que Lucila, y sobre todo Alice, comprendieran algún día. Y que, precisamente, para evitar llegar a serlo en el futuro hará lo que se dispone a hacer. No quiere un padre triste para Alice. No quiere un marido, un compañero o como se quiera llamar al hombre que convive con una mujer, triste para Lucila. No quiere pensarse, no quiere seguir pensándose a sí mismo como un hombre triste. Un hombre triste, es decir, un hombre contentadizo con sus propias limitaciones. Un hombre negado para el movimiento sublime capaz de arrancarlo de sí mismo y lanzarlo al exterior.

Un hombre triste, se dice mientras apoya la escalera de mano en el tronco del árbol, es caldo de cultivo para toda clase de vilezas, es el antecesor del hombre ruin, del hombre que vuelve contra el mundo y contra los demás sus propias carencias. Y no quiere para Alice un padre receloso de la felicidad ajena, un padre al que, herido por el espectáculo de una humanidad capaz de derrochar aquello de lo que él carece, sorprenda un día afeando, con su mirada llena de rencor, el mundo en el que ella se dispone a entrar. Ni quiere para Lucila un marido, un compañero (o como se quiera llamar al hombre con quien una mujer sigue conviviendo por respeto al recuerdo del extinguido amor) que, en nombre del amor muerto por la asfixia del paso de los años y de la falta de deseo, se permita algún día el abominable derecho de acusar de traición la natural necesidad de llenar con otras presencias vitales los vacíos creados —pero no abandonados— por un cónyuge a quien la pérdida del deseo ha reducido a mera presencia física. No, no quiere llegar a convertirse en el verdugo de lo que amó, en vengador de sus propias carencias en persona ajena. No quiere envilecerse, o, se corrige a sí mismo, seguir por el camino del envilecimiento que está a punto de emprender haciendo lo que se dispone a hacer: llevar a la práctica un hecho absolutamente necesario para él, pero imperdonable, a buen seguro durante un tiempo, para Lucila: morir deseando. Al menos, así ha planeado su despedida de este mundo: con un adiós que, absolutamente despojado de cualquier connotación de renuncia o de fracaso, enarbole la señal de la reconciliación. Morirá, espera, mostrando al mundo la

prueba física del deseo. Como dicen que mueren los ahorcados, con el sexo en erección, debido a no sabe él qué acto reflejo desencadenado en el organismo masculino por la presión estranguladora de una soga en el cuello. Así lo encontrará Lucila, cuando llegue para celebrar Nochebuena: colgado de una de las ramas del árbol del jardín, con su sexo en una posición que la vida no le permitió adoptar pero que la muerte facilita a quienes la esperan con el cuerpo balanceándose en el vacío, pendiendo de una soga, y con la lengua, hinchada, morada y tumefacta colgando, como un trapo nauseabundo, de una boca abierta que, ante la potente erección del pene en el aire helado del anochecer, ya no puede pronunciar el deseado «por fin lo conseguí».

Barcelona, abril de 1999

Otra Navidad en familia
Luis Antonio de Villena

No sabría cómo definirme, por que me conozcáis. Lunático, sí. Inconformista. Protestatario. Todo ello parece algo anticuado, o por mejor decir, acaso futuro. Porque este mundo de mierda tiene, de un modo u otro, que saltar en pedazos. Este mundo de aburrimiento y orden… Pero la verdad es que mi rebeldía o mi actitud lunática —como dice mi madre— sólo estalló cuando terminé la carrera, y aún sin tener trabajo, me sentí fuerte y libre. Indudablemente rebelde lo había sido desde muy joven (desde que me supe algo sometido y distinto) pero, supongo que por timidez, tardé en dar el salto. Estaba —y estoy— en contra de casi todo lo que la familia significa. Por eso, al poco de acabar la carrera y aunque malvivía de clases particulares (licenciado en Historia Moderna y Contemporánea, tenía que dar clases de latín) decidí marcharme de casa. No concebía la genuina libertad sino dejando de vivir con los míos —tan agobiantes— así es que alquilé un pequeño departamento (un estudio, mejor) y me largué la mar de feliz —como suele decirse— a vivir mi vida.

Desde luego no era fácil. El dinero no me llegaba y me obstinaba en no querer ayudas de mi padre. Por lo que —como seguía sin trabajo— añadí a las clases particulares el curro nocturno en un bar de copas en el que trabajaba ya un amigo. Un sitio tranquilo durante la semana y agobiado y agobiante —como todos los bares— en la estúpida y voraz noche del sábado… Tenía veinticuatro años (aún no hace tanto) y la verdad es que —arregladillo todo— me sentía dichoso.

Pero no pretendo contar mi vida. Mi idea es deciros lo que me ocurrió una Nochebuena —la segunda que no pasé en familia— en la que descubrí que la vida no tiene límites, ni merece restricciones ni censuras ni etiquetas. La vida sobrepasa, generosa, a los curas y a los padres. La primera Nochebuena (dos meses después de irme de casa) en que decidí no ir a la cena

familiar, mi madre se llevó un berrinche y mi padre —creo— dijo que yo era un desagradecido o un perdido o alguna de esas cosas que dicen los padres cuando se meten demasiado en su papel. Pero —aunque mi hermana me rogó que reconsiderase el tema— decidí no ir ni ceder, porque un símbolo vale mucho. Y rechazar la Navidad en familia —todos con cara de angelotes diciendo gracias— resulta un símbolo más que fundamental. Pero yo, solo en mi apartamento, me aburrí como una ostra. Y me emborraché, tontamente, con una botella entera de champán. Un muermo, sin remedio.

Por eso decidí —tras la borrachera en solitario, con brumas irreales de melancolía— no pasar otra Nochebuena solo, aunque —evidentemente— tampoco regresar a la familia. Mi hermano mayor, César (con quien nunca congenié) ni se inmutaba. Delia, la pequeña, insistía de nuevo:

—Claro que es un rollazo, tío. Pero es una noche… Una. ¿Qué más te da?

No cedí. Y poco antes de que llegara la fatídica noche (un auténtico coñazo, pesadilla pura) pensé qué hacer para no volver a quedarme solo. Ricardo, mi exnovio, se iba con su familia, a Bilbao. ¡Menudos son los vasquitos para eso, por maricas que sean! Charo y Mili, otras amigas, se largaban de viaje a Egipto. Podría haber ido con ellas, pero no tenía tantas pelas. Los chicos del bar estaban en familia hasta la una, y luego tenían que abrir. Yo toda la noche libre. Pensé también en ir, como ayuda, a poner copas. Aunque, hasta la una, ¿qué hacer? La verdad es que empecé a desesperarme. No había nadie —literalmente— nadie disponible. ¿Y si me apuntaba a una ONG para servir cenas de Navidad a indigentes? Muy noble, pero igual terminaban, con alguna monjita camuflada, soltando los villancicos de rigor. No, si la familia era mala, la familia curil me resultaba aún peor… Y entonces se me ocurrió —como una auténtica iluminación budista— el disparate. (Mis amigos, al menos, lo dirán así). Llamar a un chico de alquiler. Uno de esos que se anuncian en el periódico y proponerle —supuse, como es lógico, que la tarifa aumentaría— una velada especial de Navidad. Aunque me dije enseguida: ¿por qué narices iba a ser «especial» para él?

El asunto era delicado, pero urgente. Tenía que ponerme a

llamar cuanto antes. Superando el corte, claro, porque —de verdad— era la primerísima vez que lo hacía. Tracé una lista (del abundante periódico del día) procurando ser, teóricamente, generoso. Es decir, apuntando el número de teléfono incluso si no decía, bajo el nombre de guerra, «moreno, macizo, espectacular…». La mayoría me contestaron —con voz muy cordial— que esa noche no trabajaban. En verdad sólo dos se mostraron disponibles, uno era rumano, dijo. El otro, extremeño. ¿Por qué elegí al que elegí, me diréis? Quedó claro que ellos, como yo, estaban solos. Y claro también —como imaginé— que tendría que ser generoso. Luego hubo precisiones. Yo no las pedí, de entrada, pero me gustaron. El rumano me dijo que era moreno, que tenía muy buen cuerpo, que hacía de todo (con preservativo, desde luego) y que la tenía muy grande.

—¿Muy grande? —repetí yo inquisitivo.

—Grande, sí. —Y se rió ligeramente—. O gorda. Grande y gorda…

Yo no sabía preguntar, pero me atreví un poquitín. Había oído que algunos de estos chicos no besaban. (*pas J’embrasse* . La película de Techiné…). Pregunté:

—¿Te gusta besar?

—¿Me gusta? Beso. Sí, beso.

El extremeño —de Mérida— no me habló de tamaños. Me dijo que era redondo y que no le importaba ser pasivo. Añadió que tenía el pelo largo. Y que era guapo.

—¿Guapo? —me sorprendí.

—Bueno. No sé. Eso me dice todo el mundo. Las chicas, los chicos…

A lo mejor no habéis adivinado por qué me decidí —tras una noche de autorreflexión con la almohada— por el extremeño. No por guapo ni por redondo ni por el pelo largo (que en general me encanta) sino por una razón sentimental y probablemente absurda a aquellas alturas. El primer chico con el que me acosté en mi vida (en un viaje universitario a Italia, en segundo) era un muchacho guapísimo y de Mérida. Evaristo era una preciosidad, lo juro, pese al nombre. Alucinantemente guapo. Pero sólo me acosté un par de veces con él. Al regresar a Madrid me dijo —

muy serio— que tenía novio. Y que le gustaba la fidelidad. ¿De veras? Joder, tío, me lo podías haber dicho antes. Evaristo. Ojazos negros, pestañas gigantescas. Maravilloso culo. Evaristo, emeritense, una belleza…

En fin, me decidí por el de Mérida (la cosa era igual, carísima, veinticinco mil pesetas toda la noche) aunque aquello de grande y gorda no dejaba de repicarme los oídos. Me imagino a mi padre. Él hablando del porvenir, de la vida honrada y buena —más aburrida que el mundo— y yo chupando una polla gorda y grande. Tiene razón, el pobre hombre: desagradecido o perdido. Mejor perdido entonces, caray, tiene más morbo…

El extremeño se llamaba Iván (me dijo) y quedamos en que vendría a mi apartamento a las diez en punto de la noche, justo cuando se acaban los autobuses y el metro, en esa nochecita de paz y truenos. Por supuesto que lo pensé: ¿y si no me gusta? Pero la respuesta era fácil. Me haría compañía. Pues si el sexo había repuntado, de súbito, como pitón dormida, no olvidaba —no quería olvidar— que mi móvil primero al llamar al chico fue no sentirme solo. No buscaba sexo sino amistad, cordialidad, benévolos sucedáneos del amor. Aunque, por supuesto, a nadie le amargue un dulce y sobre todo si se define «guapo. Eso me dice todo el mundo. Las chicas, los chicos…». Dulce. Prometedoramente dulcísimo. Era inevitable.

Iván llegó a la hora convenida, muy puntual. Y cuando abría la puerta, la verdad es que quedé un pelín apesadumbrado porque vi un inmenso anorak negro. Capucha, manoplas, todo hinchado de plumas caloríficas. Y de repente —¡zas!— una sonrisa.

—¡Hola! ¿Llego bien? Se te ha puesto cara de susto…

De hecho estaba preparando —un poco informalmente— lo que había comprado para cenar. Langostinos y Codorníu. Un kilo y cuatro botellas. O sea otro pastón. Pero ya que me metía en gastos era tonto —una noche— ahorrar con perejil. De postre unas cajas de Donuts (bastante más cutre, evidentemente) pero sólo por si nos entraba hambre. Y me había vestido de negro. Con un polo ancho de lana fina y unos estupendos zapatos de cordones, nada pertinentes para estar en casa. Iván entró sonriendo (yo no había dicho más que «pasa») y me dijo que

hacía mucho frío. Entonces se quitó las manoplas, la capucha y el anorak y francamente —ya sabéis que temí equivocarme— me quedé de piedra. Botas, vaqueros ceñidos y una camiseta sin mangas (roja) que mostraba un cuerpo de gimnasio y depilado. Exquisito y salvaje. Un cuerpo que parecía bruto y delicado a la par. Me reí yo.

—Claro que se me ha puesto cara de susto, ¿no? Te lo habrán dicho muchas veces, es evidente…

—Sí, ya te lo dije. A veces tengo complejo de escaparate.

—Te miran y todo eso… ¿Te molesta?

—Joder, no me molesta. Pero te da cierta rabia, porque sabes que estarán pensando: guapo y gilipollas.

Pero además (y lo dejo para el final, porque era mucho más espectacular que el cuerpo) Iván era un rostro perfecto, unos ojos negros de alucine. Y un pelo —atado en coleta— que prometía ser un tránsito de goce. A mí los chicos me gustan más (no me he preguntado por qué) con el pelo largo. Y por si todo lo dicho resultase poco, sumaba una sonrisa brillante y un aire cordial, desinhibido, limpio, encantador… En algún momento de la noche estuve por decir una tontería: ¿eres real? ¿O un ángel —como Brad Pitt— para que crea por fin en la Navidad? Una pamplina, naturalmente. Iván me dijo que si se podía descalzar —la moqueta era cálida— y yo también me descalcé. ¿No os gustan los pies desnudos?

Según parecía lógico, nos explicamos enseguida nuestras aparentes coincidencias. El extremeño tenía veintiún años y era estudiante de arquitectura, pero se ganaba un dinero «puteando» porque en su casa no le daban un duro, por humildes primero y porque —además— se llevaba fatal con su padre, viudo, que se había vuelto a casar con su tía, o sea, la hermana de su madre. No los podía ni ver. Había aceptado mi oferta —siguió— no por dinero (habitualmente cobraba más) sino porque notó que yo estaba solo, que no tenía experiencia en relax —es decir, en puterío— y porque le caí bien de repente.

—Me diste buen *feeling*, tío. Y además entendí que eras joven…

—Bueno, tengo cuatro años más que tú…

—Joven, hombre, muy joven. ¿Te imaginas los carrozas

barrigones que me llaman? En fin, no te los imagines. Yo no voy con cualquiera. Ni aunque me paguen mucho…

Pero era obvio que no teníamos que hablar del oficio. Estábamos en Navidad. Pusimos música de salsa. Abrimos champán, saqué los langostinos de la nevera y, naturalmente, le di un beso. Estábamos solos y tranquilos. El mundo se moría de familia alrededor. Y nos habíamos caído bien, igual que si llevásemos ocho años siendo amigos…

Faltaría más. La cena no es lo que voy a contaros. No, tampoco la cena. Ni a lo mejor tampoco la ternura. Ni cuando me dijo —mucho más adelante— que le llamara José, que era su nombre verdadero. Y yo le contesté, después de meterle la lengua, que Iván me gustaba más, José. Iván está como un queso, macho. Me voy a comer a Iván enterito, como si fuese una ostra o un plato riquísimo de ternera en su jugo. ¡Iván, qué pedazo de rabo, hijo de puta! ¡Iván, vámonos tú y yo por ahí, compañero, a follar y a quemar la vida! Porque lo que se dice cenar, cenamos más o menos tranquilos, mientras la cordialidad —y el deseo— crecían. Iván me había dicho —a la mitad— que le gustaban también las chicas y que tenía novia. Yo no dije nada, o simplemente «ah, bueno», y no me lo creí del todo, porque la declaración (pensaba yo) era como la regla del oro del morbazo: Estás con este joyón, y además es un macho como un piano. ¿Mentira, verdad? Morbo. La seducción del deseo.

Acabábamos de finalizar los langostinos, cuando sonó el teléfono. Por supuesto era mi hermana Delia, «la niña», como decíamos en casa. Delia (ya con veinte años) era quien sabía todo de mí y probablemente se lo habría dicho a mi madre, pero las mamás, por lo general, se callan. Delia, digo, sabía que a mí me gustaban los chicos. Como a ella. Y alguna vez —tomando café en una terraza— jugábamos a ver quién veía más «dieces», «más chicos cañón», la expresión es suya. La niña me llamaba por puro cariño. Atribulada, dulce: «¿Estás solo, pituso? ¿Solo, solito?». Me parece que había bebido más que nosotros. Delia sabía todo, lo de esa noche, quiero decir ahora. Que mi pretensión era pasar la Nochebuena con un chico de alquiler, un tarifado. La idea le atraía y le parecía disparatada a partes iguales, pero además, creo que no estaba nada segura de que me atreviese a llevarla a

puerto. Por eso, indudablemente, llamó, para saber cómo iba mi noche santa de antihogareño incorregible, pero evidentemente —la muy loba— también para saber si había o no había chico. «Pues aquí estamos, sí», contesté, «aquí estamos Iván y yo atiborrados de langostinos y de Donuts. Todo muy familiar, señorita, pero ya ve usted, de otra familia… En realidad (para que se te pongan los dientes largos) ahora mismo somos una familia incestuosa… ¿Y tú, tesoro, qué tal lo estás pasando?».

En ese momento —mientras yo hablaba por teléfono— Iván (que algo entendió de jugueteos con una chica) empezó a desnudarse frente a mí, despacio, y como haciendo *striptease*. Primero se desanudó la coleta (me encantaba el pelo espléndido, comanche) y por último —yo seguía diciendo bobaditas a mi hermana— se quitó unos *slips* negros y ajustados. «¡Joder, que tío más bueno!», chillé. «¿De verdad?», se le escapó a ella. «¿De verdad está muy bueno? ¿No me engañas, pituso? ¿De verdad?».

Por supuesto que no la engañaba. Iván estaba cachas y su cuerpo lo constituía una trilogía de oro: cara adolescente, acentuada por el pelo largo. Torso juvenil, macizo, gimnástico. Y unos torneados muslos potentísimos, virilmente femeninos, prietos… ¿Más? Imposible. O no, pero ya se me escapó antes: un rabo poderoso. Un nabo gordo, suave, rico… Esto lo supe enseguida, pues apenas colgado el teléfono de mi pesada hermanita, me puse a chupárselo como un poseso (¿debiera decir «una posesa», para envilecerme un poco más?) mientras le apretaba los cojones. Noté que Iván estaba a gusto. Respiraba a buen ritmo. Era un tío cachondo y simpático. Una mezcla activa —pensé— de príncipe y soldado paracaidista…

Me detengo otra vez. ¿Debo? ¿Puedo? ¿Es el erotismo narrable como se cuenta un amor, aun cuando sabemos —y más los lunáticos y los protestatarios— que erotismo no es amor casi nunca y desde luego no necesariamente?

Pinceladas: Bebimos champán uno en la boca del otro. / Sentí el más consumado 69 que había gozado hasta entonces, y no en la cama, sobre la moqueta y la alfombra. / Lamí los pies de Iván, divinamente hechos para unas permanentes sandalias. / Me folló, tras lubricar el condón con una crema inglesa mentolada. Luego le pedí que se corriera en una copa vacía. Para nada. Para verlo.

Porque me había dicho —y no mintió— que iba a ser abundante el esperma. Tres sacudidas fastuosas. / Me enseñó a follar —si puede llamarse así— metiéndola en la axila, entre los músculos y los pelos de la axila. Fue raro y magnífico. / Le comí los muslos femeninos y los pezones masculinos. / Él me comió por todas partes donde quiso y perdí de gusto el resuello… ¿No era todo eso placer —heterodoxo placer— de Nochebuena?

Más tarde —tras la gloria carnal, balsámica y venenosa— cuando estábamos tirados en el sofá oyendo música tropical (toda la noche hubo música caribeña) desnudos, desfogados, gansos, cómplices, cachondos en veda, guarrazos de cariño, pitañosos de ternura, atiborrados de champán, amodorrados de vicio, entonces (rompiendo tal plano de sublimidad) sonó el telefonillo. Alguien estaba en la puerta, con el mucho frío de las dos y media de la madrugada, y supe —intuí— que no podía ser otra que Delia, la niña, mi hermana…

Después de haber abierto el portal, le dije rápidamente a Iván:

—No te preocupes. Es mi hermana y lo sabe todo. Pero quiero darle una sorpresa. Tiéndete ahí, en el sofá, desnudo, sí, y con el pelo revuelto… Voy a apagar todas las luces, menos la de la entrada, y le diré que estás dormido. Luego, cuando se acerque y te vea (le encantan los chicos guapos) se va a quedar muerta de envidia…

Corrí a ponerme una bata y vi cómo Iván —delicadamente borracho, como yo, con su carne dorada y la picha pendulona— se tumbaba en el sofá, lánguido, sensual, rotundo, disponiéndose a hacerse el dormido, mientras, con la lengua, se humedecía los labios. Igual que si fuesen a hacerle una fotografía… Sonó el timbre. Delia me había dicho por el telefonillo: «¿No me vas a dejar verlo, pituso? ¿Te lo quieres zampar tú solo, rey?». También estaba borracha, desde luego.

La Navidad es una noche rara. E, inevitablemente, se vuelve familiar. No hay modo de dejar atrás esa sombra, esa orden trascendente y absurda. ¿Por qué tenía que venir mi hermana a verme en Nochebuena, sabiendo como sabía mi ansia de estar solo, sin familia, a mis anchas, como me diese realmente la gana? Claro que yo le acicateé el deseo. Y le puse los colmillos largos,

contándole que iba a llamar a un chico de alquiler, a un chapero de lujo o como se llamase esa profesión tan ilustre… Pero, decidme: ¿tengo yo la culpa, me incumbe en algo que Iván fuera el novio de Delia, el chico adorado de mi hermana, y ella supiese que estudiaba arquitectura José, que se pretendía un niño litri aunque quizás no lo fuera, pero no que también se llamara Iván y, además de aspirante a arquitecto, resultara un consumado y expertísimo amador profesional, un *rent boy* absolutamente de primera? Decidme: ¿tengo yo la culpa de eso? ¿O era puñetera culpa también de la Nochebuena jodida, la rancia Navidad del demonio, cabrita, que siempre va y lo enfanga todo?

Madrid, mayo de 1999

(Este cuento está dedicado a quienes detestan el falso dulzor de la Nochebuena. El horror familiar de sus falsas peritas en dulce).

El hogar del fuego
Andrés de Luna

Primer fuego. Londres, Navidad de 1829

El hogar es el refugio de los pecados. Las calles, es cierto, llevan al desorden y la podredumbre. Sólo el diluvio universal podría limpiar estos ríos de miseria e injusticia. En estas circunstancias padezco las desdichas del amor. Mary Beadnell es el fruto de noches insomnes en las que recuerdo mi infancia en Landport y luego en Chafham. Entonces, como los árboles se llenan de ramas en primavera, siento crecer algo en mí. Soy un simple taquígrafo, lo que me llena de pesar. Y Mary aumenta mis inquietudes. En la soledad de la noche intento acabar con la pesadilla: exaltación y esperma son los resultados. Poco a poco me desabrocho los botones de la bragueta y voy trayendo a mi mente los prodigios de Mary: su talle, su recatado escote y esa envoltura carnal que sólo de vez en cuando logro atisbar entre sus recios vestidos. En la noche navideña, propensa a las divagaciones, alcanzo su desnudez. La veo desnuda sin que mis ojos acierten a abrirse. Imagino la ostra de su sexo y la paladeo, me paso luego la lengua por los labios, tratando de encontrar aquello que desconozco y que sé que tiene un gusto extraviado. A oscuras recreo los efluvios de su cuerpo, las emanaciones que olfateé una vez en sus axilas sudorosas, recoveco sensual que se abrió el último verano y que hoy, en plena Navidad, regresa hasta mi nariz como un obsequio generosísimo. La seda de su vestido se humedeció. Cuando ella alzó los brazos, pude aspirar un perfume de íntimas esencias. Mi mano trata de apaciguar los movimientos, de detener ese instante en que el torbellino del placer entrega sus dones. Collar de perlas que recibirá la alfombra añeja y sucia. Mary llena mi pensamiento. Su imagen está anudada a este vaivén, pero le pongo un dique para prolongar el momento.

Mary es la hija de un banquero y sus aspiraciones me devastan. En vísperas de Navidad la he buscado para demostrarle mis mejores sentimientos. He evitado las salpicaduras de los carruajes y me he reservado unos chelines para hacerle un presente, un regalo miserable: una mascada de seda color plúmbago, regateada allá por los rumbos de Candem Town. No bien recuerdo a Mary, todo se precipita, girando alrededor de ella. Apenas si he rozado sus labios con un beso tan furtivo que sólo mi optimismo pudo considerarlo como tal. Ella me ofrece más de lo que me da. La veo y todo mi cuerpo termina por encenderse. Mi virilidad me traiciona y hago esfuerzos para evitar que ella se percate de mi grosería. El calor, esa ingrata elevación de temperatura, confunde mis ideas y me conduce por callejones sin salida. Estoy con Mary y los nervios me traicionan. Equivoco las palabras para expresarle la intensidad de mi deseo. Soy torpe y fútil. Anteayer llegué al pórtico de la residencia Beadnell y, a lo lejos, observé la ornamentación navideña. Por la ventana principal vislumbré un abeto con esferas amarillas y listones. ¿Cómo hacerla mía ante ese abeto? Ahora mi mano acelera el ritmo. Tengo ante mí el pubis de Mary, su vello está escarchado por el inicio de la nevada. Soplo y la veo libre de esa materia intrusa. Acerco mi rostro y la felicidad enciende mis mejillas.

Mi amada se niega con severidad a que pasemos juntos la cena de Nochebuena. Ella, como era de esperar, la celebrará con sus padres. Los mozos de librea recogerán los abrigos de los invitados, y en la fiesta habrá champaña y ocas trufadas. El pavo será trinchado en la mesa. Londres entero clamará por la justicia divina, ya que la terrestre ha huido. ¿Algún día compartirá Mary Beadnell los ardores del lecho con Charles Dickens? ¿Cuándo recibirá los homenajes de mi amor? Enciendo la luz. Veo un miembro tímido que exige satisfacciones.

Mary sabe seducir con una mirada que llega desde el cortinaje de sus pestañas, y que se completa con el gesto pícaro que esboza su nariz. Tiene la voz caprichuda de quien todo lo rechaza. Es una niña mimada trasplantada en una mujer de pechos amplios y ojos inquietos. Algunos amigos me han dicho que el opio es la respuesta a los desamores. Fumarlo tiene el

efecto de borrar los recuerdos ingratos. Pero ¿en verdad quiero olvidar a Mary? Hoy más que nunca, la tengo en mi memoria, y por eso mi mano recorre una virilidad despierta, que parece gozar con su aparente autonomía. Mis partes se liberan y todo parece concentrarse en la rigidez de un miembro a punto de entrar en erupción. Cierro los ojos para viajar a través del recuerdo: quiero llegar al instante en que me deleité con una de sus pantorrillas, que al abordar ella un carruaje pude ver con ojos extáticos. La osadía de la maniobra me provocó un pequeño vértigo, un pinchazo al bajo vientre. Ella me mostró sus borceguíes de color menta y yo correspondí: me encontré con la isla de piel entre el zapato y los faldones. Le robé un mendrugo del manjar que anhelaba. Por lo pronto, mi cuerpo se estremece. Cierro los ojos y Mary Beadnell toca mis genitales. Sonríe y, sin quitarse los guantes de gamuza, trata de culminar la faena. Estoy a su merced, la contemplo, lleva sólo los refajos íntimos. Mi mano, es decir, la diestra de Mary, se apura. Estoy en trance y mi amada es toda ella complicidades. Un sonido del exterior rompe el hechizo, es la voz aguda de mi madre: ¡Charly, la cena está servida! ¡La Navidad te saluda y te brinda sus dones!

Segundo fuego. Londres, Navidad de 1836

El amor conyugal tiene algo de respiración. Suave y apacible, es diálogo que estimula las imaginaciones y nos otorga una inmensa paz. Vivo la Navidad con el fulgor de aquellos que han conquistado la justicia. Amo a mi esposa Kate. Noche a noche escucha con afecto la lectura de mis textos. Atiende sin comentario alguno, hasta que la fatiga del día le cierra los párpados y ella se duerme con la placidez de un niño; eso me enternece. Esperaría de mi mujer una crítica, un elogio, algo de una persona que es parte de mi existencia, pero ella se guarda todo para sí. Su boca es cereza de Darlington, su nariz es tan fina que Fidias pudo esculpirla y su piel tiene la suavidad de la brisa de Portsmouth. Cuando estoy apesadumbrado, pienso en el hogar y olvido las tinieblas del ayer. Al contemplar a Kate, dejo atrás mis amarguras infantiles en la fábrica de betunes para calzado, el rigor malsano que reinaba en la zona de Hungerford Stairs. Kate

es pudorosa. Apaga las velas y permite el coloquio de las caricias. Por lo regular apresuro los pormenores, pues la incomodan un poco. Previamente, Kate se lava sus partes pudendas tras un biombo ornamentado con escenas de caza. Escucho los ruidos de ese acto que semeja un ritual. Asisto a él como a una especie de sacramento. Kate perfuma el aguamanil de porcelana con sustancias aromáticas de discreto olor a jazmín. Se lava los pliegues de sus axilas, decoradas con finísimos vellos que cubren también la espesura de su triángulo pubiano, al que he visto de reojo. El sexo recibe el bautismo del agua y prepara los caminos de la felicidad reservada a los justos. Kate sabe que los deberes conyugales son el principio de esa pasión que encuentra reposo cuando se satisface con dignidad. Soy un marido que calma sus ansias pero que no abusa de sus derechos. Sabe que el exceso cansa, y que lo que se hace con gratitud puede convertirse al cabo en vulgar y rutinario. De este modo, hemos dejado que los jueves sean el tiempo de las beatitudes amatorias. Kate sabe de las regularidades del coito y las cumple con la sabiduría que otorga la naturaleza, salvo en aquellos momentos en que el periodo irrumpe con sus rojas violencias y cólicos. Ella se postra y evita el contacto. Sin astucias, con los gestos mínimos, hace saber que está indispuesta y que los placeres conyugales deben esperar hasta la semana siguiente. Kate tiene la respiración suave. Proveedora de sensaciones, se deja penetrar sin resistencias. Me recibe y se abandona a mí. Por encima del camisón palpo sus pechos de pezones hinchados. Toco su trasero y mis manos recorren la geografía de la carne. Soy el deleitoso, el marido que se convierte en ciudadano de la lujuria y que trata de compartir los placeres con su esposa. Kate, muchacha educada en la fe cristiana, permanece en calma. Nuestro entendimiento carece de palabras. Pero su humedad es un tributo y una delación. El sexo de mi esposa otorga las beatitudes del amor por medio de esas lágrimas dichosas. En varias ocasiones he probado esa huella líquida. En el secreto de la alcoba, mientras acomodo mi miembro, impregno mis dedos de ambrosía. Luego paladeo esa ambrosía con fruición. Travesura que conservo en mi lengua y que llevo hasta el fulgor de mis anhelos. Después inyecto mi semen hasta perderme en un estertor que semeja el barritar de

un elefante. Kate acalla mis clamores, conserva la quietud en medio de la tormenta.

Este jueves se celebra la Navidad, los olores de las viandas auguran una jornada feliz. Vendrán los parientes de Kate, y también mis padres alegrarán mi mesa de recién casado. Las frutas del bosque aguardan en canastos de mimbre. Beberemos un poco más que de costumbre, hasta sentir el cerebro inflamado de alegría. Recordaré los encuentros nupciales y mi memoria preservará largo tiempo la felicidad de esta noche. Entonaré algunos aires de Thomas Arne y, en el punto culminante, interpretaré algunas escenas de Shakespeare, algo de *Los dos hidalgos de Verona* y de *Noche de Epifanía*. Tomaré a Kate del talle y bailaremos.

Amo la Navidad porque es el tiempo de las recapitulaciones, con ella viene la gratitud por un año cargado de acontecimientos afortunados. El matrimonio con Kate fue una bendición y ella lo sabe. Sin embargo, desearía que participara de mi vida literaria con ese furor juvenil que desborda su cuerpo; Kate, hija de un colega periodista, carece del ánimo parlanchín de Mary Beadnell, esa mujer que me robó la calma y que me ha dejado una herida profunda que el matrimonio debe cicatrizar. La recuerdo y la ira me desfigura el rostro; luego mudan mis sentimientos y me invade una nostalgia innoble. Soy una especie de guarida, y en mi interior duerme la fiera de mi lascivia, una bestia insatisfecha que espera saciar su voracidad con alguna presa que se acerque a la madriguera. En mi caso, Kate cumple con ese papel. Ignorante del sacrificio, es la víctima de los desequilibrios causados por aquella hembra veleidosa que aún deposita sobre mí las gotas envenenadas de su voluptuosidad. Trato de alejar su recuerdo, pero la pesadilla vuelve a presentarse, y lo hace con el descaro de las visiones nocturnas: muestra las pantorrillas y levanta sus faldones para inquietarme con sus muslos y su vellón de gacela. Gimo, y mi esposa me despierta para sacarme del mal sueño, que se corrompe con dolientes tumefacciones de mi tallo viril. Oigo pasos tras la puerta: mis suegros han llegado.

Tercer fuego. Londres, Navidad de 1837

La muerte es un estigma. Al igual que Vulcano con su hierro candente, la Parca marca sus dominios. Mary, mi cuñada, ha muerto. Ella compartió con nosotros la casa situada en Doughty Street. Era encantadora y supo escuchar mis textos con el aprecio que Kate no muestra. Mi esposa es la eterna aburrida, sólo se la ve vivaz para dormir. Catherine Hogarth, Kate, el blanco de todos mis enfados. He pasado con ella por las escalas que van del abandono al desdén. Kate aumenta libras con la velocidad de un animal en engorde. Por un lado está su embarazo y, por otro, su afición a devorar lo que encuentra al alcance de su boca. El aguamanil en que hacía sus abluciones íntimas ha quedado arrumbado y el biombo es objeto inútil. El acoplamiento adquiere los matices de una cuota mensual. Kate me abruma con su tedio. Hemos olvidado los convivios amatorios de los jueves. En la cópula, mi esposa permanece quieta, apenas si advierte que mi miembro es un intruso que llena su ojiva sexual. El viernes anterior sentí mi hombría mancillada: Kate dio tres bostezos seguidos mientras yo procuraba alcanzar las crestas del placer.

Lo único que ha reanimado mis ensueños fue tener, por una vez, a mi cuñada Mary, nombre que vuelve a insuflarme la esperanza de alcanzar la felicidad. Diecisiete años había cumplido Mary, a quien evoco con una rosa prendida en sus cabellos oscuros. En su rostro, un tanto alargado, he visto la imagen de mis pasiones. Al igual que el Minotauro, he quedado atrapado en esos recovecos, que tantas cosas me dicen y de las que son eco mis palabras. Atento a los modales familiares, guardé con Mary las distancias respetuosas. Aun así, avivé el fuego y traté de permanecer la mayor parte del tiempo con ella. Llegué allí donde se ocultaban las tentaciones, y todo por las sendas que me proporciona el laberinto de mi hogar. Soy el prisionero conyugal y el monstruo devorador que se reconoce enamorado. Al leer mis textos, a veces titubeaba, porque bastaba un movimiento de sus labios, el resplandor de su mirada y una palabra apenas pronunciada para que mis emociones se exaltaran. Mary era un ser exquisito que contrastaba con Kate. En una ocasión tuve fantasías, debo reconocerlo, de que los aromas del jazmín perfumaban las partes secretas de Mary. Esto ocurrió durante una lectura a media tarde, cuando tuve la

peligrosa sensación de que poseía a mi cuñada. Percibí el roce de su intimidad, que ennoblecía mi miembro y que atrapaba mi deseo con el fervor de un creyente. Dentro de mí, ante esa presencia amada, todo parecía vivir la canícula del amor. Una obesa gota de sudor evidenció mi estado anímico. La hinchazón de mi virilidad me acongojaba. Sentado en la poltrona disimulé la indiscreción lujuriosa. Mary, con la generosidad que la caracterizaba, pensó que una jaqueca era el motivo de semejante desfiguro. Recuperé el timón de mis actos y volví a la lectura.

Sin embargo, todo se borra el 7 de mayo. Regresábamos del teatro y ella percibe esa agitación que presagia grandes males. Inesperadamente, sufre un ataque cardiaco y su respiración falla. Mary entra en agonía y se aferra a mí para librarse de las garras descarnadas de la muerte. El dolor me invade, presagio su fin y trato de consolarla y consolarme: aspiro los vapores de su cabello. Tengo una reacción que ahora encuentro por demás condenable: mi virilidad parece exaltarse en un momento en el que todo reclama duelo. Un océano de emociones me derrumba. Diríase que Mary se hunde en un abismo. Su cuerpo se distiende por completo, los estertores finales preparaban este instante en el cual percibo la certidumbre de aquello que quiero negar. Todavía mi cuerpo lucha contra la lascivia. Jamás estuve tan cerca de Mary, tan próximo a sus pechos, a los que toqué llevado por la debilidad que otorga el amor. Pasé mis dedos pecadores por el escote que resguardaba sus pechos. En su mirada encontré la chispa que, en su silencio, consiente el encuentro con la felicidad. Toqué la huella húmeda del vestido en la cavidad de las axilas. Pretendía robar un dejo de este cuerpo que adoraba. Acerqué mi mano a su piel y me precipité a esbozar una caricia que ordenaba premura. Kate corría en busca de los primeros auxilios. Mary, entretanto, se desvanecía entre suspiros, que yo creía cercanos al éxtasis. El amor y la muerte estaban unidos. De pronto, cuando mis manos se disponían a alcanzar algo más, el tajo cruel: Mary, adolescente inmaculada, se sumió en las frialdades de lo supraterreno. Su alma revoloteaba rumbo a la infinitud celestial, mientras que el pobre pecador de Charles Dickens desbrozaba su pecado en los infiernos del abandono. Oculté mis lágrimas y corrí al gabinete privado. Sin

premeditaciones, eso sí, con alevosía y ventaja, tuve una eyaculación que emparentaba mis ardores con los desperdicios del sueño púber. Vi el estropicio en mi pantalón y me invadió la vergüenza. Era un pecador consumado, y ahora recapacitaba en los acechos del dolor: Mary ya formaba parte de la legión de los muertos. Hoy que es Navidad lo primero que evoco es la celebración anterior, cuando aún amaba a Kate, y Mary apenas era un destello. Mi tristeza es infinita. Apenas si probaré el ganso y las papas. Pero he de sobreponerme, de otra manera revelaré mis percepciones íntimas. Debo esconder el secreto de mi amor por Mary, de otra forma reconocería que el hogar es el refugio de los pecados. En este caso, mi pecado es permanecer al lado de Kate. Y sería injusto descararme con una mujer que admite quererme con ese afecto con el que se premia a una mascota. Yo entiendo el amor de otra manera, como diálogo que tiene que fortalecerse con los días y recobrarse con la pasión militar de quien libera un territorio ocupado. De otra manera, el amor se marchita, como la virilidad desatendida, y también como la compleja hechura de la hendidura femenina, otro laberinto que reclama su Minotauro. Esta Navidad es la más triste de mi existencia. Mary es sombra misteriosa que me envuelve con ese abrazo que tuvo algo de carnal, coito suscitado e interrumpido por la hoz mortecina. ¿Qué me queda ahora? El triunfo literario palidece ante mis desventuras. Probaré un poco de ganso para evitar suspicacias. Está sabroso. Pido un poco más.

Cuarto fuego. Génova, Navidad de 1844

Italia tiene la vitalidad de los repiqueteos de sus campanas. Génova es un tónico que alivia los contratiempos pasados. Resido en el palacio Peschiere, un lugar que tonifica las ideas literarias. Por otro lado, asumo que el hipnotismo forma parte esencial de mi vida. En mis lecturas públicas lo empleo con el objeto de atrapar a los oyentes. La capital de Liguria me proporcionó una paciente para mostrar mis facultades mentales. Mis vecinos son los señores De la Rue; él es banquero y ella padece pesadillas. Al comentarme el hecho, el señor De la Rue me pidió un diagnóstico de la enferma. Observo a la dama, un ser desamparado. Al

principio utilizo un cronómetro de oro para hacer que su voluntad ceda y su cuerpo se relaje. Habla de horrores indecibles: seres alados semejantes a avispas se multiplican y la poseen con aguijones inmensos. Otras veces, ella cae en un barranco durante un tiempo que parece dilatarse hasta la desesperación; llega al fondo sin lastimarse, paradojas de los malos sueños, y allí un ser entre lobo y perro la tira al piso y la posee por vía contranatura. La dama es tan explícita en sus descripciones que me sonrojo al escucharla. Tranquilizo sus ánimos y la señora De la Rue agradece mis cuidados. Sin dilaciones propongo la terapéutica: rigor e hipnosis serán el mejor alivio. La mujer pide que la atienda a la hora en que se presentan los excesos oníricos. El banquero, a diferencia de los maridos ingleses, es un hombre comprensivo y exento de celos. Me deja en la habitación, a solas con su esposa. Al principio, el tratamiento hípnico da sus frutos, pero después se complican las cosas. La mujer adopta actitudes un tanto cínicas. Deja al desnudo su anatomía. Apenas se cubre con una bata de seda. La situación acosa mis resistencias: todo hombre de treinta y dos años puede ser presa de la lascivia. Yo he resistido con la entereza de quien defiende un bastión patrio. Evitaba la mirada directa a las partes íntimas, que de pronto quedaban ante mi vista y que apreciaba en su novedad morena. Soy hipnotista, de ningún modo un santo.

Hoy hemos celebrado la Navidad con abundantes libaciones. Bebimos abundante champaña, sin olvidar las garrafas de chianti y los vasos de grappa. ¿Cuánto puede beber un escritor inglés de moral estricta y costumbres recias? Lo ignoro, el hecho es que he llegado a la embriaguez. Mi cabeza llegó a pesarme una tonelada y mis pasos tuvieron la agilidad de la baldada tía Edith. La fiesta terminó de madrugada. El banquero De la Rue quedó peor que yo. Dormía en un sillón, y su abandono lo hacía babear. La señora insistió en la gravedad de su estado. Taquicardia y debilidad eran los síntomas. Necesitaba que la atendiera, de otro modo sufriría un paroxismo. Tuve que acompañarla a sus habitaciones. La dama ni siquiera me oyó cuando le dije que un hipnotista borracho es peor que un cadáver arrojado al mar. Ella, atrapada por la insensatez del alcohol y la obscenidad, me

empujó al cálido lecho. ¿Qué hace un hombre recto ante tales convites? Rehusar era tanto como declararme en quiebra. Sin comentario alguno, la señora De la Rue me abrió la bragueta y tomó por asalto un miembro viril que saltaba de alegría y que se acomodó entre los labios de tan gentil compañera. Ella fue hábil maestra, y el pobre hipnotista se encontró con el ojo lánguido de su entrepierna y con el guiño del óvalo anal. Bebí de ambos orificios con la sed de quien cruza el desierto. Probé la sal y la amargura de estas cerraduras que se abrían ante mí y se me ofrecían sin pudores. Perdí la noción del tiempo y disfruté de un placer imposible en las ruinas del matrimonio. El encuentro fue efímero y atropellado. Ambos éramos casados, y esto era un interludio, un don que nos proporcionaba la noche generosa de la Navidad. La esposa de De la Rue me demostró que las costumbres las rompe la geografía. Luego de los deleites, la mujer calmó sus ímpetus y roncó sin que se presentaran las criaturas noctívagas. A pesar del deliquio, creí ver una sonrisa en ese rostro femenino embotado por la bebida y el adulterio. Así culminó la Navidad de 1844, en la que celebraba mi relato *Las campanas* y mi estancia en Italia. Génova era para mí una ciudad plena de sugerencias, pero nunca imaginé que estas cosas pudieran sucederme. Amanecía cuando escuché los pasos extraviados de De la Rue, que se acercaba a la habitación. Tuve que salir de estampida. Sin despedidas hipnóticas, concluí la Nochebuena genovesa.

Quinto fuego. Londres, Navidad de 1858

El amor es una rencilla que se resuelve en el lecho. Mi hogar se ha convertido en un campo de batalla. Kate es presencia que envenena mis días. Con libros he alzado un muro que nos mantiene aislados. Su voz, su presencia descompuesta y sus insultos conforman la podredumbre en que habito. Sus ojos vivarachos son ahora rendijas porcinas borradas por la obesidad. Diez hijos me ha dado y se lo agradezco. Pero el yugo se rompió al conocer a Ellen Teman, aspirante a actriz de veinte años. Renace el fuego, y mi sensatez desaparece de mi vista al igual que una porción de tierra se aleja al partir la nave. Ellen puede

hacerme olvidar los años rudos vividos con este ser de ignorancia errante y de sueño pesado. Con sus mimos, Ellen me ha obligado a consagrarme a ella, a romper el juramento conyugal y a entregarme a sus caricias sin recordarme que soy un viejo de cuarenta y seis años. Las fuerzas de mi virilidad han menguado, pero procuro complacerla con los recursos que me ha proporcionado mi recorrido por la vida. Sé que ella es austera en sus peticiones, aunque me sorprende que en su juventud tenga la destreza que alcanza una mujer sólo después de años de práctica amorosa. Ellen se entrega al amor con desenvoltura: dice que las damas deben gozar del presente con plenitud. Me incita a seguirla en sus juegos y a veces me siento como un fardo al que se lleva en las espaldas. Mi amada me conmueve: toma mi sexo y lo aplica a sus labios hasta que éste comienza a crecer. Siento el fuego de su boca, me consumo en esos largos minutos que pasan tan apresurados y en los cuales ella actúa con virtuosismo. ¿Dónde aprendió tales artes? Su lengua me asedia y ahora recorre mi boca, llega al fondo de mi paladar. Un ósculo semejante es ardor que compensa mis pérdidas, mis años sumergido en el hogar. Ellen tiene la majestad del deseo. Me dice que el goce viene de la antigua Grecia y viaja hasta el sol pálido de Inglaterra. Me quiere y eso está a la vista. Sus demostraciones de afecto se encadenan de tal modo que me entrega su cuerpo en el camerino, en la campiña sembrada de hormigas, en donde sea. Claro está que a veces me conduce por extrañas veredas. En verano me hizo estremecer por algo que antes hubiera considerado una estupidez. Ellen y sus hermanas Mary y Frances organizaron un día de campo en las cercanías de Bloomsbury. Compraron víveres y una botella de ron de las islas. Comimos un delicioso pastel de carne con verduras, una ensalada con nueces e infinidad de bocadillos. La exquisitez del dulce ron antillano hizo estragos en ellas. Ellen se levantó de improviso, y sus hermanas, felices y despatarradas, la siguieron. Sin mediar palabra, y con tan sólo a un árbol de distancia de mí, descargaron sus vejigas con aire señorial. Levantaron sus faldones y mearon, encantadas de compartir ese momento. Dejaron oír el ruido intermitente, suave murmullo, que produce la orina de la mujer. Pocas veces he llegado a sentir la poesía en

un sonido que parece intrascendente. Mi soñolienta virilidad despertó ante los arrullos de ese trío de damitas que me proporcionaban un espectáculo que de pronto se convirtió en catapulta para la exaltación de los sentidos. Regresaron las muchachas y sin más les di un abrazo de gratitud que ellas ignoraron. A Ellen, en cambio, le ofrecí mis labios y mi lengua en un beso atenuado por las ramas del mismo árbol que, del otro lado, había presenciado la cantilena dorada. Ella tuvo un detalle de hermosura sin igual: me llevó detrás del árbol, extrajo mi virilidad y la vació de sus líquidos amarillentos. Su mano fue seda pura. Otra vez insistió en sus habilidades: regó mi placer con aire de hada madrina. Las hermanas traviesas se reían, y mientras yo cerraba mis ojos, ellas abrían los suyos para contemplar mi coloquio amoroso con Ellen. Mi pudor no sufrió sobresaltos ante la plenitud del goce. ¿Era esto la felicidad? Por lo menos era el fuego, la incandescencia de la llamarada amorosa. Ahora, en plena fiesta de Navidad, la dicha parece congratularse con uno de sus siervos, con un hombre justo que buscó el divorcio para encontrarse en compañía de Ellen. ¿Merecía tal suerte cuando la vejez me atrapa en sus enredaderas? Al principio me fue grato ir tras Ellen, tras ese cuerpo de piel blanquísima y esos ojos azules por los que navegué. Con ella la desnudez era parte de la concupiscencia: nada de dejarse puestas las múltiples prendas con las que aprendí los rudimentos del amor. Ella prefería estar sin las molestas enaguas, y me conminaba a que me deshiciera de mi vestimenta inútil. Su cuerpo era paisaje que recorría con avidez. Y al recorrerlo comprendí que la verdad de la vida estaba en la pureza, en aquello que parecía necio y que, sin embargo, era parte de la armonía del cosmos y de la justicia supraterrena. Ellen me hacía ver y sentir aquello que se ocultaba bajo los disfraces de la hipocresía. Esta Navidad brindé tres o cuatro veces por la salud de nuestro amor, por el renacimiento de mi alma y por la salvación eterna de quienes permanecen en las tinieblas del odio, como yo estuve durante años. La Navidad me devolvía la gracia, y yo la acepté al igual que la copa de champaña que me traía la pequeña Ellen. Luego me enteraría que el líquido ambarino provenía de otras destilaciones. La muchacha

rió hasta el cansancio de su broma y manchó el piso con otra ración de su champaña.

Sexto fuego. Un lugar desconocido, Navidad de 1870

Hablar de la muerte parece una necedad cuando se ha llegado hasta sus confines. Y este año celebro la Navidad en compañía de lo que llamo mis fantasmas. Veo ahora a mi cuñada Mary; conserva sus rasgos esenciales, sólo que ahora tiene la apariencia de un ser de luz. Nada dice, lleva prendida en el cabello la rosa original, y me prodiga una sonrisa, eso es todo. Siente con gratitud el abrazo que nos dimos antes de que falleciera. El gesto tiene algo de jubiloso, una especie de encuentro en el que el sexo parece secundario, pero está lejos de serlo. Mi virilidad crece y está dispuesta al amor. Mary me observa y decide irse. Tiene aspecto de ángel, al menos así quiero verla. Me perturba. Brindo con una copa vacía, y me dejo embargar por los recuerdos.

Llegan hasta mí fragmentos de *Pickwick, Nicholas Nickleby, Oliver Twist* y otras. Lamento haber dejado inconcluso *El misterio de Edwin Drood*. De pronto oigo las quejas de Ellen Teman. Ella me califica de «aprendiz de Scrooge», de viejo avaro que apenas si le dejé mil libras. Bebe ron y recarga su cabeza en el hombro del parlamentario conservador Michael Phillipsmoore. Lamenta haber arrojado su vida al fango por mí, un necio que se portó con mezquindad en sus expresiones eróticas y que luego hizo lo propio con su fortuna.

Dickens la ve y la oye con claridad, como si estuviera en la primera fila de un teatro. Lamenta las opiniones que escucha. Él creyó amarla con delicadeza y pasión invernal. Ella grita que nunca amó a ese monumento nacional que la esquivó hasta hacerla a un lado e ignorarla. El testamento fue el tiro de gracia y ella está muerta: la ha matado la desdicha de ser la examante de Dickens y una pobre aspirante a actriz. Ruedan las lágrimas y nada la libra del enojo.

Desde su refugio dorado, Dickens acoge las nuevas imágenes que le proporciona su condición de difunto. En la casa familiar, en Gloucester Crescent, Georgina, Georgy, su cuñada, habilitada como aya, nana y mujer de todas sus confianzas, emite un juicio

razonable sobre él, con ese cariño que se transmuta en costumbre familiar. Disiente de los malos juicios de Kate, con la que brinda con un poco de ponche de frutas. Las mujeres hablan y en sus palabras está la huella de lo que significó él en su paso por sus vidas. Georgy confiesa que siempre lo quiso con amor filial. Kate, enojada al oír mencionar con afecto a su exmarido, rompe la copa.

Él puede contemplar los desfiguros de Mary Beadnell, ahora casada con el señor Winter. Baila al ritmo de la embriaguez. Está envejecida. Coquetea con los mismos gestos que en su juventud, pero su rostro es máscara yerta.

Le entristecen esas imágenes, esas presencias que se imponían con la fuerza de un parto. Todo iba y venía sin que pudiera remediarlo. Cerró los ojos y esperó la compasión de la muerte. Al abrirlos, vio a Mary, que estaba abrazada a él, igual que cuando sufrió el ataque cardiaco. Aspiró su pelo y creyó encontrar los mismos vahos perfumados de aquel instante luctuoso. La tenía junto a él, y ese ser de luz, ingrávido y translúcido, se tornó real. De pronto vio los contornos del Edén. Dickens habitó una vez ese territorio en el que la bondadosa muerte le proporcionó un hálito de vida. Pero las cosas se borraron con rapidez: su madre le llamaba y le decía que la cena de Navidad estaba a punto de servirse.

Ciudad de México, junio de 1999

Tres reyes
Abilio Estévez

¿Han visto la estrella? Mino se había sentado de un salto sobre la cerca. Llevaba todavía el pantalón raído y sucio del trabajo diario, y, como siempre, el hermoso pecho descubierto, y aquel pañuelo rojo ciñendo la cabeza, con el que intentaba (y a veces conseguía) parecer fiero. ¿Han visto la estrella de Dios? Miré a Rafael. Estoy seguro de que Mino también lo miró; lo traicionó un brevísimo pestañeo, una alteración leve, nerviosa, de su cara ruda y a ratos cruel. No obstante, Rafael continuaba tan impasible como la blancura de su cara, que ni el desalmado sol lograba alterar. La estrella de Dios anuncia el nacimiento del Hijo. Y el provocador esta vez articulaba con exageración, acentuaba la sonrisa, hablaba con voz más potente, mientras el otro, que no estaba dispuesto a dejarse molestar, alzó los ojos con suma lentitud, miró la estrella, y su voz, tan ronca que no parecía suya, se dejó oír: Sí, ya sabemos, la estrella de Belén. Mino escupió. A mí me gustó que escupiera.

En verdad, resultaba imposible no haber visto la estrella, tan ostentosa, allá, en un cielo de brisas y aves raras; un cielo que no era negro (tampoco azul), de escasas nubes. Por desilusionar, el Duce dijo que las aves no eran golondrinas, sino murciélagos. Ella, la estrella, sí que resultaba evidente, desde que comenzó a atardecer resultaba evidente, porque yo la vi cuando nadie todavía se había percatado, en el momento de salir del campo de caña más o menos sembrado, y volver al campamento, a bañarnos, a continuar, porque esa noche excepcional tendríamos trabajo. Allí estaba, en un cielo atardecido, desafiando al sol, brillando ya como si en verdad quisiera anunciar algo. Aunque, por supuesto, mayor esplendor tenía en la noche de ahora. Y mayor todavía, pensé, en los ojos de Mino, porque los ojos

grandes y negros se iluminaban al mirar hacia lo alto. Es la estrella de Belén, repitió Mino con seriedad, es decir con cierta punta de burla, mientras algunos de los que siempre estaban riéndole las bromas, de los más dispuestos al choteo, se ponían a cantar

Esta noche es Nochebuena,
vamos al monte, hermanito,
a cortar un arbolito,
porque la noche es serena…

Hubo risas, sin duda. Muchos hasta aplaudieron y miraron también a Rafael, que continuaba siendo, de todos nosotros, el único que tenía valor para reconocerse católico. Él, ya lo he dicho, había aprendido a no dejarse alterar, y no aceptaba provocaciones, y se le podía ver sentado sobre una piedra, silencioso, muy blanco, imperturbable la cara linda, ahora sin mirar la estrella, sin mirar a nadie, con los ojos bajos, escribiendo en la tierra con la ramita de un árbol, fiel a la imagen de sí mismo que había logrado crear y de la que muy poco se sabía (mucho menos si toda aquella actitud correspondía a una verdadera humildad o a un exceso de orgullo). Alguien, para continuar molestándolo, comenzó a rezar el Padrenuestro con voz de falsete. Otro lo secundó tocando un cajón. Se improvisó una conga con el Padrenuestro. De otro salto, Mino bajó de la cerca. Basta ya, gritó, aquí nadie se burla de ningún compañero. Y está de más decir que las risas cesaron y se impuso el silencio, porque a Mino le gustaba jugar, no que jugaran, y le gustaba mostrarse magnánimo y justo, y era además el jefe del campamento, y también el secretario general de la Unión de Jóvenes Comunistas en el colegio, y, lo más importante: sabía dar órdenes y hacer que se le respetara. Las risas buscaron más tarde otros motivos, hasta que llegó el camión que nos trasladaría a la granja donde, según explicó entre carcajadas el Duce, festejaríamos el nacimiento del Hijo de Dios.

(Por primera vez yo celebraba las navidades fuera de casa. Y si empleo este verbo alegre, dichoso, «celebrar», es por seguir

una práctica demasiado arraigada en mi familia, una obstinada costumbre que intentaba sobreponerse a las circunstancias ásperas —severas— en que vivíamos. Hacía años que las navidades estaban prohibidas en Cuba. Hacía años también que mi familia las festejaba a escondidas, prescindiendo de lujos y sibaritismos de épocas propicias, intentando que la fecha continuara siéndolo de unión. No importaba que ahora parte de la familia se dividiera entre New Jersey y Miami, o que a mi tío Pablo lo hubieran encerrado en la cárcel por haber pegado fuego a su ferretería el día en que el Estado decidió expropiársela. El núcleo central, mi abuela, mis padres, mi tía Sara, mi hermana y yo continuábamos allí, en la casona de Marianao, armando el pesebre y el árbol en el cuarto de los trastos viejos, y poniendo muy bajo en el tocadiscos villancicos en la voz de Frank Sinatra, de Bing Crosby, y cenando lo que pudiéramos, lo que encontráramos, a puertas y ventanas totalmente cerradas. Ese año, sin embargo, yo no podía estar presente para la ceremonia de Navidad. Para evitar evocaciones religiosas, para educarnos en el más estricto sentido del deber laboral —agrícola—, las escuelas cambiaron para diciembre sus fechas de trabajo voluntario. Y al trabajo voluntario, bajo ningún concepto, se podía dejar de asistir).

La granja a la que nos llevó el camión de la cooperativa no estaba lejos del campamento y se llamaba La Virgen. Ignoro si el Duce poseía suficiente sentido del humor como para haber planeado el llevarnos aquella noche a un sitio con tal nombre, o si el nombre constituía una simple casualidad. Lo cierto es que yo lo tomé entonces como símbolo, premonición, y miré a Rafael, que pareció no percatarse de nada. Nos esperaba un campesino sin sonrisas ni palabras, que nos hizo pasar a una gran nave en cuyo centro crecían varias montañas de vainas de frijoles negros. El Duce se detuvo junto a una de las montañas y exclamó Compañeros, tenemos el privilegio de ver cómo se cierra una época y se inicia otra, somos los privilegiados de la Historia, los elegidos, los que poseemos la enorme facultad de poder transformar el mundo con nuestras manos, se han terminado los

tiempos de la servidumbre, en los que unos hombres se constituían en lobos de otros hombres, esta noche comenzamos muchas cosas, y entre ellas comenzamos a destruir los rezagos de la antigua sociedad burguesa, esa sociedad que tanto daño ha causado a nuestro pueblo, ahora nos toca a nosotros, a los humildes, y vamos a arrasar con todo, vamos a arrasar con las supersticiones, porque el hombre, el hombre trabajador, es el único Dios verdadero, y como dijo sabiamente Carlos Marx la religión es el opio de los pueblos… Y de ese tenor continuó el Duce su discurso de media hora. El Duce, nuestro profesor de historia, pasaba la mayor parte del tiempo echando discursos. Por cualquier motivo nos endilgaba una de aquellas arengas que a veces no entendíamos. Creo que por eso lo habíamos apodado el Duce, y porque se llamaba Benito; por lo demás, alto, delgado y mulato, en nada recordaba a Mussolini.

Se dio la orden y nos fuimos sentando alrededor de las montañas de frijoles, junto a grandísimas cestas que iba proporcionándonos el campesino carente de palabra y de sonrisa. Se inició el trabajo. Las vainas vacías comenzaron a caer en una cesta. Los frijoles en otra. Se hizo un inoportuno silencio en la nave de la granja iluminada con faroles de queroseno.

Todavía faltaba más de una hora para las doce. Mino me llamó con un gesto, y con un gesto me indicó que saliera. Fuera de la nave, la noche no parecía percatarse del suceso histórica que el Duce anunciaba, ni del cambio de época que, según él, estaba teniendo lugar. Me vi frente a una de esas noches habituales de diciembre, estrelladas, ligeramente cálidas, recorridas por una brisa húmeda que agitaba los árboles y se esparcía con aroma a flores y a tierra. La estrella continuaba allí, acaso más alta, y su brillo me pareció más intenso. Con nostalgia, me pregunté qué estaría haciendo mi familia en ese instante. Recordé el árbol, a veces con adornos azules, en el cuarto de los trastos. Recordé el pesebre que tía Sara había traído alguna vez de México. Imaginé la mesa puesta y hasta escuché la voz de

Bing Crosby. Hace diez años, me dije, yo pude ser feliz en una noche como ésta. No tuve tiempo de sentir lástima por mí mismo, de deleitarme en la melancolía. Mino salió con Rafael por la puerta lateral de la nave. Siempre que podía, el comunista se hacía acompañar por el católico, y hablaba mucho con él, lo «atendía», como se expresaba en la jerga de la Juventud Comunista. «Asunto político», se decía. Se instituyó que un militante comunista debía ayudar siempre a aquellos que padecieran «debilidades ideológicas», debían ayudar a que esos infelices salieran de su error y abrazaran la única ideología verdadera: el marxismo-leninismo. El caso más flagrante de «debilidad ideológica» lo constituía Rafael, puesto que, a pesar de tantas charlas y reuniones, no acababa de renunciar a su condición de católico practicante. Tenemos que ir al campamento a buscar agua, ordenó Mino, y pasó el brazo por encima de mi hombro, como solía, para fingir que se sentía mi igual, o para recalcar la diferencia, o quizá para comprobar que mi cuerpo estaba temblando.

Vamos por el camino del río, volvió a ordenar (siempre ordenaba), es más corto y más agradable. También más oscuro, ripostó Rafael, tajante, con aquella extraña voz ronca y el tono de desafío que desmentía la beatitud y la belleza casi femenina de su cara blanquísima. Qué, ¿tienes miedo?, y la inflexión que Mino agregó a la pregunta dejó traslucir la sonrisa de burla que él se preocupó de no llevar a los labios. Quien camina derecho camina seguro, contestó Rafael y echó a andar rumbo al río. Lo seguimos.

En realidad no había tal río, sino un cauce seco a cuyos lados crecían cañabravas. El sonido del viento entre las cañabravas tenía algo de música, algo de murmullo o de risa. Como arriba el cielo de la noche andaba saciado de estrellas, se podía ver muy bien el camino, el lecho del río, seco pero harto a su vez de piedras blancas y de algo como el recuerdo del agua. A ratos las piedras relumbraban brevemente, reproducían a su modo el otro

brillo de las estrellas. Tu Dios nos ilumina el camino, vamos hacia el día del nacimiento de su Hijo, observó Mino con menos maldad que deseos de provocar. Siempre lo ilumina, respondió el otro sin mansedumbre, lástima que tus ojos no estén preparados para la luz. El primero se encogió de hombros y nada respondió. Caminábamos sobre las piedras, haciendo equilibrio, levantando los brazos hasta ponerlos en cruz. Somos los tres reyes en busca del Recién Nacido, el comunista volvió a la carga, y acompañó estas palabras con una de sus hermosas sonrisas. Me pareció que esta vez hasta el católico sonrió. Por delante de nosotros cruzaban a veces insectos iluminados, sombras de murciélagos y hasta fuegos fatuos. El sonido de la noche se mezclaba con el olor intenso del río seco. Chico, ¿sabías tú que un día como mañana Dios envió a su Hijo para hacerlo sufrir y luego abandonarlo, y terminar dejándolo (brutal, brutal) que se muriera en la cruz?, preguntó Mino. Resultaba evidente que la pregunta me estaba dirigida y al propio tiempo no me estaba dirigida. Yo iba el último y nadie esperaba que respondiera, de modo que me hice el desentendido. Yo miraba, olía, escuchaba y hasta saboreaba (no podría ahora precisar cuál de mis sentidos andaba más despierto, porque si es cierto que la Isla adormece la mente, también lo es que despierta los sentidos). No hubiera podido explicarlo entonces con seguridad, pero aquella exaltación alegre de olores, de sonidos, de sensaciones que era el camino del río seco en las sombras de diciembre me hizo tener por primera vez conciencia de mi cuerpo. Había logrado olvidar a mi familia y la posible cena que en ese momento estaría celebrándose en La Habana. Alguien dijo que por mayo, cuando comenzaban las lluvias, el cauce se llenaba, el río se convertía en río. Sin embargo, aun estando seco, caminaba yo por aquellas piedras lavadas imaginando que lo hacía por entre aguas. ¿Qué es para ti primero, preguntó Mino puntilloso, el espíritu o la materia? En este momento, la materia, respondí con toda la audacia del mundo. Mino se volvió y me observó con mayor sorpresa que complacencia en la sonrisa detenida. Bien dicho, exclamó alzando un brazo y haciendo una señal de victoria con los dedos. ¿Y crees la historia de la Inmaculada Concepción? No respondí. Creció una pausa de varios segundos en el camino del

río. La noche estaba tan cerca, tan presente, que casi se podía acariciar. Mino, que ahora iba delante, habló mirando hacia lo alto. Esa señora, la Virgen, debe de haberla pasado en grande, la verdad, porque si para una mujer es sabroso gozar con un hombre, imagínate lo que debe ser gozarla con Dios. Rápido, con rapidez que las palabras no permiten narrar, el católico tomó al comunista por los hombros, lo puso frente a él y le lanzó un golpe a la cara que lo derribó. Mino cayó sobre las piedras. Su contrincante no dio tregua, se lanzó a su vez sobre el adversario y comenzaron a golpearse con furia antigua, con furia que llegaba desde otros rincones y lejanías, y que nada tenía que ver con la vulgaridad que Mino acababa de decir. Yo no supe qué hacer: retroceder un poco, ponerme a salvo (mi miedo no es asunto de ahora). Los dos cuerpos se golpearon y confundieron entre las piedras del río, bajo la luz de la estrella.

Cuando se cansaron de golpearse, Rafael se irguió un tanto y se llevó una mano a los labios, donde había un rastro de sangre. No hubo en su cara expresión de susto o de sorpresa. Parecía que simplemente necesitaba tener la certeza de que se trataba de un golpe en sus labios, de su sangre. Los ojos de Mino tampoco mostraron ningún sentimiento especial. Volvió la cabeza a un lado, escupió y llevó luego su mano a la boca del otro, tocó la sangre, intentó mirarla con cuidado en la oscuridad como si no estuviera seguro de lo que veía. No hubo en el movimiento pizca de miedo, odio o compasión. Luego se llevó a los labios su propia mano con la sangre del antagonista. También este gesto lo ejecutó con absoluta indiferencia. Y como si probar la sangre no resultara suficiente, buscó con su boca la boca del otro. A pesar del miedo, de mí mismo, esta vez no huí, todo lo contrario, me acerqué, me senté junto a ellos. Rafael cerró los ojos y dejó que Mino le limpiara con su lengua la sangre de su boca. Con cierta ansiedad, las manos de Mino subieron por los brazos del otro, acariciaron el cuello, se detuvieron en la cabeza, aunque no hizo falta que presionaran, porque ya los labios sangrantes buscaban los de Mino y se perdían entre ellos. Más que ver el beso, lo escuché. El chasquido de ambas bocas mezclando sangres y

salivas llegó a ser más fuerte que cualquier otro sonido del río o de la noche. Mientras se abrazaban, comenzaron a hablarse. Fue un susurro, nada más que un susurro. Nunca supe qué dijeron. Lo único que pude escuchar fue un ¡Cállate!, ordenado con impaciencia por quien siempre daba órdenes, y otra vez el sonido tan reconocible de los besos. Hubo un tiempo en que creí que había cerrado los ojos. Cuando Rafael abrió los suyos (y no sólo las bocas, sino también las miradas se encontraron en diferente desafío), yo hubiera jurado que cerré mis ojos. Ahora, no obstante, supongo que no pudo ser cierto, que en verdad dejé los ojos abiertos, y que tampoco, como otras veces pensé, me acosté a mirar el corto vuelo de los murciélagos, o el terral que movía como nunca las copas de las cañabravas y a veces ocultaba la estrella. Si no, ¿cómo puedo recordar que se abrazaron durante un tiempo que me pareció inacabable? ¿Cómo puedo recordarlos desnudos? O mejor: ¿cómo puedo recordarme desnudándolos? Sí, porque los desnudé para evitarles que desviaran la atención que tenían puesta el uno en el otro, para evitarles la tarea demasiado zafia de quitarse la ropa. También yo me desnudé, lo sé. Percibí en una revelación excitante mi cuerpo desnudo por primera vez en un monte sin que esto me provocara desamparo. La conciencia de mi propio cuerpo, que minutos antes me había impresionado, cobró en ese momento una mayor envergadura, pero no me impidió admirar la blancura que tenía la piel de Rafael en contraste con la oscuridad que tenía la de Mino, y la hermosura de aquellos cuerpos de catorce años (más robustos y mayores que yo). Y vi que Mino besaba el pecho de Rafael; y que éste halagaba con el dedo, como si escribiera, las nalgas de Mino; y supe que Mino pasaba su frente por los muslos de Rafael; y me gustó ver cómo se dibujaban luego el uno al otro los labios con los dedos; y yo mismo ayudé a Mino para que se pusiera de rodillas, y ayudé a que la endurecida virilidad de Rafael (blanca y dominadora) se perdiera en su boca, mientras éste arrancaba el pañuelo rojo (que ni la lucha había logrado arrebatar) para luego atraer hacia sí la cabeza de Mino, para que el miembro desapareciera entero en la boca; cuando Rafael mordió después con obstinación el cuello de Mino, se unieron las manos de ambos; las bocas de ambos se buscaban después de cualquier

caricia; una boca andaba siempre en búsqueda incesante de la otra. Mino obligó a Rafael a que se acostara sobre el lecho seco del río, pero fui yo quien levantó con cuidado las piernas blancas para que él pudiera llevar su lengua al centro escondido de aquel cuerpo blanco. La expresión de Rafael fue entre desesperada y agradecida. Yo pasé mi mano por su frente y no me atreví a besarlo. Después Rafael hizo que Mino se volviera, besó repetidas veces su espalda. Con saliva y sangre mojó su miembro, que yo me aventuré a tocar. Sé que yo mismo lo conduje hacia el lugar que él necesitaba, allí donde debía clavarlo sin misericordia, el lugar donde la ansiedad de Mino ya no estaba en condiciones de oponer ninguna resistencia. La cara de Mino se embelleció por el dolor fugaz, y luego se embelleció aún más por el placer. Lo acaricié, lo besé, le sequé el sudor. El movimiento de los cuerpos pareció seguir el ritmo de aquellas respiraciones esperanzadas (entre las que se encontraba, por supuesto, mi propia respiración). El movimiento pareció concentrar en ellos todo el resto, lo que quedaba del mundo y de la noche. Cuando Rafael no pudo más y lo vi estremecerse y ocultar su cara en la espalda mordida del otro, yo había caído de rodillas frente a Mino. La leche de éste se precipitó rápida sobre mi pecho, sobre mi cara, en abundancia dichosa. Ellos quedaron detenidos, inmóviles, varios segundos. Luego se separaron con suavidad, como si no lo desearan. Rafael se acercó entonces a mí. También Mino se acercó. Acaso con cierta sorpresa comprobaron que yo me estaba masturbando. Acaso caían en la cuenta de que yo estaba allí. Fue sólo un segundo. No prestaron después atención al movimiento de mis manos. Tocaron mi pecho y mi cara. Precisas, las manos de ambos fueron a los lugares donde mi cuerpo estaba sintiendo deslizarse la leche de Mino. Las bocas se ocuparon luego de recoger aquella leche. A pesar del placer que me proporcionaban, no fui tan ingenuo de ignorar que, poco a poco, con fruición, me estaban excluyendo de modo definitivo, me estaban despojando de algo que consideraban asunto de los dos.

Regresamos al fin con el agua. Mino gritó Aquí está el vino, compañeros. Se despertó una carcajada general. Los muchachos

continuaban abriendo vainas de frijoles, entre risas inexplicables, chistes absurdos y canciones en donde un guerrillero, al tiempo que se quejaba de lo lejos que andaba su amada, declaraba un gran amor por el pueblo, su fe en la lucha, en la victoria final. Satisfecho, el Duce alzaba el brazo y repetía, recalcaba con euforia Se acabaron las supersticiones, muchachos, Dios ha muerto, hemos llegado al futuro y ustedes son por fin la esperanza. Supongo que eran aproximadamente las dos de la mañana. Sin nostalgia, pensé que tal vez en mi casa estuvieran retirando los restos de la cena.

La Habana, junio de 1999

Perro negro
Irene González Frei

—Dieciocho —le digo.

Pero sabe que estoy mintiendo. Hundo mi mirada en la suya. La mantengo hasta que no resiste más. Aparta los ojos, avergonzada. Y el brillo de su mirada se deshace en la penumbra.

Desde la mesa nos llegan gritos. Oleadas de gritos y risas que no comprendo.

Nadie nos ve: no tiene sentido seguir fingiendo que he venido a la cocina para ayudarla. Dejo la botella a un costado. El frío del vidrio me ha adormecido la mano. Le acaricio la cara. El vello de la mejilla se le eriza. Su piel está tan excitada como la mía. Intento atraerla hacia mí. Pero se resiste. Todavía se resiste. Vuelve a mirarme.

Sobre el cielo estallan los fuegos artificiales, iluminando la ciudad a oscuras y duplicando sus destellos en el agua de la bahía. Muerdo el borde de su oreja con el borde de mis labios. Quisiera retener este momento, pero no puedo porque siento que está formado por muchos momentos superpuestos. Vivo sensaciones aisladas, sentidos fragmentados, como si en lugar de estar viviendo esta realidad la estuviera recordando, seleccionando los momentos más importantes. Hay una euforia general en la ciudad. Desde el apagón, toda la gente ha salido a la calle para continuar al aire libre los festejos de Navidad. Puedo oír a la vez las felicitaciones anónimas, las campanas que llaman a la misa del gallo y su voz, susurrando palabras sin sentido que son como caricias.

Es como si fuera mi tía, claro. Hacía años que no venía a visitarnos, pero mis padres siempre me hablaban de ella. Mi

imaginación fue construyendo su imagen y, ahora que por fin la he visto, todo es infinitamente distinto, asombrosamente mejor. Desde el momento en que entró en casa, supe que tenía que besarla, supe que tenía que acariciar la curva de su cintura, supe que sus pezones tenían que estar entre mis dedos.

Es necesario que me controle. Somos muchos en la cena. Alguien podría vernos.

Pero sé que sólo tengo estas pocas horas de Nochebuena. Y ya no volveré a verla como la veo hoy. Si hasta el apagón que todos lamentan es como una señal de mi deseo para buscarla.

Estiro la mano bajo el mantel de la mesa.

Toco sus piernas bronceadas y me sorprendo de que no lleve medias: a la vista, su tersura se me figuraba artificial. Rozo sus piernas cruzadas. Separo ligeramente los dedos, hasta sentir solamente el vello de sus muslos. Entonces me deslizo sobre la curva de los muslos buscando la cara interior, el lado oculto. Pero no la fuerzo. No quiero hacerlo.

Ella me mira sorprendida a la luz amarilla de las velas. Apoya la copa sobre la mesa para que nadie note el temblor de sus manos. Pasan unos segundos, unos interminables segundos en los que la veo dudar y debatirse.

Luego aparta la vista, habla con otros demasiado ostentosamente. Llama al perro. Comprendo lo que está a punto de ocurrir: quiere disimular.

Entonces descruza las piernas. Abre para mí el destino final de mis dedos y mis besos. Cede. Por fin cede a mi acoso. Espero. Quiero demorar el instante. Sé que ya está esperándome el coño que tanto deseé. Mi mano se aleja hasta las rodillas, y después vuelve, buscando en la piel bronceada el goce de sus piernas. Toco la dulce barrera de algodón. Detrás de las bragas puedo sentir el palpitar de su coño. Una suave tibieza. Casi un aliento. Subo un poco más y le acaricio el pubis. Me retiro. Le estrecho la mano. Es mi mensaje.

—Dieciocho —me dice.

Estoy segura de que me miente, al menos por unos meses, y vuelvo a dudar. No debería hacer lo que estoy haciendo. Sus

padres son amigos míos desde hace años, no puedo comportarme así.

Son las doce y cinco.

Grita. Grita entre los gritos que nos llegan desde la mesa para anunciar que me lleva a la calle a ver los fuegos artificiales.

Me toma de la mano, pero al llegar a la puerta de calle se detiene.

Pone su índice sobre mi boca. Luego apoya su boca sobre el dedo, a milímetros de mis labios, y me dice: Silencio. Siento en su suave aliento el olor del champán. Silencio, repite. Estoy en silencio, ya siento el alboroto de mi corazón. Son las palpitaciones del deseo. Sé que no debería hacerlo, sé que no. Y sin embargo.

Siento vergüenza de mi ropa. Ella va de gris, y parece tan elegante. Tiene ese aire triste de las mujeres que llevan una vida demasiado perfecta. Debe de estar riéndose de mí.

Debe de estar riéndose del susto de amor que se me escapa por todos lados.

Pero no. No se ríe. Lo sé. Ella también está asustada. Es inútil que lo ocultemos. Porque es tan hermoso sentir mi aliento agitado sobre el suyo. Sentir el peligro de que nos descubran besándonos. De que nos descubran en este momento en que abro sus piernas y apoyo mi lengua sobre su clítoris.

Hace tanto calor. Toda la ciudad había encendido su aire acondicionado, su ventilador; y miles de botellas puestas a enfriar: el apagón era inevitable. Hacía tantos años que no pasaba la Navidad en el hemisferio sur.

Y aquella vez también fue en Navidad, mi cuerpo inexperto estremecido por el sudor de su cuerpo, como ahora. Al placer de este instante se le suma el placer de la memoria. Mi coño se estremece por el pasado y por el presente, por el futuro inmediato que adivina y anhela.

Me lleva, me dejo llevar. Pero no salimos. En la puerta de la calle me estrecha muy fuerte la mano para detenerme. Abre y

cierra. Y en puntas de pie vuelve sobre sus pasos. Toma una botella de champán con la mano libre y me arrastra hacia el interior de la casa por entre las habitaciones oscuras. Creo que nadie se ha dado cuenta. Todos están atareados con los regalos y los brindis.

Cruzamos el patio. Tengo miedo de que mis tacones hagan ruido sobre las baldosas. Me arrastra escaleras arriba. Vamos a la terraza. Va delante de mí. Tengo sus piernas a la altura de mis ojos, puedo adivinar el dibujo de las bragas sobre sus nalgas. Siento en el pecho, en el vientre, en el sexo, la ansiedad suave y dolorosa que precede a los amores intensos.

Al llegar a la terraza, me toma de la cintura y me abraza. Sus pechos se apoyan contra los míos, mi coño busca su coño y el cielo sobre nosotras se llena de luces rotas.

Quiero saborear el carmín de sus labios. La llevo hasta el rincón más apartado de la terraza. Descuelgo un montón de ropa puesta a secar. La extiendo sobre el suelo. Nos recostamos. Sus piernas bronceadas se meten entre mis piernas y mi falda. Nos besamos suavemente primero. Pero pronto nos quitamos la ropa, la una a la otra, casi con brusquedad, con urgencia. Nuestros cuerpos ya no aguantan ni un segundo más de separación.

Es un orgasmo largo, compartido, que viene y va en descargas como los fuegos sobre nosotras.

Estoy sin aire. Me acomodo a su lado, boca arriba, mirando el cielo. Apoyo mi cabeza en su hombro y me gusta su olor. No se ha puesto perfume.

Se superponen ráfagas de músicas distintas que llegan desde lejos.

Siento que no debemos tomarnos respiro. No hay tiempo.

Debemos amarnos vorazmente. Aparto la larga cabellera para besarle el cuello. Ella aplasta su mejilla contra la mía, un instante, un breve instante en el que oímos abajo, en la casa, las voces de los invitados, luego alza la mejilla y busca mi boca. Nuestros labios húmedos se abren para permitir el encuentro de

su lengua y la mía, otra vez, otra vez.

Un pedazo de noche se mueve cerca de nosotras. Es el perro negro, que había ido a esconderse de los petardos y ahora avanza en la penumbra, buscando un refugio mejor. Así es este instante, como una sombra que se mueve fugazmente en la noche, antes de perderse para siempre. Recordaré esa sombra en la sombra mañana, cuando el avión me lleve de vuelta al otro lado del océano.

Ya no hay fuegos en el cielo. Quiero quedarme así, confundida en su abrazo, con nuestros cuerpos desnudos bajo las estrellas, siempre. Pero sé que este momento es efímero, sé que ya se está acabando.

Junio de 1999